COLECCIÓN PÚRPURA

León Plascencia Ñol

La música del fin del mundo

ED DE SALTO PÁGINA

LA MÚSICA DEL FIN DEL MUNDO

LEÓN PLASCENCIA ÑOL

León Plascencia Ñol

La música del fin del mundo

ED DE SALTO PÁGINA

PRIMERA EDICIÓN

© LEÓN PLASCENCIA ÑOL, 2019

© Malpaso Holdings, S. L. 2019
C/ Diputación, 327, principal 1.ª
08009 Barcelona
www.malpasoed.com

COLECCIÓN NARRATIVA

ISBN 978-84-18236-24-2

Composición digital: Fondo Blanco Editorial
Este libro se escribió gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos

—

A Petronella Zetterlund, la primera lectora.
Para Valentina y Oliverio, en Buenos Aires.

Ya ves, amanezco otra vez, te lo digo yo.

Charly García

—

EVERY TIME WE SAY GOODBYE

Hye amaba las listas, las palabras extrañas, los dibujos detallados y obsesivos que hacía en sus grandes cuadernos de hojas blancas, el otoño amarillo y oloroso de Seúl, los cientos de plumas idénticas de tinta azul que conservaba en cajas de metal, unos zapatos negros que yo le había regalado casi recién que nos conocimos, tres fotografías en blanco y negro de cuando era niña (en una de ellas su padre la abraza a orillas del mar y al fondo se ve la isla de Hansan), las notas realizadas con una caligrafía cuidadosa —escritas con alguno de esos bolígrafos— de lo que haría a lo largo de ese día y que luego iba a romper con meticulosidad porque todo lo había grabado en su memoria como una instantánea.

Hye amaba las listas y a Emile, y yo amaba a Hye.

Pero esa es una historia que se volvió un fantasma que avanzaba rengo conmigo, incómodo, que me murmuraba al oído palabras que ninguno escucharía: Corrientes, Suipacha, Pueyrredón, Córdoba, Junín, Soler, Tinagasta, Santa Fe, Libertador, Ayacucho, Alcorta. Y yo mismo era un fantasma que recorría barrios como si quisiera cansar mis pies con Buenos Aires. Con la ciudad que se extendía o se acortaba según el cansancio y el insomnio que taladraban mi cuerpo; de mi cuerpo que iba de un lado a otro, como si no bastara la quietud, como la inamovible quietud de los plátanos —los árboles de cuerpo melancólico y de piel que parece *siempre* a punto de caer—, que cubrían las calles de Palermo, Rawson, Chacarita y Coghlan, y el verano era inalterable. Pensé muchas veces en unas enormes piezas de Guillermo Kuitca vistas en otra ciudad y otro tiempo; las obras eran colchones intervenidos con el mapa impreso de Buenos Aires, con ciertas zonas del centro quizá, de algunos barrios, ya no lo recuerdo con precisión. Ahora yo estaba haciendo mi propia cartografía, una cartografía casi básica, elemental, que consistía en tratar de recordar un pequeño elemento de la ciudad: detalles de casas, edificios, parques, o simplemente de las personas que iba encontrando al paso de los días, o escenas muy precisas. Y a veces resultaba. Se quedaban

impregnadas en mi memoria ciertas cosas sin importancia: la mujer que mordía con lentitud una media luna, el hombre sentado con un niño en una banca solitaria cerca del Jardín Japonés, las putas de Once, Constitución, Plaza Italia, que veía a través de la ventana del auto, las ancianas que tomaban el sol en tumbonas en el parque Rivadavia, los inmigrantes yugoslavos de Monserrat, las mujeres espectaculares que observaba pasar por la zona norte de la ciudad, el *homeless* de Lavalle que limpiaba su ropa con una navaja de afeitar mientras una niña oriental lo miraba a su lado, el cuerpo desnudo y bocabajo de Hye, o el de Luciana. Yo lo miraba todo buscando algo que me sirviera para las piezas que debía hacer, los encargos que tenía con la galería que me representaba en Corea. Dos coleccionistas, uno en Nueva York y otro en Ciudad de México, querían obras mías pero hechas a la medida, como el traje que se comprarían quizá mañana.

Y yo estaba en una ciudad que me fue carcomiendo.

Buenos Aires siempre fue otra cosa en mi memoria, una ciudad distinta. Una ciudad en donde me volví un fantasma.

Llevé en mi diario una serie de notas puntuales, de dibujos, de datos absurdos, de diálogos, porque todo revoloteaba a mil imágenes por segundo y mi cabeza era una onda expansiva.

Pero en realidad esta es una historia de amor, fallida.

—

DIARIO DEL FANTASMA

El diario, sin duda, es un género cómico. Uno se convierte automáticamente en un *clown*. Un tipo que escribe su vida día tras día es algo bastante ridículo. Es imposible tomarse en serio. La memoria sirve para olvidar, como todo el mundo sabe, y un diario es una máquina de dejar huellas.

[…]

Hay episodios narrados ahí que he olvidado por completo. Existen en el diario pero no en mis recuerdos. Y a la vez ciertos hechos que permanecen en mi memoria con la nitidez de una fotografía están ausentes como si nunca los hubiera vivido. Tengo la extraña sensación de haber vivido dos vidas. La que está escrita en los cuadernos y la que está fija en mis recuerdos. Son figuras, escenas, fragmentos de diálogos, restos perdidos que renacen otra vez. Nunca coinciden o coinciden en acontecimientos mínimos que se disuelven en la maraña de los días.

Ricardo Piglia

—

PRIMER MES

—

JUEVES

Vuelvo a Buenos Aires más de una década después, pero no vuelvo solo, Hye me acompaña porque se propuso pasar unos días de vacaciones y porque quiere escaparse del frío. Estamos a finales de la primavera. El calor está por arriba de los treinta y cinco grados, y siento en el aire un ligero estremecimiento, una sensación de extraña alegría. Al bajar del avión, con el *jet lag* encima, vuelvo a recordar ciertos gestos, voces, calles, edificios que están instalados en una película que avanza a trozos, por destellos, con sonidos que no pertenecen a las imágenes.

Recordar tiene algo aleatorio, de una impostada certeza. Las cosas no son como se recuerdan, o casi. Lo cierto es que el que fui no se parece mucho al que soy ahora. Así lo quiero ver, así lo imagino. No somos ya más que una pequeña sombra o réplica o algo muy distinto al que éramos; ni siquiera somos ahora ese que imaginamos que seríamos hace diez o quince años.

La brisa del río de aguas verdosas humedece el ambiente y es posible avanzar unas cuantas calles sin la pesadez del bochorno de la mañana. Hay en la atmósfera un espíritu de despreocupación porque están a punto de empezar las vacaciones, y en las calles, en los parques, los hombres y las mujeres se cubren con poca, poquísima ropa. Se agradece la primavera, se agradece el verano que ya casi está aquí.

Nuestro apartamento en Recoleta, en la calle Junín, se encuentra a pocos metros de la entrada del cementerio.

En cuanto llegamos del breve paseo que dimos, Hye se desnuda rápido, se tira en la cama, se abre y sonríe. Yo veo su pubis depilado, sus labios carnosos, húmedos, que toca ligeramente, al desgaire, con la punta de su dedo índice, sus piernas juguetean un poco con la sábana. Me extiende un brazo y me acerco a ella con lentitud. Ambos estamos cansados del largo viaje desde Seúl, nuestra ciudad. Queremos dormir, después de caminar un poco por el barrio. Apenas lo suficiente para ver el movimiento de los cuerpos, comprar algo de comida en el supermercado de los chinos que está a tres edificios de distancia. Me

tiro en la cama con ella, sin desnudarme, con los ojos casi a punto de cerrarse. Y con ese olor que dejan los aviones y aeropuertos. Me levanto para bañarme.

Es diciembre.

Escucho las charlas de los vecinos, vuelvo a oír mi lengua.

Salgo del baño y Hye sigue en la cama, tocándose suave la entrepierna, abierta y sudorosa a pesar del aire acondicionado. Afuera la lluvia, las gotas golpean el cristal de la ventana, los autos avanzan lentamente por la calle.

Desde el celaje se ve algo del Río de la Plata y su grisura.

Me siento para ver a Hye. Desde el punto en el que me encuentro la veo a ella y a la Avenida del Libertador, las dársenas, el río.

Llueve de manera intempestiva, violenta. Una gasa de humedad cubre el cielo porteño. Diciembre. Finales de primavera.

Sudestada.

La lluvia torrencial y Buenos Aires convertida en una imagen borrosa.

Cruzo las piernas lentamente. Tomo de la pequeña mesa mi cuaderno de apuntes y un lápiz.

Los senos de Hye se mueven despacio debido a su respiración tranquila.

Acuéstate conmigo, Fuzzaro.

Ahora no.

Trazo con el lápiz en el cuaderno de hojas de papel de arroz. Son movimientos rápidos. Sin ver la hoja. Miro el coño de Hye, su pubis limpísimo, lampiño, los labios entreabiertos.

Acuéstate. Ven, no seas malo.

La habitación es fría, glacial. Diciembre. Afuera la temperatura es de treinta y cinco grados. La sudestada. La primavera como una mancha. El verano se asoma casi y el estruendo de la lluvia.

Tengo los dedos manchados de negro.

Las sábanas huelen a Hye. Me acuesto a su lado, la abrazo por la espalda tersa, la penetro lento, muy delicado, sin lastimarla. Cada embestida es dulce. Nos quedamos dormidos.

La primavera, sus restos, afuera.

La felicidad aquí.

—

VIERNES

Salimos en el auto hacia San Telmo. Quiero mostrarle a Hye algunos de los lugares en los que estuve hace una década. Vamos por la Avenida Leandro Alem, luego vemos de reojo la Casa Rosada desde Paseo Colón y giramos en Avenida 25 de Mayo para dejar el auto estacionado y caminar. Hye luce espectacular con su falda minúscula café que le resalta sus piernas largas y delgadas, unas sandalias estilo gladiador romano, una blusa holgada, cruda, que deja entrever ligeramente sus senos, y unos lentes oscuros.

El sol del fin de la primavera es inclemente.

Me recuerda Seúl, Fuzzaro. Me recuerda el calor de su chingada madre, como dices tú.

Los dos reímos y cruzamos la avenida para retroceder hacia el Parque Lezama, el lugar donde hace más de una década encontramos mis amigos y yo a un grupo de jovencitas, quizá de Constitución o La Boca, que ofrecían una mamada por unos pocos pesos. Tan sólo dos años antes había sido el Corralito y todavía era posible ver a familias enteras que vivían en la calle y recolectaban cartón.

En San Telmo hay hordas de turistas de todas partes del mundo, que entran a los conventillos casi destartalados que funcionan como tiendas de *souvenirs* de mal gusto, *for export*, les dicen; caminan por las calles angostas, entran y salen de restaurantes, cafés, heladerías, tiendas de antigüedades.

El bar Británico, en la esquina de Brasil y Defensa, sigue igual, con sus sillas viejas y grandes ventanales acristalados. Lo único diferente es que ahora hay un estanquillo por la calle Brasil que obstaculiza una parte del lugar. Acá, dicen, Sábato, el hombre que vivió en Santos Lugares, escribió buena parte de su libro *Sobre héroes y tumbas*, que tiene algunos referentes en sitios cercanos de La Boca.

Escribo estas notas como una costumbre. Desde hace años guardo decenas de cuadernos con mis anotaciones.

El impulso de escribir viene de una zona oscura.

Escribo porque quiero saber más de las voces que están ahí.

Tomo algunas fotos del lugar, unas cuantas de Hye posando como si fuera modelo de cualquier revista de modas: me besa con suavidad

y dulzura en la boca.

Te amo, tonto, me dice en coreano, que es la lengua que usa cuando cogemos.

La tomo de la nuca. Le acaricio el pelo y emprendemos nuestra caminata por la calle Defensa, hacia el centro. Atrás se queda Parque Lezama con los grupos de gente sentada en el césped, haciendo su día de campo, rodeados de cervezas, porrones o botellas de litro, y las pavas con el mate infaltable. Suena el teléfono de Hye y sé que habla con Emile porque se aleja de mí con discreción para no ofenderme con su charla. Supongo que Emile quiere saber cómo llegó o cuándo volverá.

Hye y yo caminamos por San Telmo, deteniéndonos en cualquier sitio, besándonos, tomando fotos de los *hippies* que venden baratijas en la plaza, de las pequeñas peleas o bravatas de algunos jóvenes que toman cerveza en la calle.

Yo sabía que ella, en algún momento, me hablaría de lo que había charlado con Emile. Seguimos caminando hasta Avenida de Mayo. Antes, mucho antes, cruzamos por Venezuela, la calle donde vivió Gombrowicz. Le tomo fotos al edificio deslucido, como un fan absoluto, y pienso en el falso conde, en su desparpajo, en su habitación minúscula donde tenía todo lo que poseía en el mundo.

Hye lee en la guía de viajes que lleva en su celular que se debe conocer el Tortoni, el café mítico. Yo no tengo gratos recuerdos de él, pero entramos a ese mausoleo donde los meseros sienten que forman parte de algo que proviene de otro mundo, como si fueran seres especiales. Está atestado y pedimos unos cafés. Mientras los traen voy al baño y encuentro a un hombre, de pie, a un lado de los lavabos, defecando parado, con los pantalones a

la altura de las rodillas; defecando con placer y embarrando con sus dedos todo con enorme alegría. Lo miro sin saber si es verdad o no y estoy a punto de vomitar. El hombre de cola de caballo, joven, me descubre y se levanta rápido los pantalones, sin haber terminado, y sale corriendo hacia la calle, dejando un tufo enorme. Regreso a la mesa, asqueado, con la imagen en la cabeza, y lo único que quiero es irme de ahí. Se lo digo a Hye y ella ríe sin parar.

Mi amor, no pasa nada. Es un poco de mierda y ya.

Quiero irme, pero Hye me dice que primero tomamos nuestros cafés y luego nos vamos, que no haga tanto escándalo.

Regresamos por el auto y adentro, cuando Hye se sienta, levanto su falda y la toco por encima de su tanga con mi dedo. Lo hago suave, abro los calzones y siento su flujo caliente. Meto un dedo, dos, mientras ambos estamos sentados, quietos, y en la radio sale un tango de Troilo desde una radiodifusora que sólo toca esa música.

Mis dedos están mojados.

La cara de Hye tiene un rictus, como si se hubiera ido del mundo.

Estira su brazo y me toca la verga, busca con la otra mano y abre mi pantalón. Me chupa ávida.

Eyaculo en su boca mientras ella tiene ligeros espasmos.

Afuera la temperatura es menor a la nuestra.

—

SÁBADO

Aparece de nuevo el insomnio. Tiene una consistencia parda. No he podido dormir casi nada y he vagado por la casa. En algún momento de la madrugada sentí el destello de la migraña que se anuncia. Me encierro en una habitación. Tomo una pastilla y me preparo.

Migraña. Aura visual. Cefalea de Horton. Una luz brillante que es como un anuncio de lo que vendrá después. El cuerpo avisa y de pronto todo se inunda con una luz que arropa al mundo. Primero empiezan puntos lumínicos en el ojo izquierdo y después se expanden por toda la cabeza. No recuerdo la primera vez, pero sé que viene el dolor por temporadas. A veces me gusta comparar la migraña con ciertos *loops* de música electrónica: es un zumbido que se repite primero lento y después se acrecienta veloz. He intentado de todo. Alguna vez, uno de los neurólogos que visité me dijo que es imposible saber de dónde proviene. Hace dos meses, una quiropráctica en Seúl me dijo que probablemente el dolor se debe a un movimiento de rotura que sufrió la columna hace muchos años. Vimos las radiografías y algunas vértebras aparecen como fantasmas que pellizcan diversos nervios. He intentado de todo: dejé ciertos alimentos, bebidas, pero nunca se va, o se va por temporadas. Cuando creo que ya la he olvidado, regresa como una amante del pasado que busca repetir ciertos encuentros. Es mi compañera más constante; somos fieles cada uno a su manera.

Hace poco, mientras escuchaba *Ich bin meine maschine* de Atom TM, descubrí que su música tiene mucho de la frecuencia de la migraña. La repetición de ciertos acordes es como el racimo del dolor que se abre y va cubriendo capa tras capa. Sacks dice: «*Migraña* no es sólo una descripción, sino también una meditación sobre la unidad de la mente y el cuerpo y sobre la migraña como manifestación ejemplar de nuestra transparencia psicofísica». En *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, el neurólogo retoma ciertas notas suyas sobre Hildegard von Bingen (1098-1180), la mística que creía que los fosfenos que aparecían frente a sí eran ángeles que la visitaban. Sacks escribe: «La experiencia de estas auras viene acompañada de una gran intensidad extática, sobre todo en las raras ocasiones en que a la estela

del centelleo original sigue un segundo escotoma». Y luego transcribe un texto de la mística: «La luz que veo no está localizada, aunque sea más brillante que el sol, ni puedo examinar su altura, longitud, anchura, y la llamo "la nube de la luz viva". Y lo mismo que el sol, la luna y las estrellas se reflejan en el agua, así los escritos, las palabras, virtudes y obras de los hombres brillan en ella ante mí… A veces veo dentro de esta luz otra luz a la que llamo "la nube de la luz viva en sí"… Y cuando la contemplo se borran de mi memoria todas las tristezas y pesares, de tal modo que vuelvo a ser una simple doncella y no una anciana».

También en *Migraña*, Sacks menciona una cita de Novalis: «Toda enfermedad es un problema musical, y toda cura una solución musical». Porque las visiones que produce la migraña tienen un punto tonal y momentos alucinatorios, vómitos, mareos, náuseas, temblores internos y pesadillas. Estamos instalados en un mundo enrarecido.

Debe dejar de fumar, me dijo la quiropráctica mientras mi espalda tronaba y de mi cuerpo salía un sudor frío.

La migraña es una partitura musical dislocada.

—

DOMINGO

Largas caminatas por la Recoleta. Extravíos a media mañana, después de una noche y madrugadas infernales, todavía con el horario alterado por las largas horas de vuelo, las conexiones, el cansancio. Hye está en casa dibujando algunas prendas de su nueva colección y en espera de que sea una hora propicia para hablar con Emile. Para contarle lo que está haciendo. Emile es un buen tipo que ama a su manera a Hye. La ama sin cortapisas ese hombre silencioso, delicado, de ojos de un azul intenso, vendedor de cerámica oriental en Europa. Afecto a los gatos y a su casa seulita llena de árboles que ha trasplantado de otros sitios. La casa de Gangnam en donde a veces tiene una habitación para mí. Yo soy el amigo de Hye, el otro amor de Hye, la sombra, la parte que a él no le interesa cumplir.

Avanzo a tientas entre calles de la Recoleta que nada me recuerdan, o quizá sí. No lo sé muy bien. De alguna manera se altera o recompone la memoria. Mis recuerdos de Buenos Aires saltan en cada esquina, me abruman: al caminar se reconstruyen los recuerdos.

Camino como si quisiera perderme. Pero en realidad esta sensación de ir descubriendo cosas nuevas le da al cuerpo una extraña manera de acomodarse en el mundo. «Le fascinaba vincular sitios de la ciudad a través de esos recorridos, porque eran algo así como postulaciones de simultaneidad, una materia prima de la ficción urbana, la vida sincronizada y las infinitas posibilidades de la casualidad. A veces competía con los demás en encontrar el viaje, la conexión más sencilla entre varios puntos. Y especialmente amaba los colectivos durante los veranos, cuando se convertían en observatorios ambulantes a través de la ciudad callada, también un poco deshabitada por el calor y la ausencia de gente, y cuando tanto las cosas visibles como las ocultas asumían un carácter abstracto, sobre todo saturadas de lentitud y cansadas de la luz prolongada por la duración de los días», escribe Sergio Chejfec en un texto sobre la ciudad que comencé a leer en estos días. Transcribo, anoto. Me gusta transcribir en mis cuadernos frases o párrafos que de alguna manera se van conectando, como si ciertos escritores tuvieran una conexión secreta entre ellos, un vínculo que no saben.

El calor me abruma y ahora estoy en una esquina, sentado en un boliche, pensando en mi apartamento de Yongsan-gu, tomando un café y con un cigarro en la boca, que aún no me decido a encender. Que no prenderé. Y viene a mi memoria una escena, o mejor, una imagen. Estaba solo en mi apartamento porque eran los días en que Hye se dedicaba a estar con Emile, su otra pareja, o la verdadera, la de muchos años, desde que ella era una jovencita universitaria y él ya era un exportador.

Ahí, en ese boliche de la Recoleta, frente al parque, recuerdo con precisión lo que me pasó hace siete años. ¿Qué frecuencia secreta me llevó de un lado a otro? ¿Qué sensación de ahora me volcó a otro mundo? ¿Es domingo o lunes?, le pregunto a un chico afuera de una tienda en Gangnam. Él me mira extrañado. ¿Hoy es domingo o lunes? Es domingo, me dice con cara de sorpresa. Llevo varios días sin salir de casa, sedado con demasiados medicamentos para soportar el dolor. Huelo a un sudor rancio y desagradable; tengo una herida en el cuello que me hizo

una mujer en Itaewon. Será una marca para siempre. Me lanzó

contra la pared y empuñó el cuchillo con el filo contra mí mientras su rostro parecía transformarse: ambos resoplábamos y yo sabía que cualquier gesto mío sería el desencadenante para que me cortara de tajo. Sentí el filo en mi piel, cómo se abría un poco y quemaba. No creo que hayamos estado así mucho tiempo, inmóviles. Cuando la mujer retiró el cuchillo lentamente, sentí que mi aliento era como una ráfaga que venía de nuevo. Luego vi fugazmente una línea de sangre en el brillo metálico del cuchillo de la prostituta de Itaewon, quien se alejó riendo y guardando entre los senos el dinero que le había dado.

¿Por qué recordé eso con tanta precisión? Llevo mi mano a la cicatriz, la toco con suavidad, como si un resplandor extraño emanara de ahí.

Pensaba en esa mujer como se piensa en un fantasma.

—

LUNES

Hago dibujos rápidos de Hye en la cama mientras está dormida. La huelo. Me acerco a ella. La beso con dulzura. Ella despierta brevemente, me besa y se vuelve a dormir. Lubrico su ano y entro con suavidad y ella extiende sus brazos hacia atrás y me toma de las nalgas para que la penetre con más fuerza.

Buenos días, mi amor, me dice.

Hoy estaremos todo el día en cama, leyendo, dormitando, cogiendo.

Cada gesto de Hye es una serie de movimientos que parecen provenir de otra era. Son pequeñas danzas, movimientos perfectos. Servir el té en nuestras tazas, es una procesión de ademanes que parecen artificiosos pero su delicadeza y naturalidad muestran otra cosa. Me detengo en las actitudes de Hye, en sus movimientos, en la postura erguida de su espalda al servir, en el cuello y la nuca perfectos, en sus nalgas redondas que veo cuando está hincada y sentada en sus talones. Hye es un ave. Una grulla a punto de alzar el vuelo.

—

MARTES

El insomnio. La sensación de estar envuelto en una gasa transparente y ver todo con una veladura en los ojos. Gran parte de mi vida ha transcurrido en camas que se vuelven lugares de tortura porque el insomnio no me deja descansar y hace que me mueva obsesivamente. Cuando hay alguna mujer a mi lado la sensación de estar fuera de lugar es peor porque no quiero despertarla con mis movimientos, con mi ansiedad, con mi sueño de dormir, y termino por levantarme a hurtadillas, silencioso, en mi casa o la casa de alguien, y me refugio en otra habitación, viendo películas y series durante horas o navegando por internet sin cesar.

A veces llega la luz del día y avanza la mañana y entonces intento hacer algo. Anoto un fragmento leído, escribo sobre algunos proyectos que de pronto, en esas noches incurables, blancas, surgen de la aparente nada; también dibujo, dibujo edificios detallados, cuerpos que alguna vez amé, árboles que no parecen tener fin, carreteras secundarias, mapas en los que imagino las calles, los rincones, los parques secretos en donde se reunirán los amantes. Pero a veces el insomnio no da eso y es un latigazo, una mordedura profunda, y los ataques de pánico o de ansiedad crecen y no quiero despertar a quien está a mi lado y hago todo lo posible por ahuyentar a los demonios que me habitan, múltiples kamikazes que esperan lanzarse al abismo.

El insomnio no tiene un rostro definido, es difuso, maleable, con brazos o deltas que se abren por distintos rumbos.

El insomnio es una música rencorosa, la memoria negra del verdugo.

—

MIÉRCOLES

Estoy sin dormir y en medio de este calor espantoso y húmedo siento que floto. Se anuncia una ligera lluvia. Hye y yo llegamos al Malba para una exposición sobre el movimiento antropofágico brasileño y, si nos alcanza el tiempo, veremos la colección del museo, *Verboamérica*.

Fuzzaro, yo me formo para comprar los *tickets*, ve y tómate un *espresso* doble, que tienes cara de moribundo. Ya te alcanzo, mi amor.

Me dice mientras me lanza un beso al aire.

La observo en sus *jeans* ajustados, rotos estratégicamente, su camiseta estampada y colorida, sus tenis blancos y la enorme bolsa color naranja mate que lleva a un costado.

Nunca ha terminado de gustarme este edificio en donde alguna vez expusieron obras mías dentro de una exposición de arte conceptual. Algunos curadores me encasillan en un área, y luego, otros en otra. Eso ya ha dejado de importarme. Compro dos cafés en el restaurante del museo y espero a Hye sentado en una mesa. La veo hablando por teléfono a través del cristal. Supongo que es con Emile.

Los turistas van y vienen con su ropa veraniega y desordenada: grandes camisetas y *shorts* igual de grandes y chancletas, parecen gringos en sus patios traseros a punto de preparar hamburguesas a la parrilla.

Tomamos los cafés y subimos primero al tercer piso para ver a los antropófagos. Mientras vamos en las escaleras eléctricas escucho a las personas que van delante de nosotros. Su acento mexicano las delata. Una de ellas explica, sabihonda, que van a ver una muestra sobre gente que se come a otra gente, sobre caníbales, así que deben tener el estómago fuerte.

Sonrío para mis adentros porque el hombre no tiene la menor idea de lo que habla. Y ya quiero ver su cara cuando descubra que no es sobre caníbales el asunto.

En la entrada hay un texto que explica lo que buscó Oswald de Andrade con su *Manifiesto Antropofágico*. Recorremos la sala sin detenernos mucho porque no hay grandes obras, quizá alguna extraviada por ahí, pero que se pierde en esta visión panorámica. A Hye le aburre pronto y me dice que saldrá, que me espera en la otra

sala. La veo alejarse y yo me quedo un poco más. Algunos de los artistas que están aquí también aparecen en la muestra *Verboamérica*. En realidad vine por ellos, por ciertas obras que quiero ver con más atención. Lygia Clark, Liliana Porter, Hélio Oiticica, Guillermo Kuitca, Geraldo Barros, Gyula Kosice, Las Yeguas del Apocalipsis, Marta Minujín, entre otros.

Hay piezas de una sorprendente belleza, como las de Liliana Porter, con esa mezcla delicada que hace de escultura y pintura; piezas de escala pequeña, como juguetes olvidados ahí. El neoconcretismo de Lygia Clark y Hélio Oiticica (recuerdo sus *Bólides caixas*, su trabajo con el color); el extraordinario cuadro de Kuitca, hecho con papel blanco y negro, que por un momento me recordó una obra de Carlos Amorales que vi en Los Ángeles y que se llamaba *Autorretrato*, y consistía en una serie de papeles de diversos tamaños, pintados en color negro y dispuestos con chinchetas en uno de los muros del museo; simple y eficaz.

Salgo del segundo piso para buscar a Hye. La encuentro en la tienda comprando algunos libros que me regalará más tarde, unos cuadernos, una bolsa para ella y unos cuantos objetos.

Afuera llueve. Es una lluvia casi invisible.

Un grupo de japoneses espera impertérrito, todos cubiertos con unas gabardinas transparentes de plástico mientras se toman fotos.

Vamos al auto. Cruzamos Figueroa Alcorta para tomar Avenida del Libertador hacia Plaza Italia y después a Palermo para comer y vernos con nuestros amigos arquitectos, Liliana y Milo.

A Milo lo conocí en Seúl, donde vivimos en el mismo edificio de apartamentos algunos años y compartimos nuestro gusto por las largas caminatas a orillas del Han y nuestras excursiones nocturnas en Itaewon. A Liliana, uruguaya avecindada hace muchos años acá, la conocí con Milo, ya eran pareja entonces, una noche de largos tragos en Oaxaca. Habían ido a esa ciudad para ver la posibilidad de construir una casa para un millonario mexicano que quería hacer algo en un lugar llamado San Felipe del Agua. Creo recordar que yo estaba de paso, visitando a mi amiga Nadia, quien trabajaba con los desechos de grasa de las clínicas de cirugía estética y con ese material hacía esculturas pequeñas. Esos días en Oaxaca fueron una larga procesión de bares y, de nuevo, largas caminatas con Milo y Liliana, por esa ciudad de una luz disfrazada de múltiples luces.

Nos encontramos ahora en ese restaurante tailandés en el que nos citaron. Quieren conocer a Hye. Liliana tiene cuatro meses de embarazo y se ve muy feliz. También Milo lo está, pero de otra manera, más silenciosa, más hacia adentro.

Hye y yo habíamos pensado ir a un club *swinger* que le habían recomendado, pero sin decirlo, sin ponernos de acuerdo, aceptamos

tácitamente quedarnos con mis amigos, a quienes no veía hace años.

También el pasado, ese en donde no aparece aún Hye, puede tener un espacio en nuestro presente. La ciudad está casi en silencio aquí con Liliana y Milo.

Terminamos charlando hasta la madrugada en su casa, en una terraza desde la que se observa el bullicio de Palermo.

Casi somos invisibles.

—

JUEVES

Hye se va a comer a Puerto Madero. Está líndísima con su vestido blanco de lino con botonadura al centro y sus tenis del mismo color. Yo me quedo a caminar por Corrientes, por Callao. Más tarde nos encontraremos porque quiero que vayamos por la ciudad en el auto un poco al azar, a Once o Constitución, a buscar putas dominicanas para llevarlas a un *telo*, como le dicen los argentinos al motel.

Hay algunas cosas que quiero ver. Recuerdo un bar casi en la esquina de Callao con Corrientes, semioscuro, con una gran barra y una o dos mesas de billar, y que era atendido por mujeres en *topless*. Había una, lo recuerdo bien, con el corte a lo *garçon*, de rostro semejante a la actriz de cine mudo Louise Brooks, a veces sólo iba por un café y me sentaba en la barra para verla durante horas e imaginaba lo que sería estar con ella en la cama.

El bar no existe. Desapareció como muchos otros lugares que recuerdo de la zona. Aún continúa la tienda de discos y libros de la esquina. Doy vuelta por Corrientes y entro de a poco en las librerías. Me detengo y compro un libro en alguna, otro en otra y llego a Edipo, la mítica librería, y quien recibe a los asiduos es un gato gordo, ahí adquiero *Black out*, el libro potente de María Moreno, la periodista que hace un ajuste de cuentas con su vida a través de una escritura anfibia: a ratos ensayo, memorias, autobiografía, novela.

(Nota: Poner fragmento del libro.)

Buenos Aires me parece otra, lejana, inmersa en una impostura. O quizá soy yo proyectando lo que me pasa. Camino horas, de un lado a otro de la calle, mientras el sudor me escurre. Las marquesinas anuncian las obras de teatro que no veré, los estrenos que pasarán de largo por mi vida. En Corrientes y Talcahuano, muy cerca de la Avenida 9 de Julio, veo a un niño jugar con distintos papeles que sumerge en colores para pintarlos. Lo observo con detenimiento y él está abstraído intentando construir una pequeña torre de colores. Ahí podría estar la idea para una de las piezas. Trabajar con largos rollos de papel de arroz que se pinten de negro y de blanco y construir una pieza que tenga distintos niveles o fondos, donde se puedan translucir

las capas, una de otra.

(Nota: Recordar llamar a mi galerista para que me envíe varios rollos de papel y algunos botes de tinta china.)

Veo mujeres espectaculares todo el tiempo, pero siempre van apresuradas. Como si un impulso extraño las llevara hacia delante sin importar nada. Recorro de nuevo las calles que antes caminaron mis pies. En Lavalle y Ayacucho, muy cerca de la librería Mármol, un *homeless* intenta limpiar una camisa con una navaja, y una nena de dos años, oriental, se acerca a verlo con morosidad y extrañeza. El padre de la niña sale corriendo del supermercado, la toma de la mano y la reprende.

Vuelvo a nuestro apartamento y llamo a Hye para que me alcance ahí. Me doy un largo baño en la tina pensando en cómo podría cubrir los papeles con tinta sin que queden inservibles. Busco un tono muy negro. Creo que la pieza podría medir seis metros por tres, dentro de una caja, y estar cubierta de vidrio. Comenzaré a hacer pruebas.

Hye entra. La escucho abrir la puerta y me alcanza en la bañera con un whisky en la mano. Hay imposibilidad de narrar, como si las palabras nunca fueran suficientes y todo se convirtiera en simples acciones. Eso me pregunto siempre. Uno escribe para olvidar, pero también para dejar constancia de lo absurdo que es estar así.

Emile me preguntó por ti, me dice Hye, sumergida en el agua caliente mientras me da mi vaso con whisky.

Y qué le dijiste, ¿qué yo lo extraño a él?

Río.

Le gustaría venir, dice Hye.

No quiero, le contesto. Son nuestras vacaciones, y además debo trabajar.

Olvidamos el asunto un poco tensos. Hye me besa y nos quedamos en el agua un tiempo que parece alargarse. No importa nada.

Buenos Aires nocturna tiene la mirada de una matrona que cuida a sus pupilas, pero también la de una chica despistada que nunca será mayor de edad. Vamos en el auto, despacio, por Once. Vagabundeamos por las cercanías del tren y la Plaza Miserere. Queremos contratar dos putas dominicanas. Una negra y una mulata. Giramos por diversas calles de los alrededores buscando a las indicadas mientras la policía da sus rondines para cobrar sus comisiones a los putos, a los travestis, a las mujeres. En algunas puertas entornadas se puede ver a los chulos que cuidan su mercancía. Desde Peatonal de las Almas sale una mujer y se acerca al auto. Le decimos que queremos dos mujeres con ciertas características y ella regresa a su lugar, habla con otras y viene con dos.

¿Estas te gustan, chico? ¿Son como la que tú quiere?

Miro a Hye y ella asiente.

Las mujeres suben al auto. Doy algo de plata a la otra. Hay un *telo* a pocos minutos pero quiero alejarme más y les pregunto si no les importa. Les digo que las traeré de vuelta, que no hay problema. Pago un extra.

La habitación del hotel tiene las paredes rojas y una luz amarillenta que daña. Hye es la que dará las órdenes. Yo voy a un sillón y me siento a observar mientras bebo a pico de la botella de whisky. Una de las mujeres, negra casi azul y de tetas enormes, es la más joven; la otra, la mulata de piernas largas y cara de cansancio, sale de bañarse y se despatarra en la cama.

Dame una cerveza, chico.

Me levanto y se la doy.

¿No meterá la pinga a la tré? ¿Chico, tú cré que pueda?

Me agarra de los testículos.

Sólo sonrío.

Hye les pide que se toquen suave, con delicadeza. Las dos mujeres se miran extrañadas. Hye parece armar escenas que tiene en su cabeza o que vienen de algún libro o cuadro, no sé. Las mujeres se besan y van actuando cada vez más tranquilas. Yo bebo y observo. Una mujer queda de espaldas y le chupa el coño a la otra. Hye saca una bolsita de coca y hace unas líneas en las nalgas endurecidas de la negra. La imagen es hermosa, sorpresiva. Líneas blancas sobre un fondo negrísimo. Quisiera tomar una foto. Hye aspira, yo aspiro. Hye le lame las nalgas a la negra. Yo lamo toda a Hye, la tomo de la cadera. Ella chupa a la negra y yo penetro a Hye. Las dominicanas quieren coca y Hye les da la bolsita. Una de ellas mete la uña enorme y aspira con fruición, luego la otra. Hye ha dejado de chupar a la negra y su cara permanece de costado en la cama mientras se toma con fuerza del colchón tras cada embestida. Las dos mujeres parecen haberse olvidado de nosotros. Una tiene un dildo puesto y se coge por el ano a la otra.

La habitación huele a un sudor profundo. Hemos cogido de acuerdo a una puesta en escena. Mi verga sólo puede entrar en Hye. Así fue el plan.

Enciendo la radio, en la radiodifusora de tangos que me gusta. Las negras duermen, Hye duerme, yo las miro desde mi sillón y un bandoneón entra y sale de mis oídos.

Hay escenas que prefiero dejar fuera.

Amo a Hye. Amo su cuerpo larguirucho, estrecho.

Amo mi botella de *single malt* y bebo hasta que no quede rastro de mí.

Hasta que sienta que desaparezco.

Pero no hay nada de mí en esta sensación que me persigue.

Veo entrar la luz de la mañana.

—

VIERNES

Dormimos toda la mañana. Aún no termino de decidir cómo haré las piezas. Tengo una profunda resaca y voy de un lado a otro del apartamento. Mi pensamiento es gris. Hye sigue acostada, hojea el periódico, bebe el café que le preparé y luego revisa su iPad. Quiere estar enterada de lo que pasa en su país. Soy una ruina física. Pensé que todas las cosas podrían ser ciertas. Sé poco del mundo; sé muy poco, pero Hye es mi amuleto. Me pregunto si cambiaremos algún día. Si no estaremos con la sombra de Emile todo el tiempo.

Estoy desasido.

Tengo resaca.

Miro a Hye en la cama y sé que la amo profundamente.

Mis pensamientos son grises.

Anoto frases que vienen a mi cabeza:

· El insomnio es un pastizal, una larga carretera desierta, una pistola en la sien.

· Perseguí tu rastro entre los autos interminables.

· Sólo hay silencio en el mejor de los casos.

· *I did not know what to do*.

· Estamos absortos en la convicción de no esperar nada.

· Tu sombra es tuya. Se lo dije. Le dije que era tuya (Mark Strand).

· Pero nunca hicimos nada. No sé si lo entiendas.

· Voy a fingir que me importa el ojo más negro del insomnio.

· *Was he looking for someone*?

· Cada día era demasiado largo pero no lo suficiente / para poder sobrellevarlo (Mark Strand).

· Buenos Aires tiene un aire demasiado vago para presentirlo.

· Los nombres de las estaciones de los trenes guardan una disposición secreta de encuentros entre amantes. Cada estación es un punto en el mapa trazado por ellos. Un punto que será la

clave para el siguiente encuentro.

· La memoria es casi la única cosa que lo vincula a la ciudad (Sergio Chejfec).

Me tiro en la cama con Hye. Me abraza y me quedo así, en su regazo, como un niño. La luz del sol atraviesa las celosías y se forman diversas líneas de luz que miro desde el pecho de Hye.

—

SÁBADO

La pintura. El gesto. La gestualidad en el trazo. La mancha negra que rompe el vacío blanco. La acción de pintar carece de pensamiento lógico. Mejor, carece de pensamiento porque el ego se vacía; la mano, el cuerpo, la mente tienen una conexión única. Quien pinta desaparece para que surja en un instante la trazadura, las líneas que conforman un ritmo único en un espacio

preestablecido. Pintar aísla, como el monje zen que realiza el *zazen* frente a un muro blanco. El mundo es el punto que está enfrente; el mundo es lo que se evapora. José Ángel Valente escribió en «Cómo se pinta un dragón»: «Escribir es una aventura totalmente personal. No merece juicio. Ni lo pide. Puede engendrar, engendra a veces en otro una volición, una afección, un adentramiento. Otra aventura personal. Eso es todo». Quizá en lugar de la palabra *escribir* podría ponerse *pintar*. Un simple ejercicio de volición: la mano que sujeta el pincel y traza un instante; la mancha que se vuelve mundo.

Eso es todo.

—

DOMINGO

Vamos caminando al Museo de Bellas Artes. Nos queda muy cerca de casa. Aún no hace calor. Vamos sin prisa. El enorme edificio amarillo es un bloque recio entre jardines y dos avenidas. Me interesa, sólo en esta ocasión, ver unas pocas obras. Recién acabo de leer *El nervio óptico* de María Gainza y me llamó la atención su escritura y la manera que tiene de acercarse a unos pocos cuadros. Los pintores son Courbet, el Aduanero Rousseau, Foujita, Cándido López, Toulouse Lautrec, Rothko, Schiavoni y De Dreux, cuya obra no está aquí sino a no muy larga distancia, en el Museo de las Artes Decorativas, edificio que en su momento perteneció a la familia de Gainza.

Sobre Cándido López escribe: «[…] estaba convencido de que para tocar el corazón de la realidad había que deformarla. Su maestro Manzoni creía ver en eso una señal inequívoca de temperamento artístico y le sugirió un viaje a Europa. Como no había plata, Cándido salió a pintar retratos y a hacer daguerrotipos por la provincia de Buenos Aires. Llegó a Carmen de Areco y no vio nada pintable salvo una gringuita que conoció en el corso; tenía unas trenzas doradas como trigo y también tenía dueño […] Cándido López es porteño y mitrista y el mismo día en que Mitre declara la guerra él corre a alistarse en el batallón de Guardias Nacionales que se está formando en San Nicolás. Hay quienes dicen que lo hizo para olvidar a esa gringa de Areco, otros dicen que su meta era volverse cronista de la batalla. Llevaba en su bolso de cuero un cuaderno y lápices. Manzoni le advirtió: "Está arruinando su porvenir como pintor"».

Gainza cuenta que López pierde la mano con la que pintaba en la Guerra del Chaco. Y tiene que volver a aprender a pintar y

lo que hace es intentar reproducir las escenas que había visto y había dibujado en su cuaderno de apuntes, pero ahora esas escenas son realizadas con la otra mano. En los cuadros apaisados de López impresionan esas pequeñas figuras con rostros difusos que construyen diversos escenarios. Hermosísimos cuadros, salidos de una mente obsesiva hasta el detalle, pero que no puede con los rostros de las figuras el que había sido pintor de retratos. Hay algo de paradójico en ello. Son treinta y dos obras dedicadas a la Guerra del Chaco, ni una

más. Es la construcción metódica de un maniático.

Gainza escribe sobre cada uno de los pintores, sobre su vida y obra, pero también entrelaza esos ensayos con fragmentos de su propia vida.

Sobre *Mar borrascoso* de Courbet dice: «Se interesa en el agua en términos de forma: son tanteos directos hacia la abstracción, sostenidos todavía por la línea del horizonte». Y más adelante: «Para mí, *Mar borrascoso* no es una pintura simbólica, ni una meditación trágica sobre la vida. Es, en todo caso, la manera de Courbet de someterse al orden de las cosas, como cuando en el año 178 mirando las aguas del río Hron, el emperador Marco Aurelio escribió: "Lo que quiera el universo"».

Llama la atención que algunos de los cuadros que María Gainza escoge sean obras menores, como si quisiera detenerse en el otro lado del artista, en la imperfección, la fragilidad, lo fallido.

Estamos frente al Rothko: «El asunto es que a Rothko la ansiedad lo hacía hablar de más. Olvidaba que los elementos más poderosos de una obra son, con frecuencia, sus silencios, y que el estilo es un medio para insistir sobre algo. Puede que mirar un Rothko tenga algo de experiencia espiritual, pero de una clase que no admite palabras. Es como visitar los glaciares o atravesar un desierto. Pocas veces lo inadecuado del lenguaje se vuelve tan patente. Frente a Rothko una busca frases salidas de un sermón dominical pero no encuentra más que eufemismos. Lo que uno querría decir en realidad es: "puta madre"».

Hye y yo buscamos a través de las salas las distintas obras y quedo admirado con el ojo de Gainza. Impresiona la sutileza y coherencia de su novela con esos cuadros menores o no tan espectaculares como otros trabajos de esos artistas.

Pero mientras avanzamos entre sala y sala voy descubriendo también otros cuadros «menores» a los que hay que volver en otro momento, otro día.

De la Cárcova, Kline, Pollock, Tàpies, Odilon Redon, Kazuya Sakai, Goya, Saura, Antonio Berni, Alechinsky.

Salimos como quien sale de ver una gran sorpresa. Caminamos hacia casa bajo una tarde de una ligera llovizna. Lo que se queda en la memoria son ciertos detalles, pinceladas, texturas que parecen no tener fin en mi cabeza. Van y vienen, buscan conexiones con otros detalles, otras pinceladas. Mi cabeza es una maquinaria activa.

Ya te perdí, ¿verdad, Fuzzaro?, me dice Hye mientras con un gesto cariñoso toma mi nuca y se acerca a besarla. Ya estás en otro mundo, me dice sonriendo mientras enciende un cigarro para ella y otro para mí. Siento una alegría y una desolación inmensas, algo que avanza en

el pecho, y veo cómo salen las lágrimas a borbotones y no pueden parar. Lloro sentado en una banca, bajo un árbol, mientras mi coreana intenta consolarme y soy un río caudaloso. Soy un desconcierto, una figura que parece derrumbarse. La escena es precisa. En Plaza Francia, cerca del Centro Cultural Recoleta, un hombre llora inconsolable sentado en una banca. A su lado, primero de pie, y luego a un costado suyo, una oriental intenta calmarlo de todas las formas posibles. Por momentos parece que el hombre detiene su llanto pero en realidad es una especie de pausa para volver a empezar.

La escena dura un largo tiempo y mi cuerpo comienza a sentir el peso del mundo. Algo se está metiendo muy adentro, pero es algo confuso, porque todo está encontrado: la felicidad, la tristeza, la desolación y el desamparo. Hye llora conmigo por empatía, porque me ama, o porque yo la amo. Y ahí quedamos los dos, mojados por el llanto y por esa ligera llovizna.

—

LUNES

Llevo días sin dormir. He pasado las noches de largo, con demasiados pensamientos en la cabeza. Hye me mira ir y venir por el apartamento, me prepara tés, me propone masajes, intenta que me sienta mejor. En algún momento de la tarde hay algo de urgencia en mí por contarle cosas de mi pasado. No sé de dónde viene. A pesar de llevar varios años juntos, hay zonas de mi vida que desconoce por completo. Hoy decido contarle retazos de mi vida con Inés o Agnés, como a veces la llamaban. Hay cosas, gestos de Inés que a veces veo en Hye.

Inés tomaba fotografías. Eran fotos de detalles, de fragmentos que se volvían casi piezas abstractas. Estaba obsesionada con la desaparición de los objetos, con retratar sólo la esencia, o mejor, lo que queda oculto de la esencia, las astillas. Me cuesta un poco explicarle a Hye el tipo de obras. Inés comenzó primero con la escritura, que fue abandonando poco a poco por la fotografía. Aunque en sus primeras obras aparecían palabras sueltas, algo parecido a ciertas obras de la inglesa Tacita Dean.

Le cuento a Hye que Inés y yo nos propusimos un juego muy simple, que al final resultó desastroso y fatal para nuestra relación. Ella haría un mapa de los posibles encuentros sexuales que yo tuviera en la ciudad, o los inventaría. Registraría con su cámara no el encuentro en sí, sino un detalle de alguna esquina, una mancha, un objeto, rostros anónimos; en cambio, yo escribiría los suyos mientras Inés me los contaba, y también, la idea era que podía escoger lo que quisiera de sus historias.

Nuestras primeras aventuras funcionaron muy bien. Ella iba a los sitios donde yo había estado con alguien y tomaba sus fotografías en blanco y negro. Luego ella me contaba del hombre que había conocido en un bar, o en el metro o en cualquier lugar y que se había llevado como un trofeo. No, como un trofeo no.

Uso mal las palabras. No había vanagloria en ninguno de los dos. Pero con cada relato que nos contábamos se rompía un poco el amor entre nosotros. Yo intentaba dejar por escrito lo que ella me contaba. Yo quería contar sus historias pero me sentía incapaz. Me dolían las

palabras. Me dolía imaginarla con otros. Y pronto descubrí que a ella también le pasaba lo mismo. Éramos dos actores que ya no querían seguir con sus papeles. Éramos actores que nunca debieron aceptar esos papeles. Luego, un día, Inés ya no quiso contarme nada, ni que yo le contara, y comenzó a evadirme. Al final, un día tomó algunas cosas y se fue. Nos despedimos como dos extraños. Tengo recuerdos vagos de esos meses. Largas caminatas por el bosque, viajes en el auto manejando a ciento ochenta kilómetros por hora, y demasiado silencio. Me encerré a trabajar a partir de las fotos de Inés. La extrañaba muchísimo, le digo a Hye, quien me escucha detenidamente y me toma de las manos. Extrañaba la cotidianidad con Inés, nuestros chistes malos, su capacidad de sorpresa a cada momento, nuestra juventud, los viajes que habíamos hecho con enorme esfuerzo. Me di cuenta de que la amaba y que no me importaba lo que había pasado. Quise decírselo, quise que lo supiera. Un día conseguí su número de teléfono y le marqué a Bogotá. Marqué los números lentamente, como si estuviera aprendiendo a teclear por primera vez. Escuché el timbre varias veces, luego su voz. ¿Aló, aló?, dijo ella. Vino un silencio incómodo para mí. Estaba arrepentido de mi llamada. Soy yo, le dije. ¿Cómo estás, cómo va todo?, me gustaría verte. Otro silencio que me pareció mucho más largo. ¿Qué quieres? No quiero

que me molestes, no quiero nuestro pasado, dijo sin furia, sin enojo, como si repitiera un diálogo monótono, y colgó. Me quedé mirando el auricular, sorprendido. Colgué despacio y de pronto me vino a la memoria una noche en Cuzco, los dos solos en ese bar pretendidamente mexicano, ebrios y cansados de un día de caminata por toda la pequeña ciudad. Inés me dijo, como si me confesara un secreto, que me amaba. Y yo sonreí porque era la primera vez que alguien me decía esas palabras. Inés sacó una pequeña bolsa con polvo, metió la uña y se la llevó a una de sus fosas nasales; repitió el gesto en la otra fosa nasal. Yo estaba limpio. Recuerdo bien esa noche. Cogimos en un callejón, ella recargada en el muro y yo intentando mantener el equilibrio mientras la penetraba lentamente. Fuimos jóvenes, fuimos un futuro que ya no estaba más. Pensé entonces en las fotos de Inés, en las intervenciones que yo le había hecho a los negativos. Eso era lo que quedaba, un grupo de piezas en donde estábamos los dos, en donde había fragmentos de nosotros, manchas imposibles de borrar.

Alguien acaba de caminar sobre mi tumba. Alguien, como escribiera Banville.

Hye me observa como miran las mujeres a alguien indefenso y torpe, y me sonríe. Mi amor, me dice, sólo piensa que la tuya fue una gran historia de amor. Y que ahora estás aquí, conmigo, a salvo. Para algo sirve el pasado, le digo. Me abraza y siento un alivio que se va

alargando en mi cuerpo, que se adentra. Esa cualidad tiene Hye. Con ella me siento cómodo y tranquilo.

Buenos Aires es una banca y un árbol de Plaza Francia. Un hombre y una mujer sentados en esa banca. Una lluvia fina. El bochorno de la tarde.

Buenos Aires es mi insomnio.

—

MARTES

Caminar activa el pensamiento. Lo supo Hazlitt, quien escribió: «Casi no hay nada que muestre, más que las excursiones a pie, la miopía o los caprichos de la imaginación. Al cambiar de lugar modificamos nuestras ideas; no, más aún: nuestras opiniones y sentimientos. Mediante un esfuerzo en realidad podemos transportarnos a escenarios antiguos, ya largamente olvidados, y entonces el cuadro de la mente vuelve a revivir; pero olvidamos aquellos que acabamos de dejar. Diríase que sólo podemos pensar en un lugar a la vez; el lienzo de la fantasía sólo tiene ciertas dimensiones y si en él pintamos un conjunto de objetos, inmediatamente se borran otros: no podemos ensanchar nuestras concepciones, sólo cambiar nuestro punto de vista. El paisaje desnuda su corazón al ojo fascinado, llenándonos por completo, y parece que no pudiéramos formar otra imagen de hermosura o de grandeza». Caminar sin un plan preconcebido con Hye. Vagamos conversando de un tema a otro. Lo que importa es la conversación, las piernas que avanzan por calles y parques, que se detienen para que nuestros ojos observen una fachada, cierto reflejo del cielo en una ventana, un árbol con forma de algo que podría ser un animal mitológico. Cuando se camina el paisaje se vuelve al instante pasado. Cruzamos la Avenida del Libertador para entrar por la parte trasera del bosque. La luz proyectada en las hojas de los árboles es un pálido reflejo de nuestros pensamientos; sorteamos un grupo de ardillas que piden comida, escuchamos los ronquidos de un hombre que duerme plácido bajo un álamo, sentimos las hojas romperse bajo nuestras pisadas y vemos a parejas de adolescentes desperdigadas en distintas partes del bosque. A lo lejos se ve el Jardín Japonés y más allá la otra avenida tumultuosa. Ahora recuerdo a Hazlitt y aunque no venga al caso, o quizá sí, al *dandy* George Brummell. Uno caminaba para activar el pensamiento, y el otro para activar las miradas del mundo que lo rodeaba. Brummell me lleva a Monterroso en este meandro que activa la memoria, y Hye y yo terminamos sentados en una banca mientras un pato solitario intenta acercarse a donde estamos. Observo el rostro de mi coreana y el fondo que lo enmarca: este bosque que es como un espejismo, un paisaje que ahora no tiene bruma, pero que pienso que podría ser un escenario perfecto para una imagen

decimonónica aunque no esté vestido como Brummell y Hye no haya salido de un retrato de Whistler.

—

MIÉRCOLES

Comemos con Milo y Liliana en su casa de Palermo. El calor cada vez es más fuerte y se vuelve insoportable. Estamos en la terraza del segundo piso mientras vemos el cielo de Buenos Aires. Hay una claridad que asusta. Milo nos habla de los proyectos que están haciendo: una remodelación en Palermo, otra en Barrio Norte y un edificio de apartamentos a las afueras de la ciudad. Liliana es toda alegría siempre, optimista y profundamente cariñosa. Ellos beben vino tinto y yo estoy con mi tercer whisky. Me tocó preparar a mí la comida y les hice una sopa phö de res y cerdo y después un curry verde tailandés de mariscos. A Liliana le gusta la comida de Oriente. Hablamos sin parar. Le digo a Milo que me recomiende autores argentinos y me da una larga lista. Se está bien en esta tarde en la que Hye no para de tomarnos fotos a todos y de subirlas a Instagram. Estoy cansado y quiero tirarme en una cama para ver si puedo echarme una siesta. Nos regresamos a casa en un taxi por Juan B. Justo hasta tomar Avenida del Libertador, para entrar luego a Recoleta. Me voy a la cama y Hye se queda leyendo un libro de Han Byung-Chul que se llama *Filosofía del budismo zen*. Lee unas cuantas páginas y deja el libro para ver televisión y hablar con Emile. Le cuenta que hoy por la noche iremos a un club *swinger* en Palermo Hollywood que le recomendaron unos amigos. La escucho reír y preguntarle a Emile cómo está, que si no la extraña, que ella todo el tiempo. Intento dormir pero no puedo, mi cabeza va a mil por hora y pienso cientos de cosas a la vez y encuentro conexiones entre elementos que no la tienen. Una letra de canción me lleva a un diálogo de una película que a su vez me lleva a un libro o a algo escuchado en la calle. Así estoy la mayor parte del tiempo. Intentando controlar mi mente. Hago meditación y descanso un poco. Hye termina de hablar con Emile y pone *Kind of Blue* de Miles porque sabe que me gusta la música de Davis.

Emile te manda su cariño y dice que te portes bien, me dice ella mientras cruza al baño con una sonrisa pícara en los labios. Yo la veo pasar. Me levanto y la sigo: está sentada, orinando, con sus bragas blancas debajo de las rodillas y una pequeña camiseta que marca sus tetas, también pequeñas. Escucho el chorro caer, es largo. Hye toma

un trozo de papel y quita los restos. Baja la palanca, se sube las bragas y me abraza.

¿Ya sabes qué haremos hoy por la noche, Fuzzaro?, ¿intercambiamos o no?, me dice. Y yo le digo que no importa, que lo decida ella, que yo tengo ganas de ver. Que lo que más quiero es que sea feliz. Eres un mentiroso, me dice. Tú lo que quieres es sólo coger y coger y coger. Nos reímos ambos, nos besamos largamente.

Me pongo a trabajar un rato, unas pocas horas, haciendo bocetos de una de las posibles piezas y tomando apuntes de materiales, densidades, peso, altura. Aún no estoy seguro de lo que quiero hacer. A veces me parece que lo mejor podría ser un cuadro enorme, otras, quizá, una foto intervenida con pintura o algunos objetos ensamblados para hacer una escultura. Aún no sé bien para dónde va el asunto. Voy a ciegas, tanteando.

Hye se ha dormido.

Observo su respiración.

Son las doce de la noche. Tomamos el auto y salimos a Palermo Hollywood. Hace poco terminó de llover. El viento refresca. El club al que vamos es una casa anónima, que franqueamos a través de una puerta de madera y un largo corredor. Nos recibe uno de los dueños y nos explica cuáles son las reglas, en dónde está la bebida y dónde hay que dejar nuestra ropa. Debemos decir si no queremos intervenir y si alguien no nos interesa basta un gesto. La casa está llena de muchos extranjeros y una gran cantidad de argentinos. Hye se quita la ropa, me besa y se va a deambular. Yo me voy al bar y pido un whisky. Detrás de la barra hay un mueble con botellas y un espejo al centro, que me permite verme y ver lo que pasa atrás. Debo desnudarme, me dicen. Y si quiero puedo usar una bata. Son las reglas. Entrego mi ropa y pido otro whisky. Detrás mío hay dos hombres besándose mientras una mujer le chupa la verga a uno de ellos. La visión del espejo hace que parezcan fantasmas. La luz tenue, casi amarillenta, permite atisbar fragmentos de cuerpos. El lugar, a pesar de los múltiples botes con esencias, y de lo higiénico y casi aséptico, huele a sudor y sexo. Es un olor ligero y un poco penetrante. Me levanto de la barra y camino por la casa para buscar a Hye. Hay una habitación sin luz, donde tropiezo con cuerpos en el piso. Escucho gemidos y siento manos que me tocan, una boca que quiere succionarme. Me salgo de ahí. Al fondo hay un jardín en donde un grupo charla tranquilamente. Parecen conocerse. Al lado, una piscina en donde no se vale coger. Continúo mi deambular. Descubro a *voyeurs* por toda la casa, sólo miran sin participar. Hay habitaciones en donde dos parejas se intercambian; en otras, veo tríos, grupos de hombres solos cogiendo. Tengo mi vaso de whisky en la mano y me doy cuenta de que no

quiero participar, de que quiero encontrarme con Hye, que mi cansancio es mayor. Al final la encuentro en una sala llena de espejos, con muebles *art déco*. Un tipo la penetra por atrás mientras ella le chupa la verga con lentitud a otro. Al lado de ellos están dos mujeres besándose mientras un viejo las toca y besa suavemente. Del otro lado de la habitación, un hombre se coge a otro con fuerza, con rabia. Me recargo en una pared y veo a Hye, la veo mojada de sudor, gimiendo dulce mientras sus dos manos se aferran a la verga del hombre y su boca chupa y lame. El que está atrás suyo se mueve monocorde, con los ojos cerrados y las manos en las caderas estrechas de Hye, la mujer de Emile, mi compañera, mi mujer también. Una mujer se acerca a donde estoy, sonriendo, me hace un gesto para invitarme. Afirmo. Me toca el pecho y lleva sus manos a mi bajo vientre, se hinca frente a mí y chupa con fruición la verga y luego los testículos. Yo miro a Hye, quien ya me ha descubierto y me observa de costado. La mujer se levanta y me besa en la boca, me pone un condón, se pone de espaldas a mí para ser penetrada, se dobla y guía mi verga a su vagina húmeda. Nos movemos despacio. Hye me mira. Pienso que en realidad a quien cojo es a Hye, no a la argentina que se mueve con precisión. Me pide que lo haga con más fuerza, que le golpee las nalgas, que le deje las marcas de mis manos. La mujer gime estentórea, le tiemblan las piernas y de pronto queda quieta, vibrando. Se sale, voltea hacia mí y me da un beso en la mejilla y se va. Yo me quedo con el condón colgando de mi pene aún erecto y me río de lo absurdo de la situación. Me saco el condón y pido otro whisky y me siento en un largo sillón que da a una ventana por donde entra la luz de la noche. Hye ha terminado, viene y se sienta a mi lado, me abraza y me quita mi trago, que bebe de un tirón. Está sudada, pero se ve hermosa, con un brillo particular en los ojos. Yo también la abrazo. Nos quedamos así mucho tiempo, sin importarnos lo que pasa a nuestro lado. Es como si hubiéramos borrado todo lo que está a nuestro alrededor. No sé cuántas horas han pasado. Vemos cuerpos descansando, absortos, inertes, como dejados en el campo de batalla. De algún lugar sale una música que me suena conocida. Es Chet, Chet Baker que viene a acompañarnos. Nos levantamos y vamos por nuestra ropa. Que Chet Baker venga con nosotros. Salimos a la mañana fresca. Volvemos a casa en el auto por calles y avenidas solitarias. En la radio suena un tango de Cadícamo. Subimos el elevador de puerta corrediza y nos bañamos largamente, para quitarnos los restos que quedaron de los otros cuerpos: esa parte del mundo que no nos pertenece. Hye se va directo a dormir y yo me quedo escuchando música, bebiendo de mi *single malt* y esperando que la luz de la mañana entre a mis ojos.

—

JUEVES

Estoy instalado en el insomnio. Duermo poco, casi nada. Y algo pasa en mi organismo que me está moviendo a zonas extrañas, que no reconozco. Mi depresión es un caballo pastando en una pradera silenciosa; es un caballo blanco que no se deja atrapar y vaga de un lado a otro.

Es como si la ciudad me hubiera involucrado en un mundo incoherente, inasible. Intento unir cosas, veo manchas, escucho con más intensidad los ruidos de mi alrededor. Parece que estoy

en una realidad paralela. Que vivo en una realidad paralela, donde busco «esa suerte de conexión invisible entre puntos lejanos de la ciudad, como si se tratara de regueros flotantes tan sólo ciertos para quien los conoce o puede verlos», leo a Sergio Chejfec y lo anoto acá, en el diario.

El insomnio es canalla. Y casi siempre que pienso en él me viene a la mente, por alguna razón, un documental en blanco y negro sobre una ciudad china, creo que Beijing, del fotógrafo español García-Alix. Recuerdo vagamente el documental, pero tengo la sensación de escuchar una voz que narra —con seguridad el propio García-Alix— mientras la ciudad, con sus letreros en ideogramas de neón, avanza ralentizada, fuera de foco, o con grano reventado. La cámara observa todo desde un auto. Así imagino que es el insomnio: una voz apenas audible, dentro de un túnel que es incomprensible y está enrarecido. Pero también es ese caballo blanco pastando, casi quieto, que puede salir en estampida a la menor provocación.

—

VIERNES

Dos de la tarde. El sol cae a plomo, con la contundencia de un muerto. La gente se «solea», como escribe Arlt, y busca cubrirse en los pocos árboles que hay en el cementerio de la Recoleta. Camino entre las pequeñas calles *casi* silenciosas del panteón para buscar la que vi hace años, la de los Casares, pero me encuentro con hordas de turistas que hacen fila para ver la de Evita o el monumento a Sarmiento y busco esquivarlos y me detengo en cualquier mausoleo que haga un poco de sombra y entonces salen los gatos, los verdaderos dueños del lugar, y te piden, entre ronroneos, un poco de comida, una caricia que calme el agobio del calor.

Estoy esgunfio.

Como dice Arlt.

Basta de turistas. Escucho el golpeteo de un pájaro. Mi cabeza se dispara a pensar en cientos de imágenes. Hay un tango en mi cabeza. El cielo es de un azul que brilla, intenso. Salgo corriendo del cementerio y de las voces en muchos idiomas, los fastidios por el viaje en los rostros de los adolescentes, en los pies hinchados de los ancianos. Hye se fue de compras o a buscar proveedores de piel porque quiere mandar a Seúl material para su nueva colección.

Cruzo a La Biela, el bar donde Borges y Bioy se reunían a tomar café y chismear de los otros. Me siento afuera, cerca del enorme árbol, pido una cerveza y trato de leer un poco el libro de Boris Groys, *Arte en flujo. (Ensayos sobre la evanescencia del presente)*. No puedo. Mi cabeza es un nido de pájaros, un infierno blanco.

Estoy esgunfio.

Me esgunfié, la verdad.

—

SÁBADO

Sentado en un café francés en la avenida Pueyrredón. En la ciudad hace fresco porque ayer llovió durante toda la noche y madrugada. Una lluvia torrencial, ruidosa, como los monzones que he padecido en Oriente. La gente va y viene sin prisas, después de las fiestas decembrinas. Las faldas minúsculas, los *shorts*, las blusas holgadas, la no premura, la humedad altísima en el ambiente. Miro pasar el mundo. Los autobuses casi vacíos porque mucha gente se fue de Buenos Aires. De pronto hay atisbos de un sol tímido entre los edificios pero luego se va. Fue una jugarreta y desaparece mientras unos niños cruzan la avenida y se hacen bromas. La tarde está quieta. Tarde de estar atento a las palabras más que a cualquier otra cosa. Tarde humedecida con el olor de Hye en mi mano.

Pienso en las conexiones que establece Sophie Calle. Pienso en la artista francesa que construye una historia a partir de una separación de dos amantes. (Nota: Escribir después la relación que tenemos Hye y yo.) Una historia que se repite, que vuelve sobre sí. Calle arma un registro del dolor con otras voces; las voces dialogan, pelean, se burlan de la carta de despedida del amante. (Escribir sobre los vínculos, sobre la extrañeza.)

—

DOMINGO

La ciudad está muerta por la celebración de Navidad. En la sala oscura de Corrientes se proyecta la película *Gilda*, sobre la cantante clasemediera que se volvió intérprete de cumbias y que después de su muerte es considerada una santa y un ícono del país. Hace casi cuatro meses que se estrenó en el país y ahora sólo queda en salas modestas y sucias como esta, que me recordó a las salas porno de mi adolescencia. La película es flojísima. La escribieron dos mujeres y una más la dirigió, pero les gana la hagiografía. La estructura narrativa es pobrísima, carece de puntos fuertes que puedan armar una historia poderosa. Y es una lástima porque el personaje es muy potente. Hay historias que

permanecen ocultas, que se olvidan, que se les olvidan a las guionistas, que quedan en la grisura. Como nos aburrimos y hay poquísima gente, le digo a Hye que me acompañe hacia una de las esquinas. Me pregunta que para qué y le digo que para coger. Me siento en una butaca, ella baja el cierre del pantalón, mueve su falda y sus bragas, y con una de sus manos ensalivadas moja su vulva y mete la verga hasta el fondo. Hay una sensación de electricidad, de puro deseo. Quiero comerme a Hye, devorarla para saciar todas mis vidas anteriores. Allá en la pantalla cantan. Hye mojada, Hye olorosa. Hye se mueve lento y yo le tapo la boca con mi mano para no hacer ruido, aunque la butaca rechina y nadie se da cuenta de nuestro orgasmo, o fingen, porque veo a un hombre gordo que nos descubrió y se masturba. Somos dos perros copulando; somos pura asfixia o una música encendida.

Salimos del cine olorosos, sudorosos, y entramos a la tetería El Gato Negro. Mi amor por Hye es una cicatriz. Recuerdo lo que escribió Francisco Hernández, un poeta que leía en mi juventud: «Por amor a Fosca la fotografío masturbándose, bañándose, enroscándose. He fotografiado sus costillas falsas y las cuarteaduras de sus talones, sus muestras de excremento y sus invisibles omóplatos, sus toallas renegridas y sus flemas diurnas, su forma de persignarse y los restos de su cabello en la coladera».

Hye y yo regresamos a casa, en la Recoleta, caminando. Doblamos Corrientes para tomar Callao y seguimos en la noche fresca del puerto. Cruzamos por el edificio donde vivió Piglia con Josefina Ludmer, entre Callao y Santa Fe. Más adelante, pasando Arenales, hay una placa que recuerda la canción que escribió Horacio Ferrer y compuso Piazzolla, «La balada para un loco». Entramos al Ateneo, en Santa Fe. Hicieron una librería en lo que antes fue el teatro. El edificio es hermoso, pero parece más una escenografía que otra cosa. Compro dos o tres libros, los *Cuentos completos* de Rodolfo Walsh, *El motel del voyeur* de Gay Talese y poco más. Prefiero las librerías de Corrientes, viejas, polvosas, con gatos gordos, que esta que tiene muy poco de libros y mucho de fantasía.

Llegamos a casa. Faltan pocos días para que termine el año. Hye se mete a la tina mientras le preparo una pasta con tuco. Yo abro otra botella y bebo varios whiskys para que mi cerebro descanse. Siento que vendrá el resplandor nocturno, que pasaré la noche en blanco.

—

LUNES

Despierto aturdido de una pequeña siesta realizada después de una comilona en un restaurante peruano que encontramos detrás del Abasto. A una cuadra de donde vivió el rockero Luca Prodan. Me levanto con imágenes precisas de mi sueño. Recuerdo con claridad lo que acaba de suceder y la extraña sensación que me produjo volver a la casa familiar. Me guía mi abuela: me espera en la puerta para darme la bienvenida y para mostrarme los cambios que se han realizado al interior; cambios de estructura en las habitaciones, los pasillos, ventanales que antes no había y ahora dan hacia el enorme jardín interior lleno de árboles y plantas distintos a los de la infancia. Al fondo, la casa tiene ahora muros enormes de ladrillo y no adobe: detrás hay una ladera y no las casas que siempre existieron. Me sorprende el conocimiento arquitectónico de mi abuela. Ella me explica con enorme detalle cada transformación y por qué fueron realizadas. Caminamos por cada estancia y le pregunto por mi abuelo, sus hijos e hijas y me explica que ahora no hay nadie, sólo somos ella y yo. Salimos al jardín después de cruzar una puerta de madera y bajar unas cuantas escaleras. Mientras caminamos intento recordar qué había antes en los lugares por los que pasamos. La memoria se activa, se adentra en recovecos profundos. A cada pregunta mía, mi abuela responde con precisión de cirujano. Al fondo, en lo alto de la ladera, pasan autos por una carretera, supongo que es la que se encuentra a las afueras del pueblo. Pienso que está muy cerca, que no puede ser, que quizá sea el camino que serpentea a lo largo del río que divide en dos el pueblo. Hay algo que no casa entre mis recuerdos y lo que veo. Rodeamos un grupo de árboles y llegamos a un diminuto solar vacío y con cemento. De pronto me doy cuenta de que ahí estaba un limonero de rama curva en donde acostumbraba jugar de niño. Mi abuela me explica que un día se secó y tuvieron que derribarlo, pero que el espíritu que lo habitaba sigue allí, que no han podido deshacerse de él. De inmediato unas ramas secas que hay en el cemento comienzan a vibrar y se elevan del suelo unos cuantos centímetros. Siento que un sudor helado recorre mi cuerpo. Ahora, mientras lo escribo, vuelvo a sentirlo. Sé que es el niño que tantas veces vi durante mi infancia el que nos dice con ese gesto que no

somos bienvenidos. Le digo a mi abuela que debemos irnos. Un fuerte viento mece las ramas de los árboles y poco a poco crece de intensidad, igual que el viento helado. Volvemos apresurados hacia la puerta. Las ramas tiradas hasta hace un momento en el piso se han elevado mucho más y nos siguen furiosas, con un fuego vibrante en una de las puntas. Cerramos la puerta, que intenta abrirse por el fuerte viento; los cimientos de la casa gimen y veo desde el enorme ventanal enmarcado en un vidrio grueso cómo el jardín es una isla de furia y violencia: todo parece derrumbarse. A mi lado siento la presencia del espíritu; sé que de alguna manera pudo acompañarnos y cruzar el espacio que no estaba destinado para él. Mi cuerpo tiembla y no puedo emitir ningún sonido, mis palmas están heladas. Quiero cruzar por el largo pasillo hasta la puerta que da a la calle y salir de esa casa. La luz me guía. Ahora el pasillo es un camino de terracería y una de las habitaciones, la más cercana a la puerta, es una tienda de abarrotes donde dos campesinos vestidos con ropa de manta y sombreros, como en las antiguas fotos de principios del siglo XX, me miran con sorna y algo comentan entre ellos al tiempo que me señalan. Salgo a la calle, me despojo del frío, del terror instalado en mi cuerpo. Miro hacia uno de los balcones de la casa, mi abuela me mira y extiende su mano en señal de despedida, no sabe que atrás de ella está el niño mirándome con furia. Ambos sabemos que volveremos a encontrarnos.

Despierto aturdido y sudando. Le cuento el sueño a Hye, que ha estado todo el tiempo a mi lado en la cama, trabajando en los diseños de la futura colección de ropa. Desde su celular, que conectó a unos parlantes, se oye *Harvest* de Neil Young.

Me siento extraño, mi cuerpo tiembla y tengo presente, casi como una fotografía, el rostro de mi abuela, y veo delante de mí las escenas del sueño que acaba de pasar.

No te preocupes, Fuzzaro, es por todo el cebiche que te comiste, me dice Hye soltando una carcajada.

Sólo la miro pero sé que ha pasado algo extraño, casi real, o demasiado real.

—

MARTES

Noche. Luego de una cena en una pizzería de Villa Crespo, Hye y yo caminamos para tomar un taxi hacia Almagro, a la tanguería de Roberto. Alguien me ha dicho que es para ir a escuchar cantantes de tango que no son conocidos y beber algo. Cuando bajamos del taxi, frente a un pequeño parque, algo se activa en mi memoria, una película lenta, fracturada, y me vienen imágenes, desechos de fotogramas. Un detalle aquí, un gesto allá, un muro, un olor, pero aún no sé muy bien qué pasa. Al entrar a la tanguería —que no tiene ningún foco encendido, al parecer hay una falla eléctrica— y sentarnos es como si la memoria se hubiera reacomodado y entonces todo fluye: una larga caminata desde la zona de Abastos, en donde habíamos estado, en un bar decrépito, donde recitaban poetas desconocidos de la escena *underground* bonaerense, y en donde minutos antes habían querido asaltarnos en la calle. Pero ahora recuerdo todo con nitidez. Los tipos que salieron de una puerta entornada y nuestra caminata presurosa hacia ese bar herrumbroso, maloliente. Mi grupo de amigos de entonces, Washington Cucurto, un innombrable poeta chileno, su esposa, varios músicos, unas jovencísimas poetas argentinas, mi amigo mexicano escritor —mi Virgilio en estas tierras— y yo, entramos a buscar una mesa, en un pequeño rincón en donde charlar y beber algo para continuar la fiesta en la Catedral. Iniciaba el otoño o ya avanzaba lentamente el frío, pero aún no era demasiado porque podíamos caminar sin problema, nos fuimos caminando por Corrientes hasta Almagro, al bar casi clandestino, nocturno, decadente y oloroso a meados y mariguana. Llegamos en fila india, con Cucurto a la cabeza, como una larga y lenta *troupe* de cirqueros autistas que se habían metido toda la merca del mundo; el chileno ahogado en alcohol, estentóreo en sus vituperios y furia; Gonzalo, mi amigo mexicano, poeta, detrás de Cucurto, luego la esposa del chileno, los músicos que ya estaban fumando mota, y atrás, las dos chicas porteñas y yo. Entramos al bar, nos sentamos en una esquina mal iluminada y pedimos varios whiskys y un porrón de cerveza. Cucurto oficiaba desde la barra de madera oscura. No sé cuánto tiempo estuvimos ahí, si unos minutos o unas horas, olorosos al humo de la mota y el cigarro, pero salimos más

nublados, más ruidosos hacia la Catedral, una milonga que tenía un espectáculo, así lo creo recordar, de unas amigas bailarinas de la esposa del chileno. Llegamos a la Catedral y cada uno se fue esfumando, buscando su propio rincón. De pronto desapareció mi amigo mexicano; los músicos, el chileno y su esposa se fueron al fondo del lugar; Cucurto se volvió invisible, y cada uno de nosotros se adentró en su propia selva. En algún momento yo estaba con las dos porteñas en un baño mientras ellas esnifaban y luego yo besaba a una, y la otra no paraba de hablar de sus poemas, de promesas que sólo quedarían para esa noche. Recuerdo el ambiente claustrofóbico del lugar, recuerdo el nombre de las dos chicas, recuerdo el cuerpo blanco de una, recuerdo mi habitación de hotel, recuerdo que cogí con ella y la otra se fue en un taxi, recuerdo el cuerpo blanco y firme de la joven poeta, su nariz afilada, sus ojos entrecerrados, la risa explosiva.

Eso recordé cuando entramos Hye y yo a la tanguería de Roberto, y me vino esa andanada furiosa de recuerdos a la cabeza, como un torbellino emocional, fragmentado; una película que estaba guardada. Pero ahora Roberto —también los lugares envejecen o cambian— ya no era lo mismo. Quedaba la decoración de postal y un tanguero cantando al fondo. Sin luz, apenas iluminado por unas pocas, poquísimas velas. Sin tragos porque la mesera nos dijo que no les habían surtido whisky, que sólo cerveza, che. Escuchamos un poco al cantante y a otro más y nos marchamos a otro bar, porque ya se sabe, también envejecen los lugares en donde fuimos felices.

—

MIÉRCOLES

Camino por el barrio. Ayacucho, luego Alvear hasta Rodríguez Peña, para volver a Vicente López y desembocar en la pequeña plaza arbolada. Los chicos juegan a la pelota, las adolescentes están tiradas en el pasto, revisando sus celulares. Un poco más allá, otras chicas intercambian faso y charlan acaloradas. Frente a ellas, unas mujeres toman el sol en bikini y tienen en medio de ellas una botella de vino tinto. Camino observando los edificios de apartamentos que crecen estrechos, alargados. El mediodía porteño tiene algo de dulce modorra. Las vacaciones están instaladas en cada gesto de las personas. No hay prisas, no hay más que dejarse guiar por la monotonía de estos minutos. Sigo mi caminata y descubro un pasaje casi silencioso, con unas cuantas mesas y algunas madres con sus hijos pequeños, algunos ancianos que beben cafés cortados y hablan de los problemas en los que está sumido el país por la recesión macrista. Tomo una mesa y leo de entre los libros que traigo en la mochila *Black out* de María Moreno, la periodista cultural de *Página 12*. Un extraordinario ajuste de cuentas con un pasado alcohólico, sórdido, con una prosa por momentos deslumbrante. ¿Memorias, novela, ensayo? Un poco de todo, un poco un buceo en la memoria para reconstruir sin nostalgia ni miramientos lo visto, lo vivido, lo bebido. La tarde avanza y la ciudad está adormilada.

—

JUEVES

En el metro:

No, boludo, el faso es mejor que las pepas.

No, las pepas son mejores.

Me dijeron que una pepa en el culo te pone, boludo.

Boludo, ¿te acordás cuando vivíamos en el *hostel* y estabas curtiendo con una jujeña?, ahí, puro faso, tín tún tán.

Yo, cuando fumo faso no bebo ni birras ni nada. Porque boludo, no te metás nada. Yo un cuartito de pepa y listo, boludo.

No, boludo. Callá. Acá bajamos. ¿Es Ministro Carranza, che?

—

VIERNES

Mañana termina el año. Vamos en el auto al centro, volvemos de nuevo en este día tranquilo y solitario: quiero recordarlo como lo vi hace años. Leo lo que dice Emmanuel Hocquard: «Los recuerdos nunca se refieren al pasado, existen sólo en el presente, en el momento y a medida que *yo recuerdo*. Los recuerdos son las palabras, las frases, los enunciados. No el pasado o los trozos del pasado, sino el lenguaje y los trozos del lenguaje presente».

Casi no recuerdo mucho. Acaso fragmentos de una larga y continua borrachera con mi amiga Lucía, la poeta jovencísima que no volví a ver más. Pensé en buscarla pero desistí de inmediato. Preferí que se quedara en esa zona brumosa.

Hye toma algunas fotos del Congreso, de algunos edificios, de nosotros.

Buscamos cerca de la Casa Rosada el que fuera el Hotel Argentino, donde Hernández escribió, en el XIX, su primera parte del *Martín Fierro*. Justo frente a la casa presidencial hay un edificio con una placa que dice que ahí estuvo Hernández. Ironías de la vida, frente a su enemigo Sarmiento, el presidente. También en el hotel recaló un Robert Burton agobiado por la bilis negra.

Caminamos hacia San Telmo y nos metemos en el bar El Federal, en Perú y Carlos Calvo. El calor pesa. Comemos un poco de carne y bebemos y Hye toma fotografías de todo. Parece que el tiempo se detuvo acá, en este bar fundado en 1864.

Vamos a Puerto Madero para caminar un poco más y hay un montón de gente, sobre todo brasileños y orientales de paseo y argentinos que viven en la zona. Demasiado ruido, demasiada gente; gente que se toma fotos en el horrendo puente de Calatrava y en algunos barcos pequeños que sirven de gancho turístico. A lo lejos se ve el Luna Park.

Hye quiere beberse un martini en un bar que descubrió cuando estuvo por acá. Yo estoy fastidiado.

El mundo es un cambio de casa constante.

«Pero mis pensamientos, sin duda incitados por el viento, que anda a la caza de los jirones de nubes, no cesan de errar, ya no sé desde qué

año, en torno al constante estar zarandeado», aparece escrito en el libro de Han Byung-Chul. Es un fragmento del libro *Sendas de Oku*, de Bashô.

Mientras Hye toma su martini, yo anoto en mi cuaderno de apuntes. Avanzo a ciegas a partir de la memoria, reconstruyo, invento, modifico. Pienso en escenas breves, en pequeñas historias de un mosaico múltiple. Me quedo en el borde, en las astillas. Al reconstruir nuestra vida de este mes, todo queda sesgado. Avanzo a tientas. La prosa es un murmullo. ¿Cuánto hay de verdad en lo que se cuenta?

Escribir en presente es una falacia, los hechos no están ocurriendo. Hay un problema gramatical. Escribir en presente es mentir. Se sucede siempre en pasado.

—

SÁBADO

Caminamos desde nuestro apartamento en Junín hasta Callao y Santa Fe, al bar Notorius, donde harán un homenaje a Miles Davis. Estamos vestidos de fiesta para despedir el año. Hye usa un vestido negro, de lino, que muestra sus piernas largas y caderas estrechas, yo uso un pantalón crudo y una camisa celeste, también de lino. Vamos a escuchar en vivo las piezas de Miles y cenaremos un poco. Está lleno de turistas gringos que no hacen mucho caso a la música, y de parejas de novios. La noche avanza con lentitud. Hye es mi talismán. Me gusta verla comer con esos movimientos tan delicados, tan silenciosos.

A veces me toma de la mano, la besa, mira a los músicos y ambos permanecemos callados mientras el fantasma de Miles ronda por aquí. Cada una de las piezas la sé de memoria. Las repaso mentalmente, me sumerjo en la música. Esto se parece mucho a la felicidad. Tocan una hora y hacen una pausa para volver más tarde. Le pregunto a Hye si conoce la historia de Ozu, el director de cine japonés. Ella niega y me dice que se la cuente. Bromea: de cualquier manera, aunque yo te diga que no, lo harás, así que aprovecha que no hay música. Ozu, le digo, tenía un cuaderno en donde pedía que sus invitados escribieran lo que quisieran. Las notas podían ser asuntos meteorológicos, felicitaciones y ráfagas incomprensibles de hechos cotidianos. El cuaderno comenzó a escribirse en 1949 y quedó olvidado en 1962. Entre ambas fechas, Ozu trabajó con Noda Kogo, su guionista habitual en esos años. Ambos, director y escritor, solían

reunirse en lugares insólitos para charlar y beber sake y, si era posible, para que surgieran ideas para filmes futuros. Imagínate, le digo a Hye, escribir e imaginar escenas y diálogos bajo el influjo del sake: mejor, escribir y pensar bajo el influjo de la amistad. Eso es muy bello, ¿no te parece? Tú me pareces bello, me dice, y me lanza un beso.

Me abraza.

Todo se detiene.

Son las doce. Brindamos y la gente también lo hace, exultante, borracha.

Enseguida comienza a tocar la banda.

Miles está aquí, a nuestro lado.

SEGUNDO MES

Pensar, es meditar el desastre.
Emil Cioran

—

DOMINGO

Primer día del año y estamos en cama. Hye recién despierta luego de varias horas de dormir plácida, silenciosa. Otro día sin conciliar el sueño para mí. En blanco, como ciertas imágenes que tengo en mi cabeza: habitaciones blancas, impolutas, cielos cubiertos de cirros, caballos blancos. La música sale del estéreo. Escucho el silabeo del Polaco Goyeneche, su fraseo cortado mientras avanza el bandoneón de Piazzolla. Sigo el ritmo con los ojos cerrados, moviendo una mano. «Vuelvo al Sur, / como se vuelve siempre al amor, / vuelvo a vos, / con mi deseo, / con mi temor», le digo a Hye al tiempo que canta Goyeneche. Y viene el fuelleo del bandoneón y mi cabeza se altera y son más imágenes las que van y regresan y pienso entonces en el cuerpo de Hye, en sus huesos crujientes, en su espalda que me asfixia como un corazón claro. Y repito una y otra vez la canción y le digo al oído: «Siento el Sur, / como tu cuerpo en la intimidad», y estoy movido por una música que parece un movimiento del mar, o de este río anchuroso, verdegris, aquietado. Hay un vaivén en esta melodía, en la manera en que entra en mi cuerpo y quisiera repetir hasta el hartazgo esta prosodia que no me cansa nunca. Llevo algunas horas escuchando tangos, Julio Sosa, el propio Goyeneche, Lidia Borda, Susana Rinaldi, Gardel, Horacio Molina, Troilo, Discépolo, Piazzolla, Pugliese, Adriana Varela y una larga lista. Una lista melancólica, una lista que tiene que ver con mi sensación de cansancio y de no dormir, con esta veladura en mis ojos que cada día crece más, que se agiganta como una montaña silenciosa.

Hye se levanta y se prepara un sándwich y me hace otro a mí. Abre una cerveza y se sienta en camiseta y bragas a mi lado, un poco amodorrada aún. ¿No dormiste nada?, me dice al tiempo que mueve la cabeza en negación y me toma del pelo. ¿Vamos al médico para que te dé unos somníferos o algo? No es necesario, ya pasará esta vaina. No te preocupes. Qué lindo es el tango, cómo me gustaría aprender a bailarlo, me dice. Hoy podemos ir por la noche a una milonga, si quieres. Hye se alegra y sonríe y me besa. Ya quiero, vámonos. Hay que esperar a que sea más noche. Podemos ir primero a la Viruta, le digo, ahí dan clases. Y luego nos vamos al Salón Canning o nos quedamos ahí, si tú quieres.

Me voy a la cama mientras suena Piazzolla. Intento cerrar los ojos, me arden y siento minúsculas piedras que raspan en los párpados. Mis sentidos comienzan a agudizarse más. Creo que ya tengo claridad con los dos proyectos que haré. Repaso mis notas.

Hye entra al baño y la escucho orinar porque dejó la puerta abierta, como siempre.

Una de las piezas será una instalación a partir del baile de Fred Astaire. Todo surgió porque estaba viendo un video de Richard Hawley y apareció Astaire como un fantasma. Después del video se abrió mi cabeza a la construcción de la obra. Y todo fue muy claro. Decidí que voy a escoger todas las escenas del actor y bailarín en donde baile solo y las voy a separar. Es decir, voy a separar el sonido de sus pies y con eso crearé una pieza que repita ese golpeteo de tap en pequeñas cajas musicales que estarán dispuestas en cajones de madera a lo largo de toda una pared. Cubos dentro de cubos. Esos cubos, al tocarlos, producirán el sonido de cada uno de los movimientos de Astaire. Por otro lado, trabajaré con programadores para que esos mismos pasos los vuelvan notas musicales y se cree una pieza que englobe todo ese aleteo de Astaire. Voy a ver si mi galería de Seúl puede conseguirme a los programadores y a algunos chicos que busquen película por película las escenas. También veré acá en Buenos Aires si la galería que me representa puede ayudarme. Las notas ya están ahí.

Estoy con pensamientos muy acelerados. Vienen cientos de ideas y todas se conectan entre sí. El lenguaje se fragmenta. Hay una escisión en mi cuerpo. A veces siento que al moverme son varios cuerpos o varios Fuzzaros los que se mueven, como fragmentado y múltiple.

La Viruta está a reventar de gente que quiere tomar clases de tango. Estacionamos el auto afuera del Centro Armenio. Hye está feliz de aprender. Se inscribe y me siento a verla. Mi coreana tiene la torpeza de una grulla. Mi coreana es una grulla que se desliza lento y con dificultad. Amo los gestos de esta mujer, su delicadeza y su temple. Aquí todos son aprendices y cada uno escoge a su pareja de baile para una pieza y luego el profesor les pide que cambien. En la parte baja del Centro Cultural es donde está la milonga. Voy a asomarme y la encargada de los boletos me dice que está por empezar la hora del rock. Así que no compro los boletos y espero que Hye termine su primera clase para irnos al Salón Canning, que está muy cerca de ahí, en Scalabrini Ortiz, en Palermo Hollywood. Un largo corredor con fotografías y una puerta que se abre para encontrarnos con un salón mediano lleno de hombres y mujeres mayores, principalmente, que bailan tango y revolotean entre las mesas. Hay

todo un código entre ellos para invitarse a bailar. El hombre se levanta y se dirige a la mesa donde está la mujer con quien quiere bailar, pero antes ya hizo un gesto con la cabeza y con el hombro, como diciendo: «ven, o voy por ti». Algunos bailan un solo tango, otros, si sus cuerpos se encuentran a gusto, se siguen con algunos cuantos más. Algo tiene esta música de encantamiento y melancolía, es una tristeza extraña. Hombres y mujeres están siempre atentos al movimiento del otro. Hye mira feliz y toma pequeños videos. Hay algunas mujeres de sesenta, setenta años, hermosísimas, vestidas de fiesta, o mejor, vestidas para bailar. Descubro a una, flaca, que me recuerda a Charlotte Rampling, la actriz británica de ojos azules transparentes. Lleva la espalda descubierta, y con cada movimiento sus músculos aparecen y la piel anciana logra quiebres hermosos. Veo su espalda, su cuello y nuca extraordinarios. Se mueve con la elegancia del que sabe que está de vuelta de todo. Hye está inquieta en nuestra mesa porque quiere bailar. Una mesera hombruna y bajita, regordeta, nos trae nuestros whiskys y coquetea con Hye; yo no existo. Me divierte verla con sus poses de macho alfa. Me levanto para bailar con mi coreana y su única clase de baile no fue suficiente. Somos un desastre pero no importa. Bailamos a lo largo de la pista. Recomenzamos una y otra vez. Que venga el placer de mover nuestros cuerpos, pegados, adheridos, heridos. Vamos y venimos a nuestra mesa. Bebemos. Y nos vamos con los últimos tangueros, a las cinco de la mañana.

En nuestra borrachera, no recuerdo dónde dejamos el auto.

Hye quiere esnifar un poco de coca.

Hye quiere coger.

Caminamos por varias calles hasta que recuerdo el sitio exacto donde está el auto.

Hye quiere dormir.

Hye quiere una canción al oído.

Hye quiere que la bese.

Hye quiere este fragmento del mundo y que no acabe nunca nuestra relación.

Hye quiere todo.

Hye mira el cielo del amanecer en Buenos Aires.

—

MARTES

Salimos a Uruguay en el auto. Colonia, Montevideo y Punta del Este. Llueve en la ciudad. Es una lluvia cargada de señales y nubes negras.[1] Nubes que avanzan por Santa María del Buen Aire como mazos oscuros. Lluvia en Puerto Madero, que está silencioso este mediodía renegrido. En el embarcadero de los ferrys, el agua que cae es una gasa neblinosa. Metemos el auto en un estacionamiento hasta que nos avisen que puedo subirlo al barco. Esta es una lluvia constante, una lluvia que se vuelve un muro. Pasamos migración y me hacen regresar por una puerta especial al estacionamiento para subir el auto al ferry. Allá me esperará Hye. El viaje a Colonia es muy corto, de una hora. A pesar de la lluvia, las aguas del río están calmas. Hye toma pequeños videos que sube de inmediato a su Instagram. Hojeo uno de los libros que traje conmigo. El mundo de la poesía siempre me sorprende y me ayuda a entender y a generar ideas para algunas de mis obras. En ese sentido me siento cercano a Jorge Méndez Blake, con quien trabajé una serie de piezas relacionadas con ciertos libros a principios de los dosmiles.

Hago apuntes de la otra pieza. Ya se ha clarificado un poco más. Sé que será un cajón de madera de medio metro de profundidad por seis metros de largo y cuatro de ancho, cubierto por un cristal. Ahí estarán clavados, con agujas muy finas de distintos tamaños, los papeles negros y transparentes de arroz. Serán puestos a diferentes distancias para crear profundidad y transparencias. Hice algunos bocetos y diagramas. Tendré que armar la pieza en Ciudad de México o mandarles los planos para que alguien allá la monte. La otra se irá directo a Nueva York y ahí se montarán los cubos.

El ferry se detiene y comenzamos a salir con los autos. Casi todos los pasajeros son argentinos que van a sus casas de verano en este país. Pasan algunos actores y modelos que recién acababa de ver en un anuncio. Bajaron en una Land Rover.

Vamos a la parte vieja, histórica, para dejar nuestras maletas en el hotel, pero antes queremos comer en una parrillería. Desde esta orilla se ve Buenos Aires, trozos de edificios de Puerto Madero. El río con sus márgenes terrosos. Aquí el trazado de las calles, de unas pocas,

conserva su hechura original de piedras, con casas bajas, portuguesas. A un lado de la Plaza Mayor está el faro y un edificio en ruinas. Las calles arboladas con plátanos, y de casas bajas, dan una idea de tranquilidad y placidez total. Pero me muero del aburrimiento aquí. Alguien nos dijo en Buenos Aires que muchos pintores se vienen a vivir a Colonia. Imagino que pintores de acuarelas que pueden encontrar excitante observar a los pescadores a la orilla del río, lanzando sus hilos, o a los niños que nadan veloces, o a las pequeñas barcas. Cae una lluvia ligera. Pero es lo que quedó de la sudestada, que derribó árboles y destrozó algunas casas en Montevideo, según nos enteramos por las noticias. Las aguas del río parecen otras desde esta orilla. La ciudad tiene un encanto silencioso. Hay ciertas calles que me recuerdan a Coimbra, con sus largos muros ribeteados de tejas, los árboles frondosos, el cielo azul transparente. La humedad invade cada poro. Desde las casas y las parrillerías sale un olor a ajo frito. La Calle de los Suspiros sigue teniendo las piedras originales, que fueron puestas por los portugueses hace más de cuatrocientos años. Me parece que hay algo de evidente para que los lusitanos construyeran ciudades como esta: el río es el hermano extraviado del Tajo.

Terminamos de comer y damos un paseo en auto por la pequeña ciudad y luego dejamos el coche en el hotel y caminamos un poco más. Recomponer el trazado de una ciudad a partir de los recuerdos peca de intransigente. Estamos a cuarenta grados. Terminamos empapados en sudor. Preferimos regresar al hotel y coger.

Coger como nos gusta a ambos, lento, profundo. Como si nos estuviéramos comiendo, literalmente. Sorbidos ambos por el otro, eyaculados ambos en el otro.

—

MIÉRCOLES

La carretera de Colonia a Montevideo, de un poco más de ciento setenta kilómetros, es una larga línea que abre en dos el paisaje abierto, de cielos bajos, abovedados. A lo largo del camino conduzco el auto intentando detener por breves segundos mi mirada en alguna escena: vacas que pastan quietas, una casa a lo lejos, palmeras a los lados de la carretera, grupos de pinos pequeños, bosques de eucaliptos, una estación de gasolina y poco más. Kilómetros y kilómetros de una monocromía del paisaje. Cambio de estaciones en la radio, casi todas son argentinas. Una de tango, otra de rock y fragmentos de otras tantas que pasan en el dial. Hye encuentra unos discos olvidados en la guantera y escoge uno, luego otro y otro más hasta que da con uno que funciona. Es de Los Auténticos Decadentes en vivo. El paisaje uruguayo va, a través de los cristales del auto, a ritmo de Los Auténticos. Dos o tres canciones que Hye intenta repetir en su español cortado y que quiere cantar a todo pulmón y luego busca otro disco más que pueda funcionar y no esté dañado. Aparece la voz del cantante de Los Piojos y entonces el paisaje es más emotivo, más cercano porque a Hye le resulta más entrañable esta música. Se enamora de dos canciones que repetirá sin cesar. A pocos kilómetros de llegar a Montevideo, cruzamos el puente Alfredo Zitarrosa, que sirve para transitar un brazo anchuroso del río, una desembocadura silenciosa al río mayor, al de la Plata.

Al entrar a Montevideo, la ciudad aparece de pronto con su pátina de abandono. Edificios llenos de salitre, contenedores unos encima de otros, trenes llenos de óxido y abandono a mitad del camino. A lo lejos está la otra ciudad, la más nueva, la brillante, de edificios que miran al río, que no le dan la espalda como hace Buenos Aires, por ejemplo. Recuerdo la teoría que expone Predrag Matvejević en su *Breviario mediterráneo* en relación con la gran diferencia de carácter de las ciudades o puertos que dan o no la espalda a su mar y cómo esto se refleja en sus habitantes.

A lo largo de la costanera, que vemos desde el auto, la ciudad va cambiando de rostro, pero en todo hay un dejo melancólico. Conducir

en otra ciudad, en otro país, te mantiene alerta, atento a otros gestos, otros detalles.

Anteayer, la sudestada llegó con fuerza. Por momentos la ciudad parece estar en guerra, y los barrios haber sido devastados por el enemigo.

Nunca había estado en Montevideo pero siempre había querido venir para conocer la arquitectura sobresaliente de la zona conocida como la Ciudad Vieja. *Art déco* y *art nouveau* en unas cuantas calles.

Nosotros nos hospedaremos en un hotel en el barrio Pocitos, al sur, en la zona más nueva, a una cuadra de la costanera o Las Ramblas, como le llaman los montevideanos.

Viajar es como construir una isla que tiene tesoros escondidos que vas descubriendo de a poco. Las ciudades vistas, los paisajes, se convierten en imágenes que quedan almacenadas en una memoria que se vuelve selectiva. Viajar es para mí la posibilidad de reencontrarme con zonas perdidas del espíritu. Zonas que muchas veces no sabía que existían.

a) El centro montevideano tiene un toque *trash* y decadente. Enormes edificios desgastados, grises, en completo abandono. Hay basura por todos lados. En el cruce de las calles Colonia y Vázquez hay dos chicos, muy jóvenes, pero hechos mierda por la piedra o el crack. La chica, muy delgada, casi en los huesos —parece una anciana—, lleva una minifalda y una blusa de tirantes, le grita al chico algo incomprensible, lo llama a su lado mientras él camina, larguirucho y con la mirada perdida entre los autos, le dice que vuelva, y levanta el brazo para mostrarle una esponja que se lleva a la nariz y aspira y sonríe con una sonrisa imbécil, extraviada. Él vuelve entonces como si los pasos conocieran de memoria el recorrido. Se acerca a ella y también aspira del algodón o esponja y después da pequeños brinquitos ralentizados. Luego se abrazan y se besan. Esto debe de ser el amor o atisbo de algo muy parecido.

b) Algo que me sorprende es la cantidad de grafiti en el centro. Pintas por todos lados que hacen que la gente no mire, o mire de soslayo, para no saber que eso está ahí. Me llama la atención esa mirada de los montevideanos sobre su propio centro de la ciudad. Hacen como si no existiera, o como si fuera un mal necesario para que existan esos barrios de casas bajas, tristes y melancólicas. Eso es Montevideo, una ciudad melancólica, ensimismada, metida en su propio corazón o cuerpo.

c) Nos extraviamos con el auto y llegamos a zonas de calles

empedradas, de casas llenas de la grisura que deja el tiempo, de esa pátina que a veces es imposible de quitar.

d) Hicimos largas caminatas por Las Ramblas. Los montevideanos aman su río, se bañan en él, juegan futbol o voleibol en sus playas de arena negruzca, corren paralelos a los márgenes, los niños se divierten. Mientras caminamos por Las Ramblas, pasa como una exhalación una mujer portentosa, vestida de negro, corriendo. Encuentra a un conocido y se detiene justo frente a nosotros. Es porteña, reconozco el acento. Hye y yo la observamos y nos miramos con cara de asombro. Una mujer perfecta y lejana. Que se va en su carrera, sin que ningún músculo se mueva mientras corre.

e) El cielo plomizo, la tarde que se vuelve fría. La oscuridad de las calles por los túneles que forman los plátanos. La sensación de algo parecido a la felicidad.

—

JUEVES

Hace muchos años vi, por vez primera, una imagen de la obra de Joaquín Torres García; también hace muchos años, en mi adolescencia quizá, leí sobre este montevideano que un día tuvo una revelación siendo adolescente, casi niño, en la tienda de sus padres. Comenzó a dibujar y pintar sin saber que esa sería su vocación. Quizá el llamado tuvo o vino de una necesidad interior, de trasladar a una hoja la visión de esos tornillos, herramientas, objetos que estaban en la tienda y todas esas carretas que pasaban afuera. En su primer viaje, que fue a Buenos Aires, descubrió que había otros mundos posibles, y muy joven emigró a Barcelona y su periplo fue de tres ciudades: París, Nueva York y la antes mencionada. Sus años en Cataluña lo formaron como pintor. La obra de esa época es delicada y luminosa, preocupada por los detalles. Luego, Torres García emigra para Nueva York y comienza su etapa «constructivista», en donde ya es evidente su estilo, de unos pocos trazos, como elementales. En París retoma ciertas cosas aprendidas del estilo catalán para pintar los retratos que le darán de comer, pero ya tiene elaborada toda una teoría sobre su trabajo. Torres García escribe y pinta. Escribe sobre cómo imagina que debe ser la pintura y elabora toda una tesis al respecto.

La casa donde se encuentra el museo de Torres García es *art déco*, de cuatro pisos, pequeña, cerca del monumento a Artigas, en la Ciudad Vieja. Me llama la atención el último piso de la casa; en los anteriores hay dos o tres cuadros valiosos pero en general es obra menor: la importante está en otros países. En el último piso, casi sin llamar la atención, se encuentra lo mejor de la casa, una serie de retratos que hizo Torres García a personajes —de ficción o reales— que él admiraba y el resultado es extraordinario. Las obras, pintadas en cartón, no pretenden nada, son simplemente pequeños trabajos en donde el artista intenta divertirse pero logra cuadros de una extrema belleza. Cada uno pintado con estilo distinto para tratar de encontrar el espíritu del retratado. Aquí, sin llamar la atención, sin propuestas innovadoras, en su vejez, el montevideano logra una pintura que cautiva, asombra y seduce.

Salimos del museo a caminar por la Ciudad Vieja y su bullicio festivo: decenas de puestos de todo tipo, desde bisutería barata hasta libros usados o *souvenirs* de la ciudad. A cuadra y media está el museo del otro pintor importante del país, Pedro Figari, el creador de escenas de candombes y campestres, en donde aparecen los negros de Uruguay, con sus trajes llenos de color. Figari pinta de viejo, en París, estas escenas que le recuerdan a su patria, con trazos *naifs*, con una alegría melancólica, con personajes planos, sin profundidad, con trazos que parecen tener prisa, o mejor, como si cada cuadro fuera un apunte, un boceto sin terminar, y eso es lo que le da viveza a esas obras de formatos pequeños. Figari parece la antítesis de Torres García con su elaborado discurso pictórico: Torres García construye toda una teoría sobre el arte de pintar mientras que Figari es un pintor de momentos, instantes de un pasado remoto, de una zona de negritud y gauchos, estancias y candombe. Si Figari pinta en su madurez, Torres García lo hace desde muy joven, pero en el artista maduro, que pinta obsesivamente luego de la muerte de su hijo, de uno de sus hijos, hay algo en esos trazos puntillistas que deconstruyen, de alguna manera muy primaria, los paisajes uruguayos. Trazos en apariencia sin mucha profundidad, a excepción de algunos caballos que pinta Figari, que parecen desdibujarse, como esa sensación que se produce en las calles llenas de plátanos de Montevideo o Colonia. Lo desdibujado, lo difuso, lo borroso podrían ser características de una obra plástica que parece no tener pretensiones y buscar una medianía. Figari es el pintor de lo inacabado. El pequeño museo alberga algunos cuadros y objetos del artista y primeras ediciones de su trabajo como escritor.

Al lado de la casona hay una de las librerías más bellas de este país, se llama Linardi y Risso, y lo que hay adentro son primeras ediciones. Hye me acompaña un momento y sale porque tiene que llamar a Emile. Yo me quedo en esa pequeña catedral y me quiero llevar todo.

Nos vamos a comer a un restaurante acá en la Ciudad Vieja y por la tarde volvemos a nuestro hotel. Hye se siente muy cansada y se queda a tomar una siesta. Yo decido salir a Las Ramblas. La temperatura ha bajado por la tarde y el río está picado. La extensión de la arena, gracias a la marea alta, ahora es breve, pero a pesar de eso, los paseantes van de un lado a otro y todavía hay algunos empecinados en jugar futbol o voleibol. El viento azota con fuerza y el frío me cala hasta los huesos. Me siento en una banca a ver, simplemente a ver, cómo discurre con lentitud la vida. Hace años, en otro río anchuroso, y en otra banca, observé llorar a una mujer que miraba sin mirar las aguas grises del Tajo. Ahí imaginé una historia para esa mujer vestida de negro y piel blanquísima; temblaba

levemente cuando arrojó algo a las aguas, algo que yo quise suponer que eran las cenizas de su marido. Ahora, acá, en este río que se pierde a lo lejos, quisiera arrojar algo yo también, pero desisto de ese gesto vacuo. Regreso al hotel para darme un baño, cambiarme de ropa y salir a caminar por el barrio de clase media uruguaya. Hye escribe unos correos a gente de su empresa porque no le han mandado algunas de las pruebas de telas que pidió y está fastidiada. Me mira rápido, gruñe y vuelve a ver su computadora.

Le digo que saldré a caminar un poco, que si quiere venir, y me contesta que no, que le traiga algo de comer, lo que encuentre, que debe seguir trabajando. Me baño y salgo sin rumbo. Encuentro un bar y me meto a beber un par de whiskys. Escucho la tonada de los uruguayos, esa modulación a veces seca. Un par de mujeres bebe en un rincón y un grupo de hombres toma cerveza sin percatarse de esas dos mujeres guapas, de mediana edad, que parecen tener una sensación de fastidio. Me siento a un costado de la barra y sigo pensando en la idea de Figari de lo desdibujado, lo difuso, lo borroso. Esa sensación me da este país. Hay algo de borradura. Como si Figari hubiera encontrado el espíritu uruguayo en esos cuadros.

Entran otras mujeres al bar y el grupo de hombres se pone más alegre, más ruidoso. Me tomo mi segundo whisky, cruzo al restaurante de enfrente y pido una pizza para Hye y regreso al hotel. Mi coreana ve la tele con una cerveza en la mano. Mira, me dice, están pasando esta película viejísima de Park Chan-wook y doblada. Te mueres de risa. Volteo a ver la pantalla del televisor. ¿Qué me trajiste?, dice ella sin dejar de mirar las imágenes. Una pizza de jamón y pimiento, le digo. Ummm, dice ella y extiende la mano. Me siento a su lado, la huelo, y ella abre la caja de cartón y saca un trozo y come sin dejar de ver las escenas de la película. ¿Ya nos conocíamos en esa época o no, mi amor?, me dice. Creo que no, le digo. Hye hace una cara de falsa sorpresa, encoge los hombros y come un trozo. Pero sabes que te amo, ¿verdad?, me dice con la boca llena y los labios manchados de salsa. Me río con ella y vemos la película de Park. Afuera comienza a llover con violencia. Abro las cortinas para ver el movimiento de las ramas de los árboles. Hye toma otra cerveza del refrigerador y me llama a su lado. Me abraza con sus piernas. No te voy a dejar ir nunca, así te voy a tener. No escaparás de mí, me dice. Y yo siento una erección que viene de inmediato. Le quito la cerveza y la pongo en la mesa de luz mientras ella desabrocha mi pantalón y lo baja un poco. Hago a un lado sus bragas y la siento húmeda. La penetro rápido y ella me empuja con fuerza con sus talones. Quiere más fuerte, embestidas violentas. Pégame en la cara, mi amor, me dice. Pégame. Le muerdo los pezones, la golpeo suave con la palma de mi mano, y ella me dice que más fuerte. Más fuerte, mi amor, mientras me abraza y me hunde

sus uñas en la espalda. Aprieto su cuello lentamente; siento su quijada en mi palma, abro toda mi mano en su rostro y ella se mueve más rápido, jadea.

Hye es la mujer que deseo, la que mejor conozco.

Ella me abraza con fuerza.

Me vengo, dice.

Y todo su olor inunda la habitación y yo eyaculo con violencia y me quedo adentro de ella y Hye me abraza más fuerte y ya dejó de llover y en la televisión continúa la película de Park y la cerveza está caliente y la pizza fría.

—

VIERNES

Hoy murió Ricardo Piglia en Buenos Aires. Lo leo en los periódicos y en las redes sociales. Me entristeció mucho la noticia. Le digo a Hye que lo conocí en los años noventa, a finales de esa década. Me enteré de que daría una charla y fui para escucharlo porque había leído algunos libros suyos. Nadie llegó a oírlo a su conferencia y nos quedamos los dos charlando de tangos, de ciertos tangos, del fraseo de Goyeneche, del gordo Troilo, de Enrique Cadícamo y Discépolo, el «poeta del tango», y de una ópera que Piglia escribía en ese momento, y que al final no supe si se montó, y de *Plata quemada*, la novela que acababa de publicar. Me llamó la atención su estatura tan pequeña; parecía un gnomo de cabeza enorme, rizos desbocados y lentes redondos. Recuerdo que me sorprendieron su enorme amabilidad y su talento para hilar un tema con otro. Piglia hablaba como si estuviera escribiendo un ensayo. Charlamos durante horas. Recuerdo que llegaron por él los organizadores de la actividad, unos profesores de una universidad de provincias, para llevarlo a cenar, pero él declinó la invitación con suma cortesía. Y me dijo que mejor nos fuéramos a comer algo nosotros para seguir conversando. No recuerdo si bebimos unos tragos, pero sí recuerdo el brillo de sus ojos cuando había un tema que le interesaba. Me preguntó por varios artistas de los que yo le hablé y no había escuchado nada y luego anotó sus nombres en una libreta. Me dijo que tenía que conocer la obra de Eduardo Stupía, sus dibujos obsesivos.

Después de cenar lo llevé al hotel por la madrugada. Partía al día siguiente a Buenos Aires. De vez en cuando nos escribíamos recomendando cosas. Él principalmente. Novedades editoriales o autores raros. Piglia sabía de mi gusto por esos autores que están fuera del canon. Con los años los correos comenzaron a escasear hasta que ya no llegaron más, por eso cuando llegué a Buenos Aires no quise buscarlo porque no sabía si me iba a recordar, aunque yo sabía que ya estaba muy enfermo.

Su muerte me entristeció profundamente y lamenté estar en Montevideo y no poder ir a su funeral. Con Piglia se fue una parte de un pasado remoto que cada vez se desdibujaba más.

Hoy es un viernes desasido. Con lluvia. No he dormido y a veces tengo alucinaciones visuales, manchas que se mueven por el espacio en donde estoy. Hace frío en Montevideo. Salgo a caminar a Las Ramblas y por el barrio porque quiero estar solo. Las manchas son más fuertes, las miro pasar con el rabillo del ojo.

Hye se enteró de que hoy por la tarde, en Barrio Sur, hay un candombe al que iremos. Se enfrentan dos barrios; cada uno sale de un punto de la calle. De un extremo a otro van tocando los tambores y las agrupaciones bailan delante de los candomberos. Hoy se celebra a San Baltasar o el día también es conocido como «llamada de reyes».

Vuelvo al hotel después de mi caminata para recoger a Hye. Vamos a comer a una parrillería y luego nos dirigimos en el auto a Barrio Sur. La fiesta es plena. La negritud, el alborozo y la algarabía están aquí. Vagamos de un lado a otro, observando, con la cámara al hombro, y Hye con una enorme botella de cerveza y un pan frito entre los labios.

La luz de Montevideo es muy intensa. Pienso en Piglia. Pasan mujeres espectaculares, grupos de familias, hombres solos, hombres en grupo —ebrios— y la tarde avanza lenta.

—

SÁBADO

Salimos temprano a Punta del Este. El paisaje es de verdes apagados y grandes extensiones de pastizales con porciones de pequeños pinares. Una carretera sin contratiempos. Antes de llegar a Punta del Este nos desviamos de la ruta por una carretera secundaria para conocer Piriápolis. Hye habla por teléfono con Emile y por lo que escucho él insiste en alcanzarla acá. Voy silencioso, concentrado en las curvas de esta carretera sinuosa y estrecha, en los autos que pasan. De pronto se ven algunas casas de veraneo a los lados, jardines y luego porciones de médanos, y al fondo, el Atlántico.

Piriápolis es un pequeño pueblo costero a unos cuantos, muy pocos kilómetros de Punta del Este, tan distinta y distante de los cuerpos que se ven aquí, más reales, más cercanos, no como esos cuerpos trabajados hasta la extenuación de los argentinos, uruguayos, brasileños y paraguayos que andan presuntuosos en Punta.

La carretera está inundada de autos de lujo y último modelo. Los conductores pasan a gran velocidad y hay que esquivarlos o dejarlos que continúen. Estaremos unos quince días en Punta del Este, en un apartamento frente a Playa Mansa que nos prestó mi galerista argentina, Malena, a quien conocí en la Art Basel, en Miami, hace algunos años, en una larga fiesta que terminó en casa de unos amigos y yo ebrio, junto a ella, bromeando mientras Malena trataba de escapar o así lo imaginé, y quedamos solos en una terraza que daba al jardín enorme de la casa y yo quería esnifar un poco y seguir tomándome todo el whisky de la casa mientras abrazaba a mi amiga argentina y nos besábamos y la hincaba para que me lo chupara despacio. O luego terminamos en una habitación, sin poder coger porque, en mi borrachera no encontraba condones, y yo la masturbaba y ella me tomaba la verga para lamerla lento, muy despacio, sin prisa. Luego nos vimos en otro momento para coger en su hotel antes de que regresara a Buenos Aires y lo que pasó es que terminamos siendo buenos amigos. Un poco cómplices, porque nos divertíamos con cualquier cosa. Y nos burlábamos del mundo. Luego se volvió mi galerista y una de mis mejores amigas a la distancia. A ella le contaba todo lo que me pasaba, mi mal de amores, mis dudas con cada obra

que hacía. A veces era la primera en ver mi trabajo. Así que Malena fue la primera que supo que estaríamos en Buenos Aires y quiso darme de inmediato un apartamento, que Hye rechazó porque quería hacer las cosas por su cuenta. Pero ahora no quisimos rechazar su propuesta del apartamento en Punta del Este. Malena era una arquitecta que había terminado de galerista un poco por azar porque su madre le había heredado la suya. Malena se había separado hacía años de su marido, un tipo que resultó violento e impotente, aficionado a beber y golpearla, a estar más en su casa en Tigre que en cualquier otra cosa.

Tengo una extraña fascinación por el mar. Desde siempre. Desde niño. Desde que lo vi por vez primera y me causó una conmoción que no olvido. Entré en trance con el movimiento de las olas

y quería arrojarme a esa agua hipnótica pero mi madre me agarró de la mano y le pidió a mi padre que me llevara y me metiera de a poco en las aguas frías del Pacífico. Desde entonces tengo un rito con los mares y las playas que visito: me lanzo al agua y nado sin parar hasta que me canso y quedo inerte flotando y sé que debajo de mí hay un mundo que se mueve, una profundidad que no quiero saber a cuánto asciende y entonces vuelvo a la orilla, lentamente, como si volviera a encontrarme de nuevo con mi madre y con mi padre; después, como guiado por una fuerza secreta, encuentro una o dos piedras que se vuelven parte de mi colección. Ellas me guían, me nombran su protector y yo las acojo.

Me despierto luego de dormir tres horas, ya instalados en el apartamento, de frente a Playa Mansa y su oleaje taciturno. Me despierto de un sueño en donde aparece mi madre y lo anoto:

Visión de mi madre

Hay una imagen. Una sensación de extrañeza. Es una calle empedrada, de casas de adobe y techos de dos aguas. El cielo parece estático y las nubes bajas, muy bajas. Apenas se escucha el canto de los pájaros. Mientras camino, descubro a lo lejos a una niña que parece vagabundear o curiosear. La veo de espaldas, con los brazos balanceándose a los lados; dos coletas, un vestido gris y los pies descalzos. La niña es mi madre, o quien será mi madre dentro de varios años. Ella aún no sabe que existo. La descubro en esta calle solitaria, ocre, de empedrado negro. Intento alcanzarla pero es imposible; hay algo que me impide acercarme. El sueño se estaciona en esta calle, en esta calle que se alarga y se alarga. Nunca puedo alcanzar a mi madre. Ella no sabe que estoy ahí, a tan sólo unos metros suyos. Apresuro el paso pero aún así es inalcanzable. Me divierte ver a la niña, inquieta, curiosa, que se detiene a observar la

grieta de un muro, los escarabajos que caen de la banqueta, los árboles de flores blancas, el pequeño riachuelo formado entre las piedras lustrosas. Hace calor pero a la niña parece no importarle. Estoy a punto de llamarla por su nombre pero prefiero callar y seguirla. La veo de perfil y en sus rasgos hay algo que identifico como mío: la forma de mirar, las cejas, el gesto de entrecerrar los ojos. En algún momento decido quedarme detenido en un muro. Sé que no la alcanzaré por más que lo intente. Mejor dejo que se vaya. Veo a la niña alejarse, feliz. Sé que sonríe y eso me basta.

—

MIÉRCOLES

Llevamos cuatro días aquí. En una constante modorra. Yendo de esta playa que tenemos tan sólo cruzar la avenida, o a Playa Brava o a Punta Solanas. Un poco más lejos, regresando hacia Piriápolis, está Playa Chihuahua, donde encontramos una nudista un día que fuimos, pero ver esa mezcla entre cuerpos perfectos y cuerpos atravesados por el bisturí de un cirujano nos dejó agotados.

Los días son tranquilos. Leemos un poco, caminamos, hacemos algo de ejercicio en el gimnasio del edificio, preparo cebiches para Hye y para mí —encontré un montón de puestos extraordinarios de pescado y marisco en el puerto de yates.

Tomo una serie de notas. Punta del Este es un mapa de coordenadas ilusorias. Aquí no caben todas las clases sociales. Las muy bajas son fantasmas que viven en Maldonado, el pueblo aledaño, y son los empleados de los millonarios que vienen por días a seguir haciendo negocios.

Me cansa este sitio plagado de tiendas de lujo y restaurantes, de esnobismo y frivolidad.

Los días están plagados de luz turbia.

Emile habla cada vez con más frecuencia y Hye permanece horas charlando con él. Se nota que lo extraña.

Ella me dice que Emile ha encontrado un vuelo a Buenos Aires para la próxima semana. Que ya compró su boleto. Que nos verá allá.

Salgo del apartamento, molesto. Cruzo la avenida y me voy a caminar por la playa y me tiro en una tumbona. El vuelo de las aves, la muchedumbre que va y viene, los niños que corren de un lado a otro, las mujeres de traseros espectaculares, el blanco azul del agua, los parapentes que surcan el cielo, el ruido de las olas al chocar con la arena llenan mis ojos y pasan las horas con la impostura de un fumador de puros baratos. No dejo de sentirme molesto. Vuelvo al apartamento de noche, con el frío a mis espaldas.

Pasa un grupo de corredores, son cientos o miles, que no me deja cruzar la avenida durante varios minutos.

Veo la luz prendida de nuestro apartamento y distingo a Hye mirando por la ventana. Ella no me ha visto.

No quiero que se acabe mi mundo con ella.

—

JUEVES

Siguiendo por la costera se llega a La Barra, una extensión de Punta del Este llena de *ateliers* de artistas. Es un decir. Antes los médanos, las dunas cubiertas de matorrales. Luego las tiendas de diseño, los restaurantes, la muchedumbre de turistas ricos, la fiebre *snob*. A treinta kilómetros de ahí está José Ignacio, un pequeño poblado exclusivo con casas fotogénicas, pensadas para ser portadas de revistas, y rodeado por dos lagunas. Venimos acá porque quiero conocer el faro y Hye comer en un restaurante que se llama Parador La Huella, en la calle de Los Cisnes, que desemboca en una de las playas extensas. Hace frío y el restaurante está cerrado hoy por algún desperfecto. Los cielos transparentes, la arena de tonos lechosos y el viento que golpea las dunas; las piedras negras, las formaciones rocosas, los nopales, el faro que permanece impávido. Caminamos un poco, en medio del frío del verano, hacia el faro, que está lleno de turistas, y regresamos al auto. Volvemos en silencio mientras en la radio canta Gilda, «no me arrepiento de tu amor aunque me cueste el corazón. Amar es un milagro y yo te amé, como jamás lo imaginé». Estoy muy cansado. Quiero dormir durante días.

Punta del Este es un hervidero.

—

SÁBADO

Hye recibe una llamada por la noche. Yo veo una serie de televisión y veo de reojo cómo tiene que sostenerse del marco de la puerta. Me levanto de inmediato para preguntarle qué pasó y me dice con la mano que espere. La veo llorar. Busca un papel y una pluma y anota algo. Luego cuelga.

Emile se cayó de una escalera y se golpeó la nuca.

¿Es broma?

No, carajo. Hablé con su asistente. Lo tienen en el hospital en Gangnam. Está en coma.

Entonces me abraza y tiembla y me dice que no sabe qué hacer, que Emile se cayó de la escalera mientras podaba uno de sus árboles favoritos. Le digo que busquemos boletos para irnos de inmediato los dos, que yo la acompaño. Hye llora y me abraza. No quiero que le pase nada, me dice. No le pasará, le digo, tratando de consolarla.

Ella deja de llorar y se queda en silencio un momento.

Y quiero ir sola, Fuzzaro, me dice y yo la miro sorprendido y no entiendo.

Se sienta en la sala, abre la computadora.

Dame un whisky, por favor.

Se lo sirvo y se lo llevo y lo pongo al lado de la computadora, en la mesa. Lo bebe de inmediato y me pide otro. También me sirvo uno a mí y me acomodo frente a ella, en silencio.

Quiero ir sola, que no me acompañes. Es lo que debo hacer.

La observo y la veo frágil pero segura en su decisión.

Revisa internet.

Al poco rato me dice que ya tiene un boleto para mañana por la noche, que nos debemos ir temprano a Montevideo y tomar el primer ferry. Y de ahí ir al apartamento a tomar una maleta con ropa y luego a Ezeiza.

Nos vamos a la cama. Quiero acompañarte, le digo. Y yo no quiero, mi amor, me dice ella, acurrucada a mi lado, desnuda, con miedo. ¿Por qué no quieres que vaya? Porque es un asunto mío. Emile es un asunto mío, mi amor. Y yo la abrazo con fuerza y beso sus labios y me

desnudo y ella se monta en mí y llora silenciosamente y yo lloro con Hye. Y sus espasmos son violentos y yo eyaculo con fuerza y se tira en el colchón y se queda dormida sin limpiarse, extendida. La veo quieta, sólo se mueve por su respiración acompasada. Sigo en cama sin poder dormir, me levanto, me tomo varios whiskys, enciendo el televisor, vuelvo a la habitación y Hye parece tener pesadillas. Despierta y me ve llegar a la cama. Amor, ven a abrazarme, no me dejes sola, Emile, me dice y yo decido no corregirla. La abrazo y nos quedamos así hasta que entra la mañana.

—

DOMINGO

Las cosas pasaron muy rápido.

Llegamos a Montevideo.

Compramos los boletos, los nuestros y el del auto, comimos enfrente, en el mercado de la Ciudad Vieja.

Entramos a Buenos Aires, silenciosos.

Hye hizo una maleta pequeña con lo primero que encontró.

Yo la seguí de un lado para otro, como un perro sigue a su dueño.

Nos fuimos a Ezeiza y despedí a Hye con una falsa tranquilidad.

Le dije que todo estaría bien. Que sería algo sin complicaciones y que la esperaba de vuelta o que nos veríamos pronto en Seúl.

Ella no dijo nada.

Nos dimos un beso largo y un abrazo que no terminaba nunca.

La vi alejarse.

Salí y volví en el auto a nuestro apartamento.

Me bebí casi una botella mientras escuchaba a Coltrane, Monk, Gordon y Mingus una y otra vez.

Me masturbé pensando en mi coreana.

—

LUNES

He estado todo el día revisando mis cuadernos de notas.

Espero la llamada de Hye.

En mis cuadernos anoté una serie de historias mínimas. Cosas que escuchaba, que aparecían por ahí, dibujos, notas para futuros proyectos visuales, recuerdos,[2] o mi diario puntual de lo que había hecho cada día, casi como un notario. La mayoría de ellos la tengo guardada en mi casa de Seúl, en una caja de metal de la que tengo una llave. En estos cuadernos que llevo ahora conmigo busqué algunas de esas historias inacabadas, sobre personajes extraños. Son esas historias que me recuerdan a las que mi abuelo me contaba mientras íbamos por carreteras secundarias y yo era un niño.

Cuando mi abuelo narraba, era una forma privada de la felicidad.

Espero la llamada de Hye.

Leo las historias que voy encontrando.

Hye iría directo al hospital desde el aeropuerto de Incheon.

Leo en voz alta mientras bebo y escucho algo de música electrónica.

Chet Baker

Nubes blancas, casi transparentes. El ritmo es sorpresivo y alegre. Si el narrador escribiera desde ahí, la prosa serpentearía rapidísima por distintos *tempos*. Palabras aceleradas, palabras con un ruido aéreo. Una escena precisa. Una serie de escenas en blanco y negro con una cámara nerviosa. Chet Baker brinca feliz, salta en la arena húmeda, parece un fantasma. Una escena. Una bandada de gaviotas surca el cielo. La cámara nerviosa. La imagen de Chet es precisa. Una mujer vestida de negro, de rostro blanco y pelo negro, realiza una danza que es como un ritual alrededor del músico y él tararea una melodía de Dizzy Gillespie. Alguien narra la escena que sucede —está ocurriendo en la pantalla de su computadora— en Long Island. Una melodía conocida. Chet mira las olas que revientan con suavidad en la playa. Su rostro, surcado por enormes grietas, es un mapa que registra de manera puntual toda la droga que ha pasado por su cuerpo. El viento mueve el ala de su sombrero. El grupo de amigos que lo acompañan

ríe de sus bromas. Otoño. Imágenes como ráfagas. El narrador escribe como si mandara mensajes telegráficos. Chet habla sin parar, como si estuviera en un viaje de LSD. Hay demasiadas palabras inconexas en lo que ve el narrador. Chet habla sin parar, masticando las palabras, luego tararea una melodía mientras intenta explicar los movimientos musicales y después queda estático, ido, como si alguien lo hubiera desconectado.

Long Island en los ochenta, o quizá en los setenta. Hace frío. El narrador ve detenidamente las imágenes una y otra vez. Blanco y negro. Un muelle de madera, la arena gris. Chet usa un suéter o chaqueta con el frente tejido y de múltiples colores. El narrador intenta recordar desde el presente. En la época en que conoció la obra de Baker, leía todo lo que se escribía sobre el jazz y sus figuras. «Esto lo estoy tocando mañana», dijo el personaje de *El perseguidor*, la *nouvelle* de Cortázar sobre Charlie Parker. Aunque cuando leyó el texto él también pensaba, de algún modo, en Baker. Ese músico de baladas dulces y trompetista delicado y melancólico le parecía una especie de héroe que caminaba sobre sus derrotas.

La adolescente que viaja en un Greyhound

Viaja de Este a Oeste de los Estados Unidos en un autobús de la línea Greyhound. Se detiene en pueblos pobres, de pocos habitantes. Lleva un diario en donde anota sus encuentros con las personas que descubre a su paso. A ratos mira el paisaje cambiante del país. Se ha propuesto llegar a Los Ángeles. Salió de Newark con una mochila al hombro. Es la primera vez que hace un viaje tan largo. Es la primera vez que viaja así, sola. No tienen dinero ni ella ni su madre para pagar lo que cuesta el boleto de un avión. En California la espera su padre. Es hija de divorciados y quiere ser antropóloga. En un pueblo del Medio Oeste, al bajar del autobús para descansar un poco, entra a una cafetería y descubre a un hombre de ojos azules, glaciales. El hombre es amable, dulce, le invita un refresco y le pide que se siente en su mesa. La adolescente acepta dócil, sin miedo, contenta por escribir luego en su diario sobre la amabilidad de los seres humanos. El hombre parece nervioso; se acerca a ella y le pide que vayan a su auto, que le regalará algo. La adolescente sonríe y le dice que no, que tiene que irse. El hombre intenta tomarla por ambos brazos con firmeza pero ella lo esquiva, se levanta y se va. Sale rápido de la cafetería y se sube de nuevo al autobús; ahora le toca compartir asiento con una anciana que al sentarse se duerme profundamente. La adolescente mira desde el cristal de su asiento al hombre que ha salido de la cafetería y la observa detenido frente a una de las máquinas de gasolina. El autobús continúa su camino y la adolescente escribe en su diario una historia sobre un *serial killer* de ojos azules que asesina

adolescentes por distintos estados de la Unión Americana. Siempre son chicas muy parecidas a ella: jovencitas solas que viajan en autobuses para encontrarse con alguien pero que nunca llegarán a su destino. La adolescente arriba a Los Ángeles, su padre la espera feliz y la lleva a un pequeño apartamento en Santa Mónica. Durante los siguientes años la adolescente termina la universidad pero no estudia antropología sino psicología y se va a vivir a Berlín con su pareja, un coreano aficionado a las películas serie B. Estudia una maestría y un doctorado sobre conductas relacionadas con daños en los lóbulos temporales. A veces sueña con el hombre de ojos azules, glaciales, y despierta con una sensación de tristeza o melancolía sin saber cuál es la razón.

El poeta y el militar

La historia es la siguiente: el poeta lleva el mismo nombre que el padre, quien es un militar de una dictadura conosureña. El poeta es de izquierda y desde hace años se ha alejado de la familia. Vive en otra ciudad y lleva un perfil bajo. Nadie lo asocia con su padre ni con sus actividades. El poeta es alcohólico, delgado, de barba rala, y escribe largos poemas sobre lugares distantes. Quiere hacer poemas épicos. Su lenguaje es ríspido, agresivo, duro, sarcástico. El poeta tiene una amante jovencísima, quien lo admira y ama a pesar de su carácter voluble, inestable. La relación dura muy poco. Un suspiro de unos pocos meses. Ella trabaja en una vicaría revisando los expedientes de los desaparecidos por el golpe militar. Entre los legajos encuentra una serie de casos relacionados con un militar que tiene el mismo nombre que el poeta. El dato le llama la atención. Habla por teléfono con el poeta para preguntarle sobre esa casualidad y extrañeza. Él, al escucharla, le confiesa que ese militar es su padre pero que hace muchos años perdió cualquier tipo de contacto con él y con su familia. No quiere saber nada. Cuelgan y la joven sigue leyendo los expedientes, tratando de imaginar cuánto tiene el poeta del padre. Cuánto está en sus genes. Hay un expediente que llama la atención de la muchacha. En él se cuenta un episodio sucedido en una ciudad del norte. El militar llega con su escuadrón y decide que el edificio de la escuela de música servirá para ocultar a los presos políticos y para realizar actos de tortura. Pide a sus subordinados que le lleven a todos los profesores y al director de la escuela. Los forma afuera, frente a él, y mientras camina a lo largo de la fila, pregunta quién es el profesor de canto. Una voz temerosa dice que él es el profesor de canto. El militar pide a un cabo que lo lleven frente a él. El hombre lo toma con violencia y lo lleva los metros que hay de diferencia entre el militar y el profesor de canto. Lo hinca con fuerza. Las otras personas miran con miedo. El militar camina lentamente alrededor del profesor. Así que usted es el profesor de canto, dice mientras saca su pistola. El

hombre que está hincado afirma en susurros. El militar se coloca detrás de él y antes de disparar dice a voz en cuello para que todos escuchen: si es el profesor de canto, entonces cante. El hombre arrodillado intenta escupir unas palabras pero no sabe, no lo sabrá nunca, que el militar acaba de jalar el gatillo. El expediente continúa contando los hechos en esa ciudad del norte del país. El militar acondiciona la antigua dirección escolar como su oficina, el gimnasio como el galpón donde permanecen hacinados los presos y la cancha de futbol como el lugar donde son fusilados. La muchacha lee horrorizada más y más páginas. Las acciones del militar están descritas de manera puntual, sus manías, su intolerancia, su odio. La joven no quiere saber más y cierra el documento. Lo guarda entre otros papeles; intenta olvidarlo pero está presente en ella la imagen del hombre hincado con la cabeza reclinada y una pistola en la nuca. Un año después, cuando ella ya ha dejado el trabajo en la vicaría, la historia del militar se cierra. Esa noche la joven está en casa de uno de sus excompañeros de trabajo. Beben un aguardiente barato, escuchan canciones de moda y fuman mariguana. Alguien le pregunta si recuerda el caso del militar de la ciudad del norte del país y ella le dice que sí, que quisiera olvidarlo. La otra persona le dice que el militar se suicidó en la escuela, en su oficina, en la antigua dirección escolar. Que usó la misma pistola con la que acostumbraba dar el tiro de gracia a los presos, que se puso el arma en la boca y disparó, que sus últimos meses habían sido los de un sonámbulo o un fantasma, que repetía algunos nombres, que bebía hasta quedar inconsciente. La joven entonces recuerda al poeta y sus meses juntos, las largas borracheras de él, sus versos ríspidos y piensa que dos hombres tan distintos, aunque lleven el mismo nombre, no se parecen en nada.

Termino de leer la serie de borradores de pequeños relatos y aún espero la llamada de Hye. Mi insomnio es una nube fragmentada, un pedazo de mierda, una calle que no tiene salida. Mi insomnio es un pedazo de metal arañado con las garras de un animal bifronte.

No quiero estar solo.

No esta soledad inane, que parece habitar en el rostro de un fantasma.

La música cambia en mi Ipad. Parece reconocer mi estado de ánimo. Me hundo en un sopor extraño.

No quiero estar solo.

No quiero estar solo.

Llamo a una casa de *escorts* y pido que manden cinco, pero pongo de condición que dos deben ser orientales, de preferencia coreanas, y espero a que lleguen. Las putas me servirán de compañía. Pedí cinco al azar como pude pedir una o dos. No lo pensé. Así fue. Cinco, un

número cualquiera. No quiero estar solo. Quiero escuchar voces, quiero ver gente. Me sirvo otro whisky y veo las botellas que están a un lado del sillón. He perdido la cuenta de cuánto hace que no duermo y de lo que he bebido. En la mesa siguen algunas líneas de coca. Le llamo a Malena para decirle que venga, que invite a sus amigos, que no quiero estar solo, que hoy no lo quiero, pero no me contesta. No sé la hora. Busco en el estudio cuántas botellas de whisky quedan y hablo al chino de al lado para que me mande unos paquetes de cervezas y otras botellas de whisky y de ron o de lo que tengan.

Vivo con un horario distinto. Vivo en una constante bruma. Siento en mis ojos agujas minúsculas que raspan por dentro. Cae una lluvia ligera. Abro las ventanas. Quiero volver a Seúl y estar con Hye pero sé que debo esperar a que ella me lo indique. Vuelvo a marcarle a Malena y le dejo varios recados.

Las mujeres que mandan de la casa de *escorts* son dos argentinas del interior, una porteña, una boliviana que quieren hacer pasar por oriental y una china. Las invito a pasar y les pido que se sirvan lo que quieran. He puesto en la mesa una bolsa con mota y una piedra pequeña de coca. Una de las mujeres me pregunta que dónde están los otros hombres y le digo que solamente soy yo, que no hay más, que beban lo que quieran, que hagan lo que quieran. La boliviana, pequeña, jovencísima, se dirige al Ipad y busca música de su agrado y pone cumbia villera. La china, un poco con carnes, se sienta a mi lado e intenta acariciarme y le digo que no es necesario y me mira extrañada. La cumbia retumba en todo el apartamento y la boliviana se pone a bailar con una de las argentinas, la morocha, mientras las otras dos se sirven cerveza y esnifan un poco de coca. ¿Che, boludo, es todo lo que tenés?, me dice la porteña con el pelo pintado de rubio excesivo. No sé si mi mujer dejó unas tachas y yo tengo ansiolíticos, le digo un poco bromeando. ¿Tachas?, ¿qué sos, macanudo? Me río y le digo que lo que hay es lo que ve, que si quiere otra cosa, podemos pedir. ¿Con cuál vas a garchar, che?, me pregunta la otra mientras se coge el coño. Con ninguna, le digo. Sólo quiero una fiesta, eso es todo. La china me abraza, me toca la verga, intenta desabrocharme y le pido con un gesto que no siga. Me sirvo otro whisky y las mujeres se levantan a bailar también, buscan comida, fuman y hacen su fiesta como si yo no estuviera ahí. Las dos argentinas del interior se besan y beben a pico de botella, se desnudan mientras la boliviana sube más el volumen y la china brinca y la porteña putea a todas y esnifa una y otra vez y su cuerpo suda y aspira con fuerza y se unta coca en las encías y sonríe hacia algún punto indefinido y yo observo todo como en una especie de bruma.

Mi angustia crece porque Hye no ha llamado y yo veo una y otra

vez el celular y entonces bebo más y me meto coca y bailo con la boliviana y las dos argentinas se lamen en uno de los sofás y la porteña habla algo ininteligible con la china y se para a bailar también pero la porteña quiere cambiar de música. Poné rock, che, no esas boludeces, le dice a la boliviana y se enfrascan en una discusión y yo voy al baño a orinar y cuando estoy sacándome la verga para mear, siento la mano de la china buscando en mi bragueta y se inclina para chupármela y antes de que reaccione ya está lamiendo y succionando y trato de quitarla y le digo que no, que sólo quiero fiesta, que se divierta, que no vamos a coger.

Regreso a la sala y me tiro en mi sillón y veo a las mujeres divirtiéndose y a la china hablando con la porteña y luego mirando hacia donde yo estoy, pero no hago caso, bebo, me sirvo otro trago y espero la llamada de Hye.

La china está molesta y se quiere ir y me dice que le debo garpar algo más. Le contesto que no tengo efectivo. Sos un puto de mierda, pelotudo, me dice. Abre la puerta y la estrella y la escucho bajar en el elevador. Las dos argentinas del interior siguen cogiendo entre ellas, la porteña esnifando, me le uno y la boliviana se acerca a nosotros y ahí estamos los tres, alrededor de la mesa, conversando de boludeces, bebiendo sin parar y ya es de noche y las argentinas del interior se unen a nosotros, así, desnudas, y beben de la misma cerveza y prenden un cigarro de mariguana y se sonríen y ya a nadie le parece extraño que no quiera coger. Les digo que es porque no se me para, que sólo veo y que con eso es suficiente. Y ríen.

Mi teléfono suena.

Una vez.

Dos veces y contesto.

Te digo rápido, Fuzzaro, mi amor, Emile está en coma y no responde. Le harán varios estudios. Me quedo en el hospital con él el tiempo que sea necesario. Te mantengo informado, me dice Hye. Llegué bien pero estoy muerta. He hablado con los médicos pero aún no pueden asegurarme nada. Me voy.

Y cuelga.

Y yo me quedo observando el teléfono.

Y quiero seguir escuchando a Hye pero a quienes escucho, y completamente distorsionadas, son a las cuatro mujeres que tienen una fiesta conmigo y me pongo de pie y me voy a la habitación y me tiro en la cama y pienso en Hye y sé que no dormiré.

—

MARTES

Hoy no existo. Extraño a Hye.[3]

—

MIÉRCOLES

Llego a la librería Eterna Cadencia porque estoy buscando unos libros de Groys y *Shanzhai. El arte de la falsificación y la deconstrucción en China*, que escribió Han Byung-Chul. Palermo está a tope con la muchedumbre de verano. Descubro a César Aira comprando algunos libros, hojeando otros, y atendiendo a alguna admiradora, mientras su esposa espera a su lado con paciencia.

Quedé de verme acá con Milo para ir a su casa y luego ir a beber a algún bar.

Encuentro los libros que busco y me llevo también otros de poesía argentina y Milo y yo nos vamos a su casa. Liliana y él se cambiaron para acá hace relativamente poco porque no soportaban el ruido de las canchas de futbol cercanas a su apartamento en Rawson-Agronomía. En el barrio donde vivió Cortázar en su juventud.

Salimos los tres a caminar un poco por esta zona que mezcla calles atestadas de bares con calles silenciosas, como debieron serlo hace treinta, sesenta años. Volvemos a casa porque Liliana está cansada por el embarazo y Milo y yo nos vamos a un bar en Villa Crespo. Me dice que es el mejor para probar cocteles. Y vienen los Negroni uno tras otro. Y hablamos sin parar. Y terminamos borrachos en la madrugada, paseando en su auto por Boedo, su barrio de toda la vida. Y vamos a ver el bar a donde iba, y a su antiguo departamento y le pido que me lleve a las esquinas del tango, a San Juan y Boedo, y repito el tango una y otra vez, con mi voz terrible y Milo hace la segunda: «San Juan y Boedo antiguo, y todo el cielo, / Pompeya y más allá la inundación. / Tu melena de novia en el recuerdo / y tu nombre florando en el adiós. / La esquina del herrero, barro y pampa, / tu casa, tu vereda y el zanjón, / y un perfume de yuyos y de alfalfa / que me llena de nuevo el corazón. // Sur, / Paredón y después / Sur, / una luz de almacén, / ya nunca me verás como me vieras, / recostado en la vidriera, / esperándote…». Y nos bajamos del auto porque hay que hacerle un homenaje a Homero Manzi, el autor de «Sur», y cantamos a todo pulmón en la esquina mítica, aunque no haya nada como en el tango y Manzi no recorriera estos lugares, pero no nos importa porque vale más la acción de dos hombres borrachos cantando abrazados uno

de los tangos que más me emocionan.

Y queremos más alcohol y buscamos trago como dos adolescentes y terminamos en la barra de un bar discutiendo de tangos y recordando nuestras andanzas en Seúl. Es como si fuera un rito para nosotros. Cada que nos volvemos a encontrar, volvemos a recordar ciertas historias y ya no sé si uno u otro ha ido agregándole más cosas. Y ahora estamos hablando de Akbar, nuestro amigo cineasta, indio y fumador compulsivo, quien también vivió en nuestro edificio de apartamentos.

Milo me dice que vayamos a Gricel, la milonga que está muy cerca, en el barrio San Cristóbal, pero nos damos cuenta de la hora y ya casi amanece. Quiero tomar un taxi y Milo insiste en llevarme a Recoleta. No sé cómo llegamos porque veo que él mira poco hacia delante y en realidad viene hablando conmigo de sus nuevos proyectos y de Akbar. Ambos nos preguntamos qué ha pasado con nuestro amigo porque hace tiempo que no sabemos de él.

La luz de la mañana nos encuentra charlando en el auto estacionado. De alguna manera hemos llegado. Y vemos al chino que entra a su tienda y a la gente que va y viene por esta calle casi solitaria. Me despido de Milo y entro a casa, perdido. Con el corazón y la mente nublados.

—

JUEVES

Salgo a dar un paseo por Florida y la Plaza San Martín. En la plaza, algunos niños juegan a la pelota, y todos, sin excepción, tienen puesta la camiseta de Messi. La tarde está aquí, entrando por las ramas, con su luz de verano. Al fondo está la Avenida Libertador y más allá el puerto y el río. A un lado, uno de los edificios que más admiro y quiero, el Kavanagh. La plaza es reunión de familias, ancianos en bermudas, parejas o grupos de amigos que toman cerveza en el pasto. Conforme camino de un lado a otro, descubro dos pequeñas escenas: un hombre tirado en el césped, sin camisa, que tiene a dos perros con él y también los dos animales están tirados en el césped, con las patas arriba, abiertos, recibiendo el sol; un grupo de jovencitas en traje de baño y una de ellas, la que está bocabajo, tiene un trasero perfecto. A espaldas de la plaza, en Maipú 994, esquina con Marcelo

T. Alvear, se encuentra el apartamento donde vivió Borges con su madre. El edificio es modesto y pequeño, casi tímido y discreto, en comparación con el palacio que está al frente. Hay algo que no encaja con la idea que tenemos los lectores que admiramos a Borges. Como si fuera imposible de creer que en este espacio minúsculo vivió el gran escritor.

Entonces se apodera de mí el jovencito que quiso ser escritor y que al enterarse de la muerte del argentino en 1986, unos días después que mi abuelo, entró en una tristeza absoluta porque ese escritor había sido casi un dios, o una figura que nunca podía equivocarse. Las muertes de mi abuelo y de Borges marcaron un quiebre en mi vida. Ahí, de alguna manera, sin saberlo, me fui alejando de la escritura. O mejor, la vocación de escritor se fue alejando de mí poco a poco y tuvieron que pasar algunos pocos años para que la abandonara totalmente, o casi, porque mi curiosidad se fue abriendo a otros caminos, pero me quedó el gusto por tomar notas en mis diarios y mis cuadernos. Supe que nunca sería escritor, pero hoy que estoy afuera de la casa de Borges vuelvo a sentir esa sensación que sentía de joven, ese cierto fanatismo. Incluso le tomé una foto a la placa que pusieron afuera, en la fachada, porque quien hacía esos rituales era el joven que fui y el que se enteró de la muerte de su admirado escritor a

través de la televisión por simple accidente. Regreso de nuevo a la Plaza San Martín, con asombro y desasosiego, y camino en dirección contraria, como si quisiera perderme, y encuentro un minúsculo café a donde me meto para soportar el calor y la humedad, pero algo había en mí que estaba fracturado. Mi memoria[4] se había alterado y los recuerdos, las sensaciones, viraban hacia otros puntos, pero intento recomponer ese mapa estructural que estaba en mi cabeza, llena de distintas celdas que eran las poseedoras de algún recuerdo, para reconstruir a quien fui, a quien soñó con ser lo que ahora ya no era, o lo era de una manera esquiva, soterrada. En la tarde había bajado un poco el calor y pido una botella de agua y un refresco de cola y leo un poco de los libros que llevaba en la mochila, al azar, y veo pasar a la gente por la acera y trato de pensar cómo se había construido mi relación con Hye, de esa manera de aceptar un amor compartido, por llamarle de alguna forma, y recuerdo con absoluta precisión un momento que tenía olvidado de mi juventud, cuando tomé la decisión, después de una ruptura sentimental que me dejó más de un año tirado en la cama y con un profundo dolor, decidí, digo, una mañana cálida, luminosa, que nunca más me pasaría lo que me pasó y que aceptaría las relaciones como vinieran, que estaría abierto a encontrar otras formas. Y en realidad me doy cuenta que pasó al poco tiempo de la muerte de mi abuelo y de Borges. Es decir, sucedió mi quiebre, mi fractura, porque a la chica a la que amaba no le interesaba quién era, o le interesaba pero de una manera diferente.

La memoria no engaña pero no entiendo esta sacudida esta tarde de verano, aquí, solo, en este minúsculo café. No comprendo esta sacudida que me provoca el amor por Hye, porque es como si hubiera vuelto a ser ese muchachito que no sabía nada del mundo y se entregó a lo que viniera. Ese joven que se instaló ahora en mí pero que es otro, porque acepto que Hye pueda estar con Emile, pero algo sucedió en mi cabeza que me dice que ya nada será igual, que se avecina un nubarrón y no soy capaz de entender nada y recuerdo el primer encuentro que tuvimos, la manera accidental de acercarnos por equivocación, porque nos confundimos ambos de persona y cuando nos dimos cuenta era tarde porque habíamos quedado enganchados, o sorprendidos o no lo sé, pero algo había pasado en los dos esa noche.

A mí me había dicho una amiga coreana que me tenía a la persona correcta para que fuera mi asistente —sería la primera y yo estaba nervioso porque nunca había tenido quién me ayudara— y que fuera a un bar en Hongdae, que ahí la encontraría porque ella, mi amiga, le había comentado que yo buscaba a una persona que me ayudara y a la hora en que me pidió mi amiga que estuviese en el bar su amiga terminaría su turno como barman o algo así entendí o quise entender. Y llegué ahí, y vi a esa chica que me trató con familiaridad y que

resultó llamarse igual que la otra, a la que debía contratar. Y también ella, la verdadera Hye, la que conocí ese día, esperaba ver a un extranjero que estaba interesado en las primeras prendas que hacía ella, y él le comentó por teléfono o dejó un recado en la tienda donde Hye empezaba a vender su ropa, que deberían verse y la citó ahí, en ese lugar imposible para citas de trabajo, lo supimos ambos pero horas después, cuando nos dimos cuenta del error pero ya estábamos enganchados uno del otro. Luego, más tarde, mucho más tarde, supe de Emile y acepté que así estaba bien todo. Que podíamos ir por el mundo en un barco de tres. Porque Emile siempre supo mi existencia y pasé a formar parte de una familia, aunque yo siempre me sentí como un invitado forzoso. Emile siempre fue un buen hombre, generoso, que compraba mis obras en secreto, que iba a mi galería y adquiría mi trabajo con la promesa de que no debían decirme, cuando se daba cuenta de que ya estaba en problemas económicos. También llegó a ayudarme, siempre desde la galería, de distintas maneras. A veces la galería me decía que me iban a apoyar durante algunos meses para que produjera algo en específico. Hasta años después descubrí todo por una indiscreción de Sun-hee, la dueña. Ahí me enteré de que Emile había estado siempre al pendiente de la pareja sexual de su mujer, de su otro hombre, y no supe cómo agradecer a ese hombre que jamás reclamó ni exigió nada.

Sentado en ese café, con mi agua y mi refresco, mi Moleskine, mi pluma al lado, y mis libros, me daba cuenta de lo necesario e importantes que eran ambos para mí. Que no podía disociarlos, que eran como dos partes de una misma entidad.

Intenté llamar a Hye y no pude hacerlo, por lo que le dejé un recado. Un mensaje que era una declaración de amor pero también una pregunta.

Pago y me levanto y vuelvo a la Plaza San Martín y me voy caminando a mi apartamento mientras comienza a anochecer.

—

VIERNES

Por la mañana escucho música. Cada canción de Tom Waits me lleva a épocas distintas. La memoria se activa por diversos meandros. «The Piano Has Been Drinking» se detiene a principios de los años noventa, en un apartamento pequeño, una mujer, un grupo de amigos, otra mujer morena de ojos grandes y ciertas escenas que parecen salir de una película de Jarmusch. Una habitación. Blanco y negro. Texturas granuladas. La mujer sentada en una tumbona, un balcón, un cielo encapotado mientras yo escribo en una máquina eléctrica algo sobre ballenas o cangrejos o sobre la misma canción de Waits; «Hold on» en una carretera y quizá otra mujer lee con los pies subidos al tablero, las piernas desnudas, el vestido que cae hasta las caderas y el viento que entra por la ventanilla. Algo tienen estos recuerdos de película *noir*. Podría enumerar más canciones y vendrían a la memoria esas u otras y esas u otras mujeres. Por ejemplo, ahora aparece «Chicago», con la voz de Waits aún más envejecido, más desgarrada, como un gato que araña las paredes porque intenta escapar, y vienen a los ojos los pasos apresurados de una mujer rubia.

Alguna vez, durante mi primer viaje a Los Ángeles, hice una *playlist* de todas las canciones que me gustaban del autor angelino. Y me agradaba imaginar los lugares que aparecían mencionados en las canciones. Si entraba a un bar o un restaurante o iba por una carretera recordaba fragmentos de canciones que tarareaba mentalmente. Los Ángeles como una prolongación de una *construcción* imaginaria. Mujeres y canciones, carreteras en blanco y negro, escenas que siguen aquí. Como la canción que escucho, «Raised Right Men». Un whisky, la máquina de escribir, un cigarrillo y ciertas mujeres, eso era la juventud. Cuando imaginaba que era escritor y no esto en lo que me he convertido: un hombre insomne que se inventa obras absurdas y que extraña a Hye.[5]

—

SÁBADO

Son las cuatro de la mañana. Supongo que es mi insomnio, mi imposibilidad de entender el mundo que me rodea. O debe ser la llamada de Hye, donde me informa que Emile sigue igual, que no hay avances. Que los médicos seguirán con los estudios. Que no soporta verlo lleno de tubos. Que cree que Emile la reconoce cuando le habla. Que ella está arreglando todas las cosas de la empresa y que además tiene que lidiar con todo lo relacionado con su nueva colección.

Deseo que Emile no se recupere pero no lo digo. Quiero que Hye esté acá pero lo callo. No quiero hacer reales mis pensamientos.

—

DOMINGO

Domingo extrañamente silencioso. Observo, desde mi ventana del estudio sin cortinas, en este último piso, el movimiento suave de los árboles del parque. El cielo comienza a nublarse poco a poco pero todavía hay fragmentos de azul a lo lejos. «Porque ese cielo que todos vemos ni es cielo ni es azul, lástima grande que

no sea verdad tanta belleza», escribió Lupercio Leonardo de Argensola hace demasiados siglos, aunque sigue presente gracias al inicio del tango «Maquillaje», de los extraordinarios Virgilio y Homero Expósito, también creadores del bolero «Vete de mí», canción que le escribieron, si mal no recuerdo, a Daniel Riolobos y que después se volvió reconocida internacionalmente gracias a Bola de Nieve. La historia de «Vete de mí» me la contó Sandro, mi amigo argentino, cineasta, fanático del tango igual que yo, y quien hizo un documental sobre la historia de la canción. Pero me pierdo en los meandros de otra historia, divago en este domingo solitario y observo a través de la ventana los edificios cercanos, el gigantesco anuncio de whisky en uno de los muros del rascacielos que está a mi izquierda. Del tocadiscos sale Chet Baker y en mi mesa hay algunas hojas que esperan secarse para seguir pintando en ellas. Me alejo de la ventana, enciendo un cigarro, miro de reojo los libros acumulados en otra mesa. Saltan algunos nombres de escritores argentinos, luego veo los nombres de Salter, Ford, Picabia, Levrero, Tanizaki y ahí mis ojos se detienen y vuelvo a la ventana: caen ya algunas gotas de esta lluvia de verano. El dios de los árboles me susurra una melodía. Pasan uno, dos aviones; una bandada de pájaros emigra de un árbol a otro; una anciana, sentada en una de las bancas del parque, mira hacia mi ventana. Mi cigarro casi se acaba. Ahora voy de la pintura a la escritura de mi cuaderno, de una respiración a otra, de un movimiento gestual a otro movimiento interior. Algo dice Chet desde el tocadiscos. El sonido de las palabras es lento, lento, como una música extranjera que me abraza.

—

LUNES

Rawson-Agronomía. Estoy en un estudio que me prestaron mis amigos Liliana y Milo. Tarde de lunes. Silencio. La música de un piano sale desde la computadora. Las nubes se alejaron y hay un cielo transparente. Bastidores, trozos de madera, pedazos de papel de arroz coreano, tinta, botes de pintura, brochas. Voy de un lugar a otro mientras espero que un bastidor, que un trozo de madera se sequen. Pintar obliga a dejar de lado cualquier tipo de pensamiento. Sólo está la felicidad de la acción. Cubro una superficie con pintura, en otra pego un trozo de papel, enciendo un cigarro, cambio de música, vuelvo a cubrir un fondo con otra veladura, observo los cuadros. Me sirvo un whisky. Le escribo un mensaje a Hye. Observo lo realizado hasta el momento. Miro a través de la ventana y veo que un grupo de gatos merodea allá, abajo. Mancho una tela. No se necesita más para encontrar un instante en donde la felicidad no concluye, sólo se expande.

Me ejercito con la pintura y los *collages*. Estoy intentado avanzar con una de las piezas grandes. Pintar me ordena.

—

VIERNES

Estuve horas hablando con Hye.[6] La siento distante pero entiendo lo que sucede. Tocará esperar. Llueve. Después de charlar con ella estuve trabajando con los asistentes que me están editando todos los pasos de baile de Astaire. Hemos logrado separar los pasos por bloques, y escuchados parecen una pieza musical.

Hoy por la noche iré a una fiesta que organizan Liliana y Milo. Un asado en mi honor, me dijeron. Una de las cosas que más me sorprende es la poca cantidad de alcohol que beben los argentinos. Una copa de vino y ya. Alguna cerveza y no más.

Dejé a los ayudantes, un par de chicos y una chica, trabajando y salí a caminar un rato por el barrio porque salió el sol y la humedad ha descendido un poco. Voy en bermudas, una camiseta blanca y sandalias. Entro a una de las tiendas de elepés para ver si encuentro alguno de los discos que tuve en mi juventud y que perdí con las demasiadas mudanzas. Recién acaba de llover en la ciudad y aún hay rastros de la lluvia en las calles. La luz es espectacular. Un ligero viento cruza entre los árboles. Me dirijo a la sección de jazz esperando ver alguna de las portadas que miraba una y otra vez cuando tenía veinte, veintiún años para luego escucharla con fanatismo. La recuperación del pasado tiene algo de arqueología, de paseo por el museo de la memoria. Busco despacio pero sé que hoy no tendré suerte. Entran dos jovencitas, no mayores de esos veinte años que tuve alguna vez, y le preguntan al dependiente si tiene discos de Duran Duran y Boy George. En la voz de una de ellas se nota la fiebre del comprador que desea obtener a cualquier precio lo que está buscando. El dependiente, con aire de suficiencia y de conocer todo lo que hay en su tienda, les muestra varios discos y ellas saltan de emoción. Me pregunto de dónde vendrá el gusto de estas dos chicas que ni siquiera habían nacido cuando los adolescentes de entonces escuchábamos a esos músicos. Algo raro pasa o me perdí de lo que sucede ahora. Unas gotas impertinentes se asoman desde la calle. Salgo rumbo a casa y veo cómo las muchachas juntan el dinero que traen las dos para adquirir a un precio exorbitante uno de los discos de Duran Duran. Cambió el mundo y yo me quedé en otra esfera. O quizá me vi

reflejado en el gesto de las jóvenes. Todos buscábamos, de maneras distintas, una porción de lo que nos hizo o nos hace felices. Llueve y apresuro mis pasos. El joven que fui viene conmigo.

La fiesta en casa de Milo y Liliana es por la noche, en su terraza. Les pregunto qué quieren que lleve y me dicen que nada, que no es necesario, che. De cualquier manera paso a un supermercado y compro algunas botellas de tinto, una de whisky para mí y algunos quesos.

Palermo está tranquilo para ser jueves. Cuando pasé en el taxi por Plaza Italia y vi el trastorno y el caos de autos, pensé que estaría igual en el barrio, pero no es así.

Llego y todavía hay poca gente, aunque Milo ya lleva un rato preparando el asador y a su lado tiene un costillar y varios bifes de chorizo y verduras listas para ponerlas al fuego. Veo a dos tipos que hablan de la diferencia del gobierno macrista y el kirchnerista. Me alejo como si hubiera algo contagioso. Están enzarzados en una discusión inútil, cada vez hablando más fuerte para imponer su opinión. Es decir, como cualquier porteño común.

Me siento al lado de Liliana y veo que su barriga crece más y más. La toco pero ahora está muy tranquila María, la hija

que esperan. Me agrada el amor y optimismo que Liliana siempre tiene a flor de piel. Me abraza y me besa y me hace sentir que estoy con mi hermana menor y me dice, guiñándome: ¿verdad que es guapísimo mi marido? Y veo a mi querido amigo, calvo, barbón, con un poco de panza y concentrado en su trabajo, y asiento, le digo que por supuesto es guapísimo. La noche es muy clara. Podemos ver las estrellas. Se está bien en casa de mis amigos.

Me levanto para servirme un whisky y veo a tres chicas que charlan entre ellas y descubro a una que está de espaldas y me llama la atención su cuello largo y delicado; veo sus hombros anchos, el pelo en una melena corta, castaña, de puntas rubias. En ese momento voltea y descubro sus facciones ligeras, aéreas, su nariz aguileña; es blanca y atractiva. Mientras la observo, Liliana se me acerca y me dice al oído que se llama Luciana, che, y es judía y toca el chelo y veo que te gustó, eh, y me sonríe y se va a besar a su marido. La mujer, que ahora veo que es muy joven, me descubre observándola y se incomoda y me da de nuevo la espalda y sigue charlando con sus amigas.

Empiezan a llegar más personas y como siempre pasa, cuando no conozco a nadie, me recluyo en mí y me voy a un rincón a observar a la gente. Milo a veces, y otras Liliana, me presentan a sus amigos pero olvido los nombres al momento. Sólo retengo el nombre de Luciana, a quien sigo con la mirada de vez en cuando.

Milo comienza a sacar de a poco la carne y todos nos acercamos a probar y hablamos de cosas insustanciales. Liliana pone música de fondo y me dice que ya está cansadísima, che, que se va a recostar un instante pero que no diga nada y yo le digo que guardaré el secreto.

En algún momento me topo de frente a Luciana porque queremos tomar los dos el mismo pedazo de carne. Perdona, le digo y le cedo con un movimiento el trozo de bife. Soy Fuzzaro, amigo de Milo y Liliana, le digo. Ya lo sé, me contesta. Quiero decir que ya sé quién sos vos, tengo semanas de oír a Liliana hablar de ti, de su amigo artista y de cómo te quiere Milo. Yo sonrío un poco perplejo. Y sé que no dormís, me dice, y he visto ahora que vos bebés mucho y siempre lo mismo. Lo de que no dormís también me lo dijo Liliana, y lo de beber, che, lo acabo de ver desde que llegaste. Digamos que sos previsible. En cambio yo no sé nada de ti, le digo. Sólo que te llamas Luciana y tocas el chelo, eso me lo dijo Liliana. Mirá, pues ya somos grandes amigos, dice Luciana y brinda con su copa de vino y le pido que se siente conmigo porque como somos grandes amigos, prefiero eso a estar con gente que no conozco. Habla con sus amigas y se va conmigo a mi rincón. Debe de tener menos de treinta años y se viste toda de negro a pesar del verano y me gusta su risa desparpajada y su manera de caminar entre torpe y veloz.

Comemos y charlamos. Tiene un arete en la punta de la lengua, ojos enormes y pecas. Habla apresurada. Quiere que lo sepa todo de ella. ¿Conocés a Úrsula K. Le Guin, Kate Millet, Catherine Breillat? ¿Qué opinás del peronismo? ¿Qué chelistas preferís vos? ¿Te psicoanalisás? ¿Por qué estás acá, che? ¿Conocés a Shintaro Sakamoto? ¿Sos de izquierda? ¿Crees en la fidelidad?, porque yo no creo que exista. Me pregunta todo rápido, muy rápido, como si la atragantaran las palabras o fuera a olvidarlas. No a todo, le digo. Sobre el peronismo no tengo una opinión porque aún no termino de entender cuántos peronismos hay, la verdad, le digo. Mirá, vos tenés que ser peronista del primer peronismo, de la primera época, che, ¿entendés? Y así podemos hacer que funcione todo entre vos y yo. Y también tenés que ser de izquierda, con eso no transijo. Me río de lo decidida que está y me divierte. Parece una niña. No sabés nada de nada, che, sos un anciano inculto. Suelto una carcajada y ella me toma del rostro con una de sus manos y me da un beso apresurado. Tengo curiosidad de vos por todo lo que nos dijo Liliana, che. Ojalá que no me decepciones porque me gustan tus ojos y tus manos.

La miro detenidamente. Pienso que está bromeando, que Liliana me está haciendo una broma, que ella y Milo la prepararon, pero Liliana se fue a dormir y Milo sigue con su asador y comiendo. Che, Fuzzaro, me grita. ¿Querés más? Le hago una seña con la mano para decirle que no. Se acerca y nos abrazamos y le doy las gracias por

todo. Comé, che. Luciana nos mira desde su asiento. Hay pequeños grupos a lo largo de la terraza. Quiero fumar y busco en mi saco un paquete de cigarros y Luciana se levanta para darme uno. Menos mal que fumás, me dice. Enciende dos y Milo se va a continuar su asado. Bueno, y decime, ¿qué clase de artista sos?, me pregunta Luciana. Porque te

busqué en internet pero no pude clasificarte. No entiendo qué sos. La miro muy serio y le digo que soy lo que ella quiera, que no importa, que no lo sé. Fumamos y nos miramos, como inspeccionando al otro. Luciana es menuda, de caderas anchas y senos pequeños. Lo que más me gusta de ella es su nariz, su asombro y su ingenuidad. ¿Cuántos años tienes?, le pregunto. Soy bastante adulta, pelotudo, me dice. Debes de tener veinticuatro o veinticinco o veintiséis años, le digo. Pero quieres verte mayor. Me lanza una mirada de odio. Hacete hervir, che, y me arroja el humo a la cara.

Estoy cansado y quiero irme.

¿Te vienes conmigo a mi apartamento o te quedas con todos estos ancianos?, le digo. Y ella me mira con sorpresa y no sabe qué responder pero quiere verse adulta y me dice que sí.

Me despido de Milo. Le doy un beso en la mejilla y le pido que me despida de Liliana. No te vayas aún, che, me dice. Estoy cansado pero te llamo mañana, le respondo.

Tomamos un taxi que nos lleva a Junín. Vamos silenciosos. Subimos en el elevador mecánico y entramos al apartamento. Luciana arroja su mochila a un sillón y recorre despreocupada cada una de las habitaciones. Inspecciona meticulosamente, enciende un cigarro y se tumba en el sofá de la sala. Quiero vino, che. Voy a la cocina y le sirvo una copa y yo me preparo un *single malt* con un suspiro de agua y me siento a su lado y le robo una fumada a su cigarro. ¿Y tu mujer dónde está? Con su marido en Seúl, le respondo. Emile tuvo un accidente y ella se regresó para estar con él. Quiero bailar, che, y conecta su celular al aparato y sale de las bocinas Charly García. Charly es lo más, dice mientras baila y brinca frente a mí. Bebo y la observo. Luego pone a Spinetta y al Indio Solari y fuma un cigarro de mota y se acerca a mí y me lanza el humo a la boca para que lo retenga. Le parece divertido. Vamos, che, sos un antipático, me dice porque arrojo el humo. La abrazo y la monto en mí y quiero besarla pero me detiene y dice que no. Está bien, le digo mientras ella se levanta y camina por el apartamento. Me sirvo otro whisky y es plena madrugada. Me voy a la habitación, enciendo la tele y cambio de canales. Luciana me sigue y me dice que si ya no vamos a escuchar música y a beber. Le señalo mi vaso y la televisión encendida. Puedes quedarte aquí si quieres o seguir escuchando música, le digo. No pasará nada que tú no quieras. Me mira desde la puerta de la habitación y se da la vuelta un poco

molesta. Hacete hervir, boludo. Me dice desde la sala, a gritos, que pedirá un Uber. Me levanto de la cama, cruzo la sala y me acerco a ella. Le digo que me parece bien, que haga lo que considere necesario. Que soy un hombre paciente. Te pido que no

armés quilombo si me voy, me dice. Me río y le digo que no se preocupe, que no armaré nada, que me iré a la cama con mi whisky y veré una película, que se vaya tranquila, ironizo.

Listo, che, llegó mi auto. Chau.

Le doy un beso suave en la mejilla y la acompaño a la puerta.

Cambio de canal sin encontrar nada que me guste. Le marco por teléfono a Hye para saber cómo sigue Emile. Y me dice que está igual, que no hay cambios, que lo mantienen en coma pero que no sabe qué decisión tomar porque los médicos tienen opiniones distintas. Que está tratando de ordenar todas las cosas con el negocio de las exportaciones y que está muy cansada y quiere saber cómo estoy yo. Le digo que acabo de regresar de una fiesta en casa de Milo y Liliana, que también estoy cansado porque cuando consigo dormir sólo son un par de horas. Que mis alucinaciones auditivas son más fuertes y que conocí a una chica, a una jovencita extraña, y le cuento sobre Luciana y que acaba de irse. Y ¿te gusta, mi amor?, pregunta. No lo sé, le respondo. Creo que sí pero me aburren pronto las jovencitas, ya lo sabes, le digo. La escucho reír en el teléfono. Y ¿pasó algo?, me pregunta. Nada, le digo. Me dio un beso en casa de Milo y fue todo. Vino conmigo para acá pero estaba más preocupada por escuchar rock argentino que por coger, supongo. Te extraño un montón, le digo a Hye. Yo también, mi amor, pero no se puede hacer nada. Termina tus trabajos y veremos qué pasa. Y no te enamores, me dice bromeando. Nos despedimos y veo en la televisión imágenes de un western que no recuerdo, o recuerdo pequeños detalles, fragmentos que vienen como relámpagos que la memoria activa y entonces recuerdo el cine de mi infancia y la película de John Ford, la recuerdo por esa escena de la carreta y el desierto y aparece frente a mí parte de mi infancia y es como si me hubiera desdoblado y me veo en mi butaca favorita, a un lado del pasillo y cinco butacas después de la puerta de entrada. Y allá al fondo la pantalla enorme y la película en blanco y negro y la historia que avanzaba mientras yo estoy sentado con medio cuerpo y agarrado con mis manos al asiento delantero por la emoción contenida. Recuerdo la sala, el olor, los pocos espectadores, ahora, tirado en esta cama porteña, con la ropa puesta, el control de la televisión en mi estómago, y este puto insomnio que es como una garra incrustada a mi cuerpo.

Suena el interfón y voy a ver quién es porque pienso que se han equivocado de número y escucho la voz de una mujer que dice: soy

yo, Luciana, decidí volver, quilombero. La dejo entrar y la espero en la puerta del apartamento mientras sube en el elevador mecánico.

No decimos nada. No hay necesidad. Me besa con violencia. La abrazo y la recargo en la pared y llevo mi mano a su entrepierna y la mantengo ahí con fuerza. Ella me abraza y quiere besarme el cuello. Le levanto la falda y meto mis dedos entre sus bragas. Cierro la puerta y nos desnudamos apresurados. El cuerpo de Luciana es firme, suave, de pezones pequeños. La muerdo, la monto en la mesa y le chupo el coño ácido, primero con suavidad, con mi lengua tocando suavemente su clítoris y después cada vez con más fuerza mientras ella me agarra de la cabeza con una mano y con la otra se sostiene de la mesa, y sus piernas están al aire. Mete mi rostro en su coño cuando se viene y gime con estruendo. Sos un hijo de puta, me dice. Ahora culeame, puto de mierda. Y se acuesta bocabajo en la mesa, con los brazos extendidos y las piernas abiertas. Veo sus nalgas blancas, duras, su coño castaño. Hacelo, dice. Me pongo detrás de ella, me coloco un condón, ensalivo su ano y entro con fuerza. Así, boludo, así. Más fuerte. Ahora pegame en las nalgas, marcame. Toda mi mano queda fija como una huella en una de sus nalgas por la fuerza con la que la golpeo. Más, cabrón, más fuerte, me dice y veo su rostro de perfil, recostado en la mesa, transfigurado. Y pide más golpes y más fuerza en la penetración. Matame, boludo. Mi pelvis choca contra sus nalgas, se estrella con violencia y eyaculo con dolor. Los dos quedamos temblando. Saco mi verga, me limpio, intento besarla pero me rechaza. Se levanta y se tira en el sofá, sudorosa mientras me ve silenciosa y con una mirada que no reconozco.

Voy a la cocina por agua. Bebo un vaso y le llevo uno a ella. Si vamos a garchar, che, tenés que saber que me gusta coger duro.

Me río.

Me parece muy bien, señorita, haremos lo que usted quiera y como quiera. Es una promesa. Y ¿se lo dirás a tu mujer, che, o es un secreto?, me pregunta intrigada. Mi mujer ya lo sabe. Lo único que me recomendó es que no me enamore. No seas boludo, che, ¿sos un pendejito o qué?

Se levanta del sillón y se va a la cama, así, desnuda, y se tira en ella bocabajo, y respira agitada y luego se duerme. Y ahí Luciana cambia, es una niña, una adolescente, una joven plácida y tranquila, como su respiración. Y la veo dormir y apago la televisión y me voy a dar un baño para intentar dormir porque quizá hoy sea un buen día para que los sueños me alcancen.

—

TERCER MES

Alguna vez existí pero pronto descubrí que estaba muerto.
Leo Perutz

[…] la complaciente manipulación de la memoria, la moral como una bolsa de agua tibia en la cama fría.
Julian Barnes

MIÉRCOLES

Es de mañana. Pienso ir al Museo Nacional para ver de nuevo algunos cuadros. Me preparo el desayuno. Un poco de café y pan tostado. Escucho la voz de la cantante catalana Sílvia Pérez Cruz, enciendo un cigarro, y el insomnio y ese monstruo de garras dulces y ponzoñosas llamado *depresión*andan por aquí, rondan ligerísimos pero más vale no hacerles caso. Por la noche estuve leyendo un poco de poesía. En el escritorio permanecen libros de Simic, Spicer, Creeley, Hass y Strand. La poesía detenida al lado izquierdo de las cosas. Como dice Strand: «Coming to this / has its rewards: nothing is promised, nothing taken away».

¿Qué hay de nuevo en este día de verano tórrido? El sonido de una motocicleta en la avenida, el movimiento de los árboles, un sol potente, una frágil sensación de derrumbe.

Sílvia Pérez Cruz hace una versión extraordinaria de una canción de Leonard Cohen y me viene a la memoria, mientras escucho esta versión, la que hizo Morente hace ya tantos años. «Toma este vals de cintura quebrada…», dice Pérez Cruz y un poco de viento se cuela a través de la ventana abierta.

Otro motociclista arranca y cubre la tarde con su ruido ensordecedor. El silencio de la casa se perturba por los movimientos del mundo. Me gusta este no hacer nada, en donde las palabras fluyen sin prisa, como la música que sale melancólica. Me gusta esta sensación de abandono, de quietud física aunque el cerebro esté por explotar. Es decir, esta quietud parece anticipar algo. Sé que cuando se instala la depresión deja una estela amarilla, un agrio sabor en el cuerpo.

Luciana me alcanzará en el museo. Luego iremos a comer a algún sitio.

El cielo sin nubes, un avión a lo lejos. «It is all the mind you say, and has / nothing to do with happiness», escribe Strand.

Quizá todo está en la mente. Quizá esta tarde no existe, ni el calor del verano, ni el motociclista, ni la voz de Pérez Cruz, y todo es azar. «Vitrac llamaba al azar “una fuerza lírica”. Tiene toda la razón. Hay una cierta alegría en no saber a dónde vamos», escribe Simic.

No sé a dónde voy.
No sé.

—

JUEVES

Luciana dice que conoce muy bien La Boca. Yo quiero ir a ver dos edificios que están frente al río. El museo de la Fundación Proa y la Usina, y luego quiero ir a Barracas, a la avenida Montes de Oca, a unas cuantas calles del Parque Lezama, porque quiero ver el chalet suizo, de piedra, donde vivió Rodolfo Wilcock, antes de salir huyendo del país y de la lengua para recalar en Roma y volverse un escritor italiano.

Luciana me dice que nos vayamos en taxi y luego, allá, nos volvamos en bondi, che. Me pesa un poco el cansancio, la sensación de ver todo con una capa de bruma.

Cruzamos rápido Caminito, lleno de turistas que se toman fotos, y vemos el museo, remodelado, pero no hay ahora todavía ninguna exposición, porque se terminó la que estaba de Malévich. Comemos en el restaurante del último piso y desde ahí se ve el río y recuerdo el tango de Edmundo Rivero, recuerdo mentalmente parte de su letra: «Turbio fondeadero donde van a recalar / barcos que en el muelle para siempre han de quedar /sombras que se alargan en la noche del dolor / náufragos del mundo que han perdido el corazón. / Puentes y cordajes donde el viento viene a aullar /barcos carboneros que jamás han de zarpar / torvo cementerio de las naves que al morir / sueñan sin embargo que hacia el mar han de partir». El extraordinario «Niebla del riachuelo» mientras Luciana quiere que nos tomemos una foto con el río de fondo y entonces me cuenta de los conciertos a los que ha ido con sus amigos en la Usina del Arte, que está muy cerca, y me pide que me apresure con la comida para irnos y dice que caminemos por La Boca, que no pasará nada, que ella conoce perfecto.

Avanzamos algunas calles y el paisaje deja de ser turístico y veo que alguna gente sale de sus casas a observarnos.

Hay niños jugando en las banquetas, jóvenes limpiando sus motos, gente afuera de las tiendas. Sigo a Luciana pero creo que está perdida. Nos topamos con el estadio La Bombonera y en realidad debemos ir hacia el otro lado pero no quiere que usemos el Google Maps. No seas pelotudo, es mi ciudad, che, y conozco bien la zona. Tomamos atajos.

Entramos a calles estrechas. Avanzamos a tientas y creo que estamos en una zona en la que no deberíamos estar y ella insiste, terca, en no revisar el mapa en internet. Veo que dos personas salen de una casa casi en ruinas, de un largo pasillo, y le pido a Luciana que apresure el paso para tratar de llegar a alguna avenida o a algún sitio donde podamos ver a un policía y preguntarle cómo salir de acá, al menos. Dejá de molestar, chabón. Yo sé cómo salir. Veo a los hombres que se acercan a nosotros y a otros que salen de una esquina y nos detienen. No bardees o te hago un buraco, me dice uno de ellos y veo el rostro de terror de Luciana. La acerco a mí y les digo que no hay problema, que se lleven lo que tenemos. Mirá mi chumba, cheto de mierda. Y los quiero tranquilos, sino parate de manos, perejil, nos dice mientras acerca el arma. Los otros hombres nos rodean y este, de nariz chata y pelo engominado, en ropa deportiva, les indica que nos revisen las mochilas.

Y encima sos un extranjero de mierda. ¿Qué, te empernás a la pibita? Lo dice y todos sueltan una carcajada. Decime si no podés vos y acá la mojamos. Abren las bolsas, les entrego mi cartera. Toman los celulares y tiran los libros que traemos. Andate a zarpar a otro lado, y me tira un golpe en el rostro. Se quedan con lo que llevamos encima y se alejan tranquilos, seguros, los cuatro hombres, mientras Luciana y yo quedamos sorprendidos; ella furiosa y pidiéndome disculpas y le digo que no pasa nada, que afortunadamente no le hicieron nada a ella. Caminamos temerosos hasta que llegamos a una avenida y tomamos un taxi. Luciana llora de rabia, putea furiosa y yo me toco mi quijada y siento cómo se va inflamando. Le pregunto a ella qué fue lo que le robaron y me dice que no sabe qué traía en su mochila, pero que dinero no, que le da furia por quedarse sin su celular. Cuando llegamos a casa le pido al taxista que espere para subir por dinero. Afortunadamente no llevaba nada importante y se llevaron mi celular argentino, no el otro. Me pongo hielo, me sirvo un whisky y le doy un trago a Luciana para que pase el susto y ahí se suelta a llorar como una niña. La abrazo y nos quedamos así largo rato.

No veré la casa de Wilcock.

—

SÁBADO

Sábado con banda sonora. Estoy sentado, solo, en una mesa pequeña en uno de los restaurantes del barrio. Hablé hace rato con Hye y charlamos sobre Luciana. El insomnio es una mala costumbre. Luciana es una chica que me gusta; me gusta ese asombro por cualquier cosa de la vida, esa manera de aventurarse a lo que venga, aunque no soporto sus niñerías, su intolerancia, su falta de humor cuando bromeo sobre el peronismo o la izquierda, por ejemplo.

Vuelvo de caminar con el periódico bajo el brazo por Callao. Escucho a T-Bone Burnett a través de los audífonos de mi celular. «Zombieland», dice la canción. Repito la palabra mientras hojeo el diario y me encuentro con una entrevista a Nic Pizzolatto, el guionista de la extraordinaria *True Detective*, dirigida por Cary Fukunaga y con música de Burnett. Leo los comentarios del escritor, mucho más joven de lo que pensaba, mientras la música crea una tensión agradable a mis oídos y cuerpo.

Unas cuantas mesas, muy pocas, permanecen con comensales que charlan y cuidan a sus perros. Pido mi orden y avanzo en la lectura, deteniéndome en algunas frases, ciertos gestos que el entrevistador resalta, cuando llega al restaurante una rubia jovencísima, de *jeans* ajustados y un suéter que pudo haber sido de su abuela y corte años ochenta, a través de una serie de capas. Su rostro tiene una belleza perturbadora, una estructura perfecta; la observo preguntar algo al mesero y luego le pide que conecte su celular —el de ella— a las bocinas porque quiere escuchar jazz, dice. De los altoparlantes sale una música dulzona que se aleja mucho del jazz pero no importa. La rubia pide una copa de vino y descubro su acento, es una chilena de frases muy cerradas. Casi sin darse cuenta levanta su suéter y deja al descubierto unas piernas largas, perfectas y un trasero pequeño, justo, al tiempo que coloca sus brazos en la cintura y se para un poco de puntas. El único espectador soy yo. Mira de reojo para saber si la observo. Luego se mueve suavemente al ritmo de la música. Imagino que es un acto natural ese gesto, que lo ha repetido muchas veces. Vuelvo a mi lectura y la veo alejarse a la calle para sentarse en una pequeña banca de madera despintada afuera del restaurante, con su

vino en las manos. Como tranquilo mientras las hojas del periódico avanzan con lentitud. Un titular, una nota, alguna fotografía que llama mi atención. La música de Burnett tiene una cadencia envolvente. En mi cabeza se mezclan ciertas imágenes de la serie, las piernas de la chilena jovencísima y su rostro. Hay un tono particular en las escenas construidas en mi cabeza. Termino de comer, pago y salgo a la calle. La chilena sigue ahí, sentada, esperando. Como diría la letra de aquella canción: «la felicidad es una pistola caliente».

—

DOMINGO

Luciana llega a la casa. Luciana quiere ir al cine. Luciana se desespera porque estoy metido en las pruebas de las distintas transparencias para la pieza que va en una caja. Luciana fuma. Luciana pone tangos. Luciana se despatarra en el sofá, con su *short* enorme de algodón y su camiseta de tirantes. Luciana me enseña sus dedos de los pies pintados de rojo. Luciana lee un libro de Aira que estaba en una pequeña mesa y lo arroja lejos porque dice que toda la literatura argentina es una basura. Luciana va a la cocina por una cerveza. Luciana camina con las puntas de los pies hacia fuera, como las chicas que tomaron ballet de niñas. Luciana me besa. Luciana mira por la ventana los nubarrones lejanos. Luciana quiere escuchar a Miguel Abuelo y su «Lunes por la madrugada» y me dice: che, sos de la misma generación, ¿cierto? Sos un viejito, Fuzzaro, ¿lo sabías? Luciana enciende un cigarro y revolotea alrededor de mí. Ya terminá, boludo, salite de eso, que parecés un plomo.

Dejo los papeles a un lado y quiero besarla pero se escabulle rápido. Vayamos al cine, chabón. Salimos de casa y el calor abruma. Buenos Aires es una ciudad imposible durante el verano. Vamos al Malba a ver una película de la que no sé nada pero que Luciana leyó que era extraordinaria y quiere ver.

Luciana y yo salimos de ver la película terrible en el museo. Dos horas desperdiciadas innecesariamente. Parece que hace poco llovió. El aire de la ciudad es fresco y avanzamos por Barrio Norte entre calles arboladas. Algo sucede detrás de las paredes. La gente sale presurosa del supermercado, tres hombres solitarios revisan con meticulosidad los elepés usados de una tienda de discos. Nuestra caminata nos lleva de Barrio Norte a Palermo Alto. Entramos en una librería que está a un lado de un parque pequeño. Me detengo a hojear unos libros sin hacer mucho caso de lo que hay y, en medio de un montón de ellos, se asoma, discreta, una portada azul cielo que reconozco de inmediato. Es una antología del poeta peruano Mario Montalbetti. Lo tomo, voy a la caja y pago de inmediato para regalárselo a Luciana. Estas pequeñas sorpresas iluminan el día. La

poesía de Montalbetti, arrinconada entre muchos libros, encuentra sus lectores. El barrio tiene la desmesura de un sábado por la tarde. Gente que va y viene, entra y sale de bares y restaurantes, cláxones presurosos, extranjeros que vagan lentamente en bicicleta. Me detengo a observar una fachada *art déco*, un largo pasillo con minúsculas casas al fondo y la vida sigue. Miro el rostro de una mujer rubia, su pelo casi platinado, sus enormes ojos azules y su caminar moroso. Tampoco lleva prisa en esta tarde sabatina. Mientras vamos en busca de un bar Luciana y yo, y trato de olvidar la película reciente, mis pasos son los de alguien que discurre por el mundo tratando de no entorpecer lo que la vida le depara: la felicidad de un sábado por la tarde con unas cuantas nubes, unas cuantas calles, un viento helado y una música interna que no se detiene.

No por ahora.

—

MARTES

Ayer hicimos un largo recorrido nocturno que comenzó en un bar donde un amigo músico, convertido en *crooner*, interpreta ante el piano una serie de canciones de jazz estándar, rock y pop. La luz difusa, las mesas bajas y los sillones de piel me hacen recordar aquella película, *The Fabulous Baker Boys*, de Steve Kloves, el director que luego se perdió en la ignominia. Pero recuerdo ahora a los hermanos y a su hermosísima cantante, una Michelle

Pfeiffer casi sobrenatural. Recuerdo ahora la sincopa bajo el influjo de los Makers Mark que entran en mi cuerpo. Mi amigo toca y su voz tiene un dejo melancólico como la de Anthony, de Anthony and The Johnsons. El mundo pasa allá afuera y observo el movimiento casi fantasmal de los meseros, escucho conversaciones y vienen a la mente escenas de la película mencionada. Recordar tiene mucho de adentrarse en un avispero sin protección alguna. Estoy con Luciana, quien escucha atenta y observa todo con meticulosidad. Cogimos por la mañana de una manera brutal: me pidió que le hiciera pequeños cortes, casi pinchazos, en su vientre, y que luego le metiera la verga en la boca hasta asfixiarla mientras tenía un dildo en su vagina. Luciana no conoce las medias tintas, quiere todo, sorberlo todo, experimentarlo todo.

En el bar, atrás de nosotros, los espejos nos multiplican. La música va y viene y en algún momento salimos de ahí para que la noche nos lleve por las calles de Chacarita y nuestros pies se enrumben en la milonga del salón lleno de parejas de ancianos que bailan siguiendo el compás del tango. El alcohol se adentra en el cuerpo mientras «Naranjo en flor» levanta a la concurrencia. Luciana y yo, el grupo de ancianos, nos levantamos a bailar. Sigue «Yuyo verde». Allá, al fondo, unos meseros charlan, del otro lado del salón alguien festeja un cumpleaños. La noche no es larga, es un simple susurro. Cuando cierran la milonga encontramos un boliche a pocos pasos para tomar los últimos tragos. Alguien pide dinero para el apoyo de una causa que no entiendo. Son linyeras llenos de faso, dice Luciana. Anda a chamuyar a otro lado, chorro de mierda, le dice a uno de ellos y el hombre le contesta algo ininteligible. Bebemos en la barra y

charlamos. Mirá, chabón, Fabian Casas es una mierda, Cucurto igual, Mariana Enríquez, Samantha Schweblin, Alan Pauls, Pola Oloixarac —que se cambió el apellido Caracciolo—, César Aira, Caparrós, Piglia, todos son una caterva de imbéciles. No existe la narrativa argentina, che. O esa narrativa que te quieren vender. Que no te curren esas portadas bonitas, chabón. Vos que sos un ancianito que no conoce lo que sucede acá, leete a Conti, a Walsh, a Juana Bignozzi, a Libertad Demitrópulos —la que fue esposa de Giannuzzi y olvidada por toda esa mierda—, a Fowgill, y a una lista que te daré para que vos te formés. Yo asiento divertido por toda la pasión, énfasis y furia que pone Luciana en su charla.

Le pido al mesero otro whisky y otra copa de vino. Las voces de los parroquianos parecen tener un volumen que aumenta o baja dependiendo de mi interés por escucharlos. Son varias las pistas sonoras. Todo desaparece, todo está aquí. El alcohol no se evapora, y como dijera Tom Waits: «The Piano Has Been Drinking», yo no.

—

JUEVES

Una revista me pide que les diga cuáles son mis artistas preferidos de los siglos XX y XXI y por qué. Les digo que me den un poco de tiempo para pensarlo porque me vienen muchos a la cabeza.

Sigo con mis pruebas de transparencias en los papeles y parece que ya encontré la solución para que no queden duros y doblados.

Me siento extraño porque hoy dormí ocho horas pero la sensación es peor. Mi cuerpo está acostumbrado a las dos horas de sueño y a ver todo en una especie de bruma.

Hablé con Hye y me pregunta por Luciana, por mi jovencita, dice. Yo quiero saber cómo está Emile y cuándo nos veremos ella y yo, que es lo que en realidad me importa.

Me contesta algo esquiva, que no lo sabe, que espera que pronto, que mientras tanto me divierta sin enamorarme de la joven porteña. Y entonces se queda en silencio en el teléfono durante unos segundos que me parecen un largo pasillo oscuro y sin retorno. Estoy muy cansada, Fuzzaro. Y aún falta mucho. Me voy, mi amor. Te extraño. Y cuelga antes de que yo le pueda decir algo.

Anoto en este cuaderno, un poco al azar, algunos de los artistas que me gustan o que vienen a mi cabeza:

Tacita Dean · Christo y Jeanne Claude · Doris Salcedo · Cy Twombly · Robert Ryman · Louise Bourgeois · Antoni Tàpies · Lee Bae · Lee Ufan · Joseph Beuys · Hélio Oiticica · Anna Haterly · Sophie Calle · Mark Rothko · Carlos Amorales · Araki · Ai Wei Wei · Gabriel Orozco · Teresa Margolles · Francis Alÿs · Olafur Eliasson · Tracey Emin · Candida Höfer · Neo Rauch · Robert Motherwell · Christian Marclay · Boltanski.

Y podría seguirme con la lista y llenar algunas páginas. Pero de estos hay particularidades que me emocionan profundamente.

Obras que he visto en distintas partes y que me provocan asombro, escozor, alegría, repudio. Y los envidio y quisiera yo haber hecho esas piezas. Admiro profundamente a Tacita Dean, la precisión poética que tiene su obra, el espíritu por momentos melancólico que reflejan sus piezas; me asombra la monumentalidad y la belleza impactante de lo simple de los trabajos de Doris Salcedo, como la grieta que hizo en la

Tate o la enorme escultura hecha de sillas en un lote baldío entre dos edificios; amo la obra de Twombly desde siempre, desde hace muchos años. A principios de los años noventa conocí su obra en casa de un amigo, quien vivía en un apartamento en el mismo edificio donde estaba el mío. Casi cada fin de semana había una fiesta

a donde llegaban escritores, pintores, músicos, poetas, periodistas, locutores de radio y una fauna de distinto pelaje. Eran fiestas expansivas que duraban hasta el día siguiente. Iban y venían hombres y mujeres que entraban y salían del edificio mientras la música ensordecedora espantaba a los pocos vecinos que no participaban en esas interminables sesiones de alcohol, baile, charlas y drogas. En una de esas reuniones, mientras un grupo de amigos discutíamos cualquier cosa en la cocina —que se encontraba frente a la mía—, mi amigo fue a la sala y volvió con un libro, recuerdo que comprado en Nueva York, y nos explicó algo que estaba tratando de comprobar. Ya no recuerdo de qué hablaba, pero sí recuerdo el impacto que me produjo ver esas imágenes de un pintor de quien desconocía absolutamente todo. Los amigos siguieron discutiendo y yo me enfrasqué en las páginas, que pasaba una a otra. A partir de ese momento, sin saberlo, Twombly se convertiría en una de mis referencias plásticas junto con el catalán que admiraba a los artistas orientales. Años después, quizá en Bogotá, en medio de una mañana de frío y lluvia, entré a ver una exposición y me encontré de golpe con dos obras de Twombly y otras cuantas de Tàpies. Se cerraba un círculo. En otras ciudades he buscado obras de los dos pintores, he seguido poco a poco sus huellas para construir un mapa emocional.

Con Rothko tuve un estremecimiento que es imposible definir con palabras. Cualquier comentario se queda corto, pero aún recuerdo mi primer cuadro suyo, es decir, el primero que vi, mi primera sensación de entrar en una caída libre; con Sophie Calle tengo un amor secreto, profundo, que no admite ninguna crítica; las fotos de Candida Höfer son mundos perfectos, impolutos, inmaculados; de Araki aprendí a fotografiar un acto como si fuera un instante.

(Nota: Escribir mis experiencias con los otros autores. Desmontar incluso mis recuerdos con cada uno de ellos. No mitificar.)

—

SÁBADO

Luciana quiere que vaya con ella a conocer el barrio donde creció y me lleva a Caballito y paseamos por el parque Centenario y rebuscamos algún libro entre los puestos de usado y después nos seguimos al parque Rivadavia, colmado de pequeños estanquillos con libros y revistas. En algunas zonas, las mujeres y los hombres toman el sol en traje de baño, beben vino o cerveza y Luciana me dice, señalando a uno de los edificios que están frente al parque, que ahí vivió Žižek mientras estuvo casado con una argentina. Me muestra la casa de su infancia, los lugares a donde iba a jugar, la escuela, el puente desde donde veía pasar el tren y me dice que ahí, un día, cuando era muy niña, vio pasar a una mujer con un instrumento enorme, negro y que le llamó la atención y le preguntó a su madre qué era mientras abajo pasaba el tren y Luciana movía su mano en señal de adiós y su madre le dijo que eso era un violoncello y la niña luego quiso escuchar el sonido que hacía ese instrumento y cuando lo escuchó en un concierto al que la llevaron sus padres se enamoró de él y quiso tocarlo y ya no se separó de él jamás.

Luciana quiere enseñarme todo. Vamos de un sitio a otro y su entusiasmo y su aceleración me abruman. Tenés que conocer la Buenos Aires verdadera, Fuzzaro, y no esa burbuja en la que vivís, me dice. Buscamos un sitio para comer un buen corte de carne. Damos vueltas y vueltas porque no recuerda el lugar exacto en donde está el restaurante y al final desistimos porque no lo encontramos y nos vamos a Palermo a uno árabe.

Por la noche, volvemos a mi apartamento, cogemos de manera brutal, asfixiante. Ella me pide que la amarre a la cama, que la golpee con el cinturón en las tetas, en el estómago, en los muslos. Con cada golpe tiene espasmos cada vez más fuertes, me grita que más intenso, chabón, puto de mierda, que le apriete el cuello, que le ponga durante unos segundos una bolsa de plástico en la cabeza. Hay toda una disposición escenográfica cuando Luciana coge. Quiere que la asfixie lento y que la suelte, que le meta la verga y que se llene de su sangre menstrual. Su cuerpo queda con moretones y ella queda postrada en la cama, mirándome con esa mirada que no he podido identificar si es de

odio o qué. O si es de alguien que está en otro lado y aún no regresa. Me ducho, me pongo ropa de casa y me voy al estudio a trabajar un poco, unas cuantas horas, en una de las piezas y en algunos *collages*. Pongo música, salsa dura de la Fania All Star, y voy de una cosa a otra. Recorto, pego, pinto. Son obras pequeñas, divertimentos que le dejaré a Malena para su galería. Después de unas cuantas horas, cambio de música a Van Morrison, de quien Vila Matas decía que le gustaba porque representaba a la humanidad entera, era la voz solitaria del hombre.

Luciana está dormida y ronca espasmódicamente, como una bebé. Entro a cubrirla con un ligero cobertor porque puso el aire acondicionado muy fuerte. Y salgo de la habitación silencioso. Hablo con Hye para saber cómo van las cosas con Emile y me dice que igual. Que nada cambia, que comienza a hacerse a la idea de quizá quedar sola. Cuando dice eso me sobresalto pero no digo nada. La escucho contarme cosas banales, cosas trascendentes y a las mismas les da el mismo tono. Y lo reconozco, cuando está angustiada y no quiere demostrarlo, pero sé que cualquier muestra de apoyo será rechazada por esta coreana a la que le gusta arreglar todo por su cuenta, sin ayuda de nadie. Termina preguntándome por Luciana y le cuento que está dormida en la habitación y me dice que al parecer ya se le está haciendo costumbre y le digo que es una chica solitaria, brillante, pero un poco ingenua en algunos aspectos de la vida y violentísima en la cama. Hye quiere que le dé detalles pero cambio de tema y le digo que la extraño, que mi insomnio parece no tener fin. Insiste en que vaya con el médico y le digo que lo haré pronto. Que no se preocupe. Chao, mi amor, me dice y cuelga.

Me pongo a revisar mis diarios y encuentro esta nota: «Hasta no hace mucho yo sólo escribía para tirar o para perder. Se supone que tirar es consciente y perder no lo es», escribe Ricardo Zelarayán al inicio del prólogo de la portentosa novela *La piel de caballo*. El texto, escrito entre diciembre de 1974 y enero de 1975, es una ambiciosa novela en donde el lenguaje se despatarra y vive. («Es cierto que no era tan sainete lo de aquel momento. Yo era un títere de ese insomnio que ahonda y ensancha las orejas de los sordos. Yo seguía queriendo la mujer que yo quería, fraguado como lacre y ciego hasta la otra vuelta. Sudor en invierno.») Zelarayán escribe como si la respiración se sofocara por el largo impulso de soltar todo el aire de los pulmones; escribe desde la inconsciencia a partir de «una crisis sentimental, laboral, económica, ideológica, personal y nacional que me llevó a refugiarme en la casa de unos amigos…». Conocí, o mejor dicho, me encontré con la novela por primera vez hace muchos años, en Palermo Viejo, luego de una larga caminata. Leí la novela ese mismo día en el hotel cercano a Corrientes en un estado de trance. Luego, cuando volví

a Bogotá, la ciudad donde residía en ese momento, extravié el ejemplar o lo regalé, no lo recuerdo. Algunos años después encontré otros tantos ejemplares y los compré para quedarme con uno y los otros obsequiarlos. El mío lo volví a perder en una mudanza hasta que hace un año, en Madrid, durante una feria de libro, me encontré con dos ejemplares gastados y empolvados. Se notaba que habían estado viajando de feria en feria sin que nadie les hiciera caso. Me los llevé ambos. Habían estado tanto tiempo juntos que me daba pena separarlos. En ocasiones como hoy, en que las palabras parecen cerrarse sobre sí mismas, es cuando vuelvo al libro, que ahora es otro de mis talismanes y lo cargo conmigo, y lo leo al azar, como si se tratara de un oráculo. Me dejo llevar por la música, el fraseo, la respiración. Hay algo que siempre se me escapa con *La piel de caballo*. Me pasa lo mismo con los libros de Libertella. Quedo desasido, envidio su arquitectura, su prosa, pero los libros de ambos me llevan siempre a mejor puerto. Eso es lo que importa, al final de cuentas, en la literatura. Zelarayán cierra así la novela: «La ropa ensangrentada más pegajosa que nunca, el pantalón que comienza a arder desde abajo y una llama que se posa en el hombro izquierdo. La costa del Sarandí está muy lejos… Tan lejos como los pies, la boca desdentada, los ojos… Apenas un chiflido: Biiii… chateee… taaa… guuué… chumbeeeaooo… biiii… chaandooen… cachiqueeengue… Y queee… viaaaa… biiiichar… redaaaamaooo… deeesen… cachiiiiilaoooo».

Me sorprende la nota. Me sorprenden unas de las frases de Zelarayán: «Yo era un títere de ese insomnio que ahonda y ensancha las orejas de los sordos. Yo seguía queriendo la mujer que yo quería, fraguado como lacre y ciego hasta la otra vuelta».

Así estoy yo, entre este insomnio y desasido porque sigo queriendo a la mujer que quiero.

—

DOMINGO

Hoy no salgo de casa. Luciana viene a visitarme con su chelo y pedimos una pizza y hemos estado charlando y cogiendo. Me hace preguntas sobre mi obra y no termina de entender que yo no piense como ella. Además casi tengo el doble de su edad. Sólo a sus veinticuatro años se puede tener esa inocencia y esa pasión. Lo que no me gusta es su intolerancia para los que no pensamos como ella. Quiere quedarse todo el día y también a dormir acá. Dice que no soporta a sus viejos, que la cansan sus ideas burguesas. Somos vecinos.

Luciana revisa los libros que he comprado y a cada uno de ellos le escribe un comentario en la primera hoja. Quiere tirar algunos a la basura y yo le digo que no haga eso. Luego se pone a practicar con algunas obras de Bach y yo me pongo a leer en la Lounge Chair de los Eames. Descripciones meticulosas, banales, exhaustivas, monótonas. ¿A dónde lleva una literatura que utiliza esos recursos de manera puntual? He intentado leer varias veces el libro *Un hombre enamorado* de Karl Ove Knausgård y me doy por vencido una y otra vez. No puedo con este autor al que han comparado con Proust. Se habla de una inmensa novela autobiográfica descrita «como un proyecto demencial que sólo los verdaderos genios pueden alcanzar». ¿Será?

Dejo el libro de lado nuevamente y busco entre los libros el ejemplar que siempre cargo a donde vaya, *La tentación del fracaso*, los diarios de Julio Ramón Ribeyro, comprado, lo recuerdo bien, en Madrid, en julio de hace quince años, cerca de la Gran Vía. Lo abro al azar y transcribo: «Los recuerdos voluntarios en las noches de insomnio, tan diferentes de los involuntarios de que habla Proust. Por un acto de voluntad podemos recobrar infinitos detalles de nuestro pasado. Ayer, mi memoria, como un faro, recorrió tenaz, fructuosamente los años que íbamos a Agua Dulce en patota. He visto las ropas de baño que usábamos entonces, no sólo nosotros, sino los demás bañistas. Bellezas de la época, exactas, con toda su frescura. Los fortachones no fueron dejados de lado: el cojo Castro, el hombre de la toalla amarrada al cuello, el que llamábamos Errol Flyn y tenía un doble. Los helados que comprábamos en la cuesta, el sabor de los helados, su precio. Todo, absolutamente "todo estaba allí"; sólo era

necesario ir a buscarlo».

Luciana sigue practicando. Yo tomo uno de los cuadernos y hago apuntes rápidos con tinta china.

Me siento como un cliché. El hombre maduro que sale con la jovencita. Será lo que dure. Será un cuerpo joven, extasiado en su propio movimiento. Pero hay algo que me perturba de Luciana. Su masoquismo en la cama a veces me parece impostado, como si fuera necesario eso para crecer. Pero por momentos, cuando cogemos, la he descubierto perdida, como si estuviera en otro lugar, los ojos inyectados y la furia en el rostro, en las palabras que elige para llegar al orgasmo, para venirse con espasmos violentos, de epiléptico.

Es tarde. Veo revistas.

La noche azulada de Buenos Aires.

Las piernas abiertas de Luciana con su chelo en medio de ellas. Su concentración.

La noche de Buenos Aires.

Un cigarro en mi boca.

La posibilidad de no ver más a Hye. La duda. La incertidumbre. El dolor en el pecho.

Hoy me llegaron las últimas pruebas de la pieza que se llamará «Fred Astaire es una música del fin del mundo». Quedaron los segmentos separados. Ahora, el siguiente paso es unir todo a través del trabajo de un programador sonoro y entonces lograr la pieza musical. Me siento contento. Hace rato que Luciana se fue a la habitación a dormir. Se quitó la ropa y se metió a las sábanas y a los pocos minutos roncaba como un gato pequeño. Sus ronquidos son un largo vaivén sonoro.

Voy al estudio y pongo uno de los vinilos. El disco de Thelonius Monk con Art Blakey. Enciendo un cigarro, me preparo una Hendricks con agua quina y escucho en silencio el movimiento del mundo en el piano de Monk.

Escucho que Luciana grita y salgo hacia la habitación. Ella está de pie y me dice que se incendia la casa. Tardo en descubrir que está dormida. La tomo de los hombros con cuidado y la acuesto de nuevo.

Le marco a Hye varias veces pero me manda a buzón. Le escribo un whatsapp para preguntarle si todo está bien. Quito el disco y me voy a la cama. Estoy intentando conciliar el sueño cuando siento una presencia cerca de mí. Abro los ojos y veo a Luciana, a pocos centímetros de mi rostro, observándome furiosa. No sé si está dormida o no. Trato de no hacer ningún movimiento y por fin ella vuelve otra vez a su lugar y continúa durmiendo. Esta madrugada pasará de largo.

Suena mi celular. Es un mensaje de Hye.

«Mi amor, no te pude contestar porque estaba con los médicos en una reunión. Algunos de ellos quieren desconectar a Emile, dicen que no tiene sentido tenerlo así, que los estudios indican que tiene muerte cerebral. Pero hay otros que prefieren esperar un poco y yo también. Te amo.»

Ahí termina el mensaje. Y no sé qué escribirle.

Dejo el celular en la mesa de al lado e intento dormir un poco, sólo un poco para alejar esta sensación de pesadez, de no encontrar asidero en ningún sitio.

Miro a la mujer que está a mi lado y siento un desapego enorme. Es un cuerpo extraño que está unido a mí por accidente. Abrazo ese cuerpo pero imagino que abrazo a Hye.

Soy un fantasma en Buenos Aires.[7]

—

LUNES

¿Qué tiene ese señor llamado Thelonius Monk que cuando toca parece que todo tiene el brillo de la despedida?

—

MARTES

«Una sensación imperceptible de estar perdido al fondo del paisaje», escribí en otro momento. Estar perdido en este insomnio, en Villa Devoto, este barrio que no conozco, en medio de esta lluvia ligera que no cesa, sintiéndome un extraño en una tierra que es niebla o humo para mí. Salí de Rawson, el estudio de Milo, en donde estuve trabajando con los papeles de arroz coreanos que me traje de Recoleta. Camino por calles que no me llevan a ningún lado y quisiera estar en otro sitio, como siempre pasa. Ver el rostro, el cuerpo que amo y sentir una desazón porque creo que nada será igual, porque Hye no está. La lluvia no para. No somos lo que fuimos. Entro a un restaurante, pido un whisky y el jazz inunda de fondo esta sensación que viene de una bruma inexplicable. Transito del presente al pasado. Hay nubes que no desaparecen. ¿Cómo explicar la finitud? La banda sonora pasa intempestivamente de Charlie Parker a una canción mexicana, «De piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera…», la canción de Cuco Sánchez. Escucho las voces de las mesas vecinas pero es como si estuvieran distorsionadas. El mundo gira así, incomprensible y lento. Estoy, pero es como si no estuviera.

Vuelvo a Recoleta en un taxi y sé que esta casa es un barco a la deriva. Así las cosas. La lluvia se fue pero yo no me fui con ella.[8]

—

JUEVES

Durante un día, en Rawson, tuve una crisis que atribuyo al insomnio. Mis alucinaciones sonoras se potenciaron y las visuales adquirieron consistencia.

Figuras negras
arrastrándose en el piso.
Cuerpos
que pasan
veloces. Luz
intermitente en mis ojos.

Estuve atento a todo lo que pasaba y traté de no entrar en ataques de pánico.

Vi a mi abuelo muerto venir hacia mí, vi a mi madre, vi un grupo de mujeres y hombres sin rostro. Alguien me hablaba en otro idioma, alguien me hablaba en mi idioma materno, alguien era una mancha, sólo una mancha.

Hablé con Hye y le conté y me dijo que vaya a ver a un neurólogo, que le pregunte a Malena o a Milo por alguno.

Vi serpientes
arrastrándose,
cubiertas de mierda.

Las manchas tienen cada vez más consistencia. Escuché hasta el mínimo ruido: los vecinos cogiendo, la vecina que estornuda por la noche, los roncadores, los linyeras de la esquina, un auto que pasa, el zurear de las palomas, mis propios pasos retumbando en mi cerebro, la tela de mi ropa al moverme.

Miré el río
desde la ventana.
Sólo oscuridad.

Estuve desdoblado o no sé si fue una de las alucinaciones. Pero me vi sentado en el sillón que está frente al tocadiscos, y también deambular por el apartamento buscando algo. Estuve al borde de una situación precaria o una ruina.

No hay nubes. No hubo nubes.

Me vi casi gris, casi muerto, casi vivo.

Pero no se puede huir de uno mismo.

—

SÁBADO

Ayer,
por la tarde llegó
Luciana, sin avisar, furiosa,
como siempre: como
siempre nerviosa, a punto de algo,
siempre
en la queja: no aguanto este país
de mierda, mis padres, dice,
la violencia que está por
todas partes, che, la
imposición, las muertes de todas
las mujeres, dice. Debemos
hacer algo, chabón, la muerte
está culeando a diario,
siempre. ¿Vos sabés lo que pasa,
Fuzzaro? Ancianito de pelo cano, dice,
a quien no le importa nada,
siempre
es
siempre y no soporto
la sonrisa de los corruptos de mierda,
no te soporto
a ti y a tu vida burguesa, a tu mujer coreana, que
no es tuya y coge con otro, como tú
conmigo. ¿Sabés
lo que es ser mujer en este país
que se cae a pedazos?, siempre
y vos sos una mierda,
pendejito,
dice,
pero ahora ya no sé
cómo estar

sin verte,
dice, hijo de puta,
boludo. Yo no sabía,
pero ahora sé que
aunque chamuye contigo
vos no me entenderás, pero
cogeme groncho, dice,
y te merecés una ñapi, posta que sí,
dice, cogeme una bocha,
matame ortiva, hurgame colifa,
dice, que te quiero dentro, pelotudo,
vos que me matás salame,
dice,
pero ahora sé
lo que no sabía, me cago
en ti, pelotudo, forro, plomo,
dice y cita a muchas mujeres que escriben cosas que debería leer
y no lo he hecho y
soy un pobre tipo sin conciencia
social y vos no tenés ni
puta idea de la vida
desde hace una bocha, dice y yo
quisiera cirujearte y no quiero
tu guita ni a tu mujer coreana que según vos sabe
de mí y cogeme ya o tenés que encurdelarte
y meterte mierda en la naso para poder decirme cosas lindas, che,
dice, pero lo que yo quiero es hacerte a vos una gauchada
y es mandarte a la mierda
porque quiero estar acá pero no sos revolucionario,
ni tenés compromiso con nada,
andá, cogeme,
porque si no, chau, Fuzzaro, que te garúe finito.

—

DOMINGO

Tuve que beberme casi una botella de whisky y mezclarla con ansiolíticos para poder dormir tres horas.

Soñé que caminaba por un túnel larguísimo que desembocaba en un cuarto de hotel. Soñé con aviones que caían desde un cielo lejano. Vi mulatas bailar desaforadas en Salomé Pagana, en Bogotá, mientras mis amigos bebían ron y escuchaban la música salsa que ponía el DJ en ese momento. Vi los ojos de Hye alejarse por un momento, vi su cuerpo desnudo, vi cientos de dragones voladores surcar el cielo, vi mi casa en Seúl completamente destruida, vi a Luciana cortarse el rostro, vi cosas que debería contar lentamente, vi un ciempiés sin ojos, vi a una Hye jovencita charlando con un hombre mayor, vi un aeropuerto, vi mi miedo, vi mi insomnio, vi a las mujeres que amé, vi mi casa bogotana en la cordillera, vi un ventanal por donde observaba pasar el mundo, vi calles de ciudades en las que nunca he estado, vi mi cuerpo desmembrado, vi que mi amor por Hye era un globo a punto de reventar, vi a mi madre llevarme de la mano por un parque, vi una pistola, vi mi rostro hundido en el lodo, vi caballos desbocados, vi un transatlántico con pasajeros fantasmas, vi una carretera solitaria por donde yo conducía y Hye iba a mi lado, vi a Emile desnudar a Hye, vi un precipicio y escuché una voz que me hablaba, vi un campo de trigo, vi una laguna, vi tigres que se lanzaban contra Hye para devorarla, vi a Luciana tragarse mi verga, vi nubes negras que oscurecían el paisaje y todo era la noche, vi un cuadro de Rothko que se partía por la mitad, vi que yo nunca fui yo. Vi en mi sueño que nunca amé a quienes amé suficiente.

—

MARTES

Llego al Tigre huyendo de mi insomnio. Salgo de Retiro, la estación de trenes. Afuera hay grupos de africanos, principalmente senegaleses, vendiendo artículos de contrabando, algunos *yonkies,* gente que va y viene, y niños de la villa miseria que está a un lado y que buscan algo de comida.

Me pesa el mundo.

Compro un boleto para ir al delta y me subo a la línea Tigre-Mitre.

Tengo una sensación de agobio. Muchas veces no sé qué es real y qué no.

Debo andar en estado de alerta. Estoy paranoico. Siento que me persiguen, que cualquier persona es un posible ladrón, que me

quieren quitar mis pensamientos, el orden establecido de mi cerebro, la energía que casi ya no tengo.

Mis apuntes tienen algo de fractura.

Leo mi letra y por momentos no la entiendo. Se crean lagunas, círculos borrados.

Estoy tomando clonazepam para bajar un poco la ansiedad.

Voy al Tigre para huir de mí.

He decidido hacer la ruta turística y subirme a una barca y navegar por los distintos brazos de agua. Observo a la gente que va en la embarcación conmigo y descubro que me ven con miedo y suspicacia. Debo verme extraño, con una rara palidez y una mirada extraviada.

Intento conservar las imágenes de lo que veo, las islas, la gente que se baña en las orillas, los pequeños barcos que llevan provisiones, los pescadores silenciosos que dormitan en los pequeños muelles, la casa envuelta en cristal de Sarmiento, la otra casa, casi enfrente, donde Sandro filmó una película, la maleza, las aves que vuelan y se esconden, el revoloteo de los niños. Y pienso en Arlt[9] y en Walsh.[10]

A pesar de mis desvaríos pienso en los dos y no sé cuántas horas dura el paseo pero quiero bajar, quiero perderme entre las calles empedradas y llenas de plátanos, de luz ancha y silenciosa. Estoy agotado.

Pero el Tigre es un fantasma, un demonio que se oculta para saltar. Siempre.

Siempre.

Siempre.

Hay una luz amarga, turbia, que me persigue.

Pierdo la noción. Pierdo la más elemental cordura y vago de un lado a otro, como un poseso que no encuentra sosiego hasta que llega un momento en que me siento.

Frente al río,

en un restaurante y bebo,

sin parar, uno tras otro

los tragos

que me sirve el mesero

y luego vuelvo de nuevo a hacer el recorrido de vuelta para regresar a Retiro, y mientras veo el paisaje, las estaciones,

pienso que quizá soñaba, que estaba en Seúl con Hye, o que iba a su encuentro en Gangnam, o que nunca había salido y no podía despertarme de la pesadilla porque todo era bruma, una sólida capa de recuerdos mezclados y vi orientales esperando en una de las estaciones, en otra vi letreros en chino y quise bajarme porque creía que estaba por llegar de nuevo a casa pero sabía que no era posible y busqué señales o indicios. Miro a mi alrededor y me veo reflejado en los otros.

Y decido que sí, que estoy en un sueño, que es mejor quedarme en el sueño, sentado, viendo el paisaje que no reconozco mío, o que era mío pero que debía estar en algún punto del mundo, en alguna ciudad que me guiaría

a encontrar un momento,

uno pequeño, de felicidad, para hacer más ligero el peso de mis hombros, que no eran míos, que fueron míos y los perdí como se pierde la cordura

o la casa que fue mi cuerpo, porque el insomnio es canalla, una improvisada música que siempre

entra a destiempo,

entre grises gorriones y melancólicos estorninos.

Y pienso, ahí, en ese pesado tren, que algo, sólo algo, había cambiado, que una mano invisible me conduce por una calle sin árboles, por una oscura ignorancia, como un transeúnte que arde, como un bonzo, como Thích Quảng Đức quemado en medio de la calle y

entonces,

tengo una revelación, una manera

de ver lo que siempre es demasiado poco, la imperfecta coloratura

de mi insomnio, la ominosa desproporción de la fisura que se había

creado en mi cuerpo porque en algún momento me desdoblo, dejo de ser yo y fui oscuro

como un dios que se hunde lento,

en medio de una embarcación solitaria donde nadie me acompaña, en donde la noche más silenciosa es un chirriar de puertas, o goznes que se abren

pero yo no puedo nunca abrir mi corazón,

porque si lo supiera, sostendría mi insomnio como se sostiene un relámpago,

y arrojaría lejos el olor del mundo que me estalla en los ojos.

—

MIÉRCOLES

Vivimos en un abismo. En las aguas oscuras. En el resplandor. (Adam Zagajewski)

—

JUEVES

Luego de la crisis, permanecí recluido en el apartamento. Milo y Liliana me recomendaron a un neurólogo que me vio, me subió los ansiolíticos y me dio benzodiacepina, que me tumbaron y me hicieron dormir casi un día entero. Debo seguir un tratamiento pero con el insomnio se instaló la depresión, y yo debo terminar las dos piezas. Ya casi están listas. Sólo faltan algunos detalles. No tengo mucho que hacer en esta ciudad que parece arrojarme. En cuanto las termine me iré a otro sitio. No sé si deba volver a Seúl o me voy a Bogotá, a donde no he regresado hace varios años, o me voy a Ciudad de México o a Los Ángeles. El azar decidirá. Escucho a Akiko Yano, una cantante y pianista que logra calmar mi espíritu, luego a Nina Simone y su grandísima voz.

Me sirvo un trago aunque tengo prohibido beber.

Leo en el periódico una frase de Modiano: «Uno está condenado a escribir siempre lo mismo. No puede cambiar su voz ni su manera de andar». La anoto al momento en mi cuaderno. Y recuerdo el mundo melancólico del autor francés y los libros que tenía de él en las ediciones de pastas grises de Alfaguara, allá en los lejanos noventa. Uno está condenado a escribir de manera obsesiva, en efecto, siempre lo mismo. O a pintar, o a esculpir o a tomar las mismas fotografías, digamos. ¿Qué me pasó en esta ciudad que ahora me mira con desdén?, es como esos amigos que alguna vez pelearon y, a pesar de los intentos, jamás volverán a tener esa cercanía de antaño. Algo pasa, algo que va más allá de un simple asunto de cambiar de lugar. Algo mío se desprendió; se modifica la memoria que identificaba ciertos lugares como parte de un vínculo emocional. Mientras lo pienso, desaparecen Akiko Yano y Nina Simone de Spotify, y aparecen en mi cabeza algunas de las melodías de Chet o Monk o Mingus o Miles, las repito, repito los movimientos, los solos, para que me acompañen en esta tarde afiebrada, extraña, en donde mi cuerpo es una rémora de quien fui. Tomo estos apuntes. Escribo desde un cuarto piso. Algo tiene la ciudad, a pesar de todo, que me provoca un dolor al costado.

—

VIERNES

Luciana me llama para decirme que no entiende eso de que me voy. Que quiere verme, que cuándo tomaste esa decisión, chabón. Le digo que hace días, luego de mi crisis de insomnio. Y que ya no quiero estar más acá. ¿Decime, boludo, te vas por mí? Le digo que no, le digo que he terminado mis piezas, que mis vacaciones finalizaron, que quiero mi cama y quiero a mi mujer. Que extraño Inwangsan, la montaña del rey generoso, la estación de metro Gwanghwamun, mis paseos por el Han, mi apartamento y mi estudio.

Cuelga.

Estoy tirado en la cama, viendo la televisión, medio adormilado y embrutecido por el medicamento. Recién acabo de hablar con Milo y Liliana para verlos dentro de dos días para despedirnos con una comida. Suena el interfón y sé que es Luciana. Habrá que decir adiós ya. Espero irme pronto, en los próximos días o la siguiente semana, pero quiero estar solo. Sube por el elevador y la estoy esperando en la puerta del apartamento. ¿Sabés lo que sos, boludo de mierda?, y me avienta con la mano para pasar al apartamento.

¿Te vas sin decirme adiós, boludo? ¿Crees que eso es copado?

Pensaba despedirme de ti.

Es mentira, che. Sos una gran mierda. Siempre fuiste un mal tipo, desde que te conocí a vos.

¿Por qué soy un mal tipo?

Porque sí, porque nunca quisiste nada conmigo, porque te crees superior, porque eres violento y agresivo, porque eres un groncho maleducado y un grasa, posta que sí.

Está bien, soy todas esas cosas. No discuto.

Hace el amago de golpearme, me jala de la camisa, entierra sus uñas en mi brazo y me dice que no me puedo ir así. Y se acerca para besarme y de nuevo me siento un cliché. No sé despedirme, nunca he sabido, prefiero desaparecer un día, tomar mis cosas e irme silencioso. Ella está molesta y yo estoy totalmente dopado. Le digo que quizá sea mejor que tomemos las cosas con calma y que nos sentemos.

¿Y cuándo te vas, che?, me pregunta. Pronto. Mi galería está

arreglando el cambio de boleto. Che, y ¿te gusté?, decime, boludo. Me gustas mucho pero te llevo una enormidad de años y tú te cansarías pronto de mí (de nuevo el cliché con las frases gastadas, el lugar común). ¿Te burlás de mí, pelotudo? Afortunadamente está más cuerda y es más madura que yo en muchos sentidos y me siento tranquilo con sus preguntas inquisitivas. Me paro y le sirvo una copa de vino y yo me tomo un té verde. Nos veremos pronto, le digo. No mientas, cabrón, me dice. De verdad que nos veremos pronto, podemos seguir siendo amigos. A la mierda los amigos, che. A la mierda vos. Y me besa, se monta en mí, se aferra a mi cuerpo y yo me aferro al suyo. Me quiero quedar con vos, aquí, varios días, Fuzzaro, me dice. Como despedida, si querés. Claro que quiero, le contesto. Entonces se levanta, me toma de la mano y me lleva a la cama,

me acuesta,

me desnuda lentamente, me besa de a poco, cada parte del cuerpo,

mientras susurra palabras

que no entiendo. Y me toma de una de mis muñecas

y me amarra a la cabecera de la cama, luego

la otra y me besa,

después cada pierna y usa una camiseta para taparme los ojos,

y me dice al oído te amo che, y sos un hijo de puta,

y me lame todo y me chupa

la verga de manera muy suave y luego se monta

sin preservativo y yo quiero moverme pero ella me agarra con fuerza de los hombros y mueve sus caderas despacio,

rítmicamente, luego con quiebres más rápidos,

hasta que eyaculo y ella se viene

y se queda montada en mí, abrazándome y prefiero quedarme callado,

y escucho su respiración agitada y entonces me quita

la camiseta de los ojos

y la mira y ella me ve tan cerca que parece

que somos otros, duplicados, y le pido que me desate y ella ríe

compulsivamente y me dice que no, que me va a dejar

así otro rato y sube sus piernas al muro porque quiero

que tu esperma

se quede en mí, che, posta,

y nos quedamos en silencio, mirándonos de vez en cuando

hasta que ella

me desata un brazo y luego yo

desato el otro y las piernas y quiero decirle algo pero callo y salgo a la cocina, desnudo,

a beber un poco de agua

y tengo un ataque de pánico pero no quiero que ella lo sepa.

Mi sangre es como lava hirviendo a través de mis venas

y quisiera correr o

lanzarme por la ventana, pero me siento en el piso,

respiro lento y profundo y mi pecho se abre en dos,

es un dolor que me atraviesa y continúo con mis respiraciones. Y Luciana

me grita que por qué tardo, que vaya ya. Y le contesto que en un momento,

que estoy preparando algo y me levanto y busco una pastilla de clonazepam en mi mochila y tiemblo: mi cuerpo está ahora helado, sudo frío y creo que moriré de un infarto porque me duele el pecho y mi brazo izquierdo hormiguea y de pronto siento un aguijón, un clavo enorme que atraviesa mi costado y un golpe en la mandíbula y entonces le grito a Luciana que me ayude y ella se levanta asustada y yo le pido mi mochila y la pastilla y la trago así, sin agua y Luciana no sabe qué hacer y me abraza y regresa corriendo a la habitación y toma el cobertor y me cubre y yo me siento de nuevo en el piso y sigo respirando lento y profundo

y sé que no moriré,

no hoy, pero mi angustia aún no pasa

y nos quedamos los dos, ahí, en el piso de la cocina, silenciosos, porque ella no sabe qué decir y yo no puedo hablar porque estoy tratando de ahuyentar los demonios

que me han atrapado

una vez más y miro a la jovencita que está a mi lado, asustada,

abrazándome

y me siento de pronto en un lugar seguro y empiezo

a respirar normal.

Y ella, al verme más tranquilo, me da un golpe cariñoso

en el hombro y me dice

posta chabón, que me asustaste.

Y nos vamos a la cama y duplico la dosis de clonazepam y benzodiazepina para intentar dormir y pasar una noche completa en calma. Luciana abraza mi cuerpo. Con vos duermo tranquila, dice. Y yo cierro los ojos y la abrazo.[11]

—

SÁBADO

Finalicé las dos piezas y mandé los planos de montaje a ambas ciudades para que puedan armarlas. Ya no tengo mucho más qué hacer en esta ciudad
que me fue expulsando poco a poco. Mi insomnio
sigue sin controlarse a pesar del medicamento. Por momentos
logro dormir
ocho horas pero me despierto
apaleado, como si me hubiera pasado
una arrolladora encima. Hay otros días en que vuelvo
a mi rutina de dos horas
por día. El médico me dijo
que tendré o que seguiré teniendo alucinaciones, que
no me asuste, que no pasa nada,
que es el medicamento que se está entendiendo con
mi cuerpo. Estos días han sido un poco aterradores. Veo
figuras que no existen, fantasmas
que me visitan del pasado, demonios que quisiera
olvidar, pero me digo que no hay problema,
que el problema es el mundo,
que volveré a estar
violentamente feliz, y no en esta oscura corriente
que me arrebata lenta y sin compasión.

—

DOMINGO

Recuerdo el cuerpo desnudo de Hye en la bañera del apartamento.

Recuerdo la carretera solitaria de Montevideo a Punta del Este.

Recuerdo mis largas caminatas por Buenos Aires, sin un plan preconcebido. Sólo caminaba sin parar y seguía hasta donde me alcanzara mi cansancio.

Recuerdo encontrarme por accidente, por azar, a alguien a quien había dejado de ver veinte años antes. La vi de espaldas y reconocí el caminar de su madre y la llamé con ese nombre y la mujer volteó sorprendida.

Recuerdo las mujeres que vi pasar una y otra vez por Avenida del Libertador mientras yo estaba sentado en un café observando el mundo.

Recuerdo el coño húmedo de Luciana. Recuerdo sus ojos furiosos. Recuerdo su voz vociferante.

Recuerdo a mi amiga estadounidense, actriz, a la que le gustaba coger conmigo por las mañanas, recién despiertos, y que era silenciosa; nunca emitía gemido alguno. Recuerdo que alguna vez, en un viaje que hicimos juntos, nos gustaba encerrarnos en un sauna y tocar nuestros cuerpos desnudos, acariciarnos mientras el vapor nos asfixiaba. Recuerdo el sabor dulce de su coño, recuerdo su manera casi frágil de llamarme por mi nombre.

Recuerdo que había un cabaret llamado La Ballena, donde mujeres mayores representaban escenas de colegiales. El acto principal, o uno de ellos, era llamado «El show de los columpios peludos». Aparecía al centro del escenario un columpio cubierto de hojas y ramas de tela de donde se columpiaba una mujer gorda vestida como una chica de secundaria. Con cada movimiento del columpio, ella abría sus piernas

para dejar ver un pubis cubierto de una mata gigante de pelos. El presentador narraba las peripecias a las que estaba acostumbrada la mujer mientras sonaba alguna canción de moda. Después el presentador invitaba a alguien del público a pasar al escenario para tener sexo en vivo. Y los límites del lenguaje se exceden. No hay misantropía en los actos.

Recuerdo a Pedro Casariego Córdoba y a Luis Hernández, los usurpadores. Ambos pintaban, eran poetas y fueron suicidas. Los dos se arrojaron a las vías de un tren. Recuerdo sorprendido las similitudes entre ambos: mueren jóvenes y combinan su ostracismo con la pintura y la poesía. Ambos escriben poemas demoledores y en cierto grado ingenuos en cuadernos donde también dibujan.

Recuerdo a un grupo de jovencitas charlar sobre los problemas que cada una de ellas tenía con su padre, sin importar que en la misma mesa que compartíamos hubiera un hombre —yo— que podría ser su padre y que las escuchaba divertido.

Recuerdo un libro viejo que compré por azar en una librería que ahora no existe. Es un tomo con las cartas que Céline, el escritor francés, escribió a una serie de amantes que tuvo a lo largo de su vida. Muchas de ellas eran jóvenes. En sus cartas da una serie de consejos como quien escribe una receta médica. Uno de los consejos que más repite es que sólo mantengan relaciones anales, con él o con cualquiera.

Recuerdo una noche de insomnio cuando era niño. Recuerdo mi ansiedad, mi escalofrío, mi miedo. Mi agotamiento.

Recuerdo la historia del hombre que participó en una guerra. No importa su nombre, no importa la guerra. En uno de los desplazamientos con su batallón tuvo un encuentro, a media noche, con el bando enemigo. Pisó accidentalmente una bomba y salió volando sin la pierna izquierda. Cuando despertó en el hospital sentía mucho dolor en su miembro amputado. Decía que no lo podía soportar. Recuerdo que estuvo dos meses a base de morfina: le colocaron un miembro de metal y volvió a aprender a caminar, aunque sus pasos eran los de un pato que ha perdido el centro. Recuerdo que el hombre decía que por las noches, cuando se quitaba su pierna ortopédica, aún podía sentir el dolor y que por eso seguía inyectándose. Decía: «En sueños a veces siento que mi pierna vuelve a ser mi pierna, o, a veces, veo que ella se va por la selva, sola, y sé que nunca volveré a verla».

Recuerdo las carreteras solitarias por donde me gustaba conducir a ciento ochenta kilómetros por hora mientras en el estéreo salían o Charlie Parker o Billie Holiday.

Recuerdo ciertos olores bonaerenses, los abrazos de Hye en medio de las calles calurosas, su risa, el Jardín Japonés de los bosques de Palermo.

Recuerdo las pesadillas de Luciana, su obsesión por Lydia Davis, su amor por Charly García, Spinetta, Los Piojos y Luca Prodan. Recuerdo la espalda desnuda de Luciana, recuerdo su respiración, sus pezones pequeños, su nuca perfecta.

Recuerdo las historias de que Hitler vivió escondido en Argentina, de que envejeció y murió acá. Del búnker que le hicieron, de la complicidad del gobierno argentino, de la gente que dice que sí, que es cierto, que él vivió y laburó cerca, che.

Recuerdo las piernas largas de Hye.

Recuerdo la lengua de Luciana recorriendo mi verga, recuerdo sus manos firmes, su boca entreabierta, sus ojos cerrados. Recuerdo el olor de Luciana, su cuerpo terso.

Recuerdo una volcadura del auto que conducía cuando era adolescente, el otro coche golpeando con la parte trasera el frente del mío. Recuerdo la sensación del auto al salir de la carretera, las vueltas que dio, y recuerdo mi cuerpo ileso, saliendo por una de las ventanillas.

Recuerdo a la chica que encontré en las callejuelas de Hongdae. Terminaba el verano y ella estaba vestida de blanco —su piel era de un blanco que hería—: un *short* que mostraba el dragón tatuado, el dragón que, recuerdo, vería completo mucho después pero que ahora llegaba a mis ojos por fragmentos: una camiseta holgada de algodón y unos zapatos de tacones imposibles. Ella llevaba en su mano un celular y avanzaba a trancos rápidos, largos, esquivando a las otras personas, a ese mar oloroso a *kimchi*, y a los autos que pasaban despacio por esas estrechas calles. Recuerdo que se detuvo afuera de un restaurante vietnamita y parecía estar mandando mensajes a través de su celular con una rapidez sorprendente. Recuerdo escucharla hablar en una lengua extraña y era una prolongación de sonidos dulces. Recuerdo que parecía como si no tocara el piso. Recuerdo que me llamó la atención el tatuaje del dragón que salía desde su tobillo

izquierdo y subía como prolongado en un vuelo inexistente en toda la larga pierna, la nalga, y continuaba por la espalda hasta el hombro. Recuerdo que cogí con ella mucho más tarde, en mi apartamento acristalado, con ella recargada en el muro de vidrio mientras yo imaginaba que el dragón cobraba vida.

Recuerdo el rostro de la mujer madura del Salón Canning, recuerdo su espalda flaca, huesuda y profundamente erótica.

Recuerdo Gricel, la milonga a donde fui con Milo, en San Cristóbal, donde compartimos mesa con dos mujeres mayores, una de ellas con el rostro pasado por mil cirugías, que eran del Mar de Plata, y una pareja de gringos. Recuerdo a los dos hombres holandeses, uno altísimo y el otro gordo y de estatura media que bailaban recorriendo la pista de punta a punta y de pronto recuerdo que me sentí en *Happy Together*, la película de Wong Kar-Wai, que vi hace años. Los holandeses habían perfeccionado sus movimientos y era una alegría verlos moverse por la pista entre los ancianos argentinos que iban y venían igual que ellos, como si estuvieran en una escena cinematográfica, coreografiada.

Recuerdo una estación de metro, olorosa a orín; recuerdo a un hombre tocando el bandoneón.

Recuerdo ver Santos Lugares a través del tren. Recuerdo que ahí murió Luis Hernández en situaciones nunca esclarecidas, aunque dijeron que se había suicidado después de visitar a Sábato.

Recuerdo las casas solariegas de Coghlan, la estación de tren que parecía detenida en el tiempo.

Recuerdo la casa de Arlt en Flores.

Recuerdo un grupo de edificios señoriales frente a Congreso. Recuerdo los *clochards* en el parque de caminos de grava. Recuerdo una lluvia sorpresiva y yo en medio de la plaza o parque frente a Congreso, sin saber si correr o quedarme quieto, mientras uno de los *clochards* me invita a cubrirme con ellos.

Recuerdo la instalación *Toro salvaje* de Tracey Rose en el MAM, mal lograda, tremendista, aburrida.

Recuerdo la delicadeza de algunas obras del argentino Lucio Fontana. Recuerdo su luz intermitente, su claridad.

Recuerdo a los bailarines de tango a lo largo de toda la calle Florida; la decrepitud en algunos de ellos, el alcohol en otros.

Recuerdo a una mujer sentada en una de las bancas frente a Casa Rosada. Recuerdo que lloraba inconsolable.

Recuerdo a los niños caribeños que jugaban futbol en las calles de Monserrat mientras un grupo de yugoslavos gritaba entre ellos en una esquina. Alguien estaba dispuesto a golpear a otro. Recuerdo a los niños burlándose de los adultos. Recuerdo a una mujer que observa desde un balcón, impávida.

Recuerdo mis llantos, mi soledad, mi angustia, mi quiebre mientras caminaba por Corrientes a la altura de Villa Crespo, y sentí que mi cuerpo jamás respondería, que había una desconexión entre mis pensamientos y mi caminar.

Recuerdo muchas de mis noches de insomnio, la enfermedad blanca.

Recuerdo el cuerpo desnudo de Luciana abrazado al mío. Recuerdo su respiración, su impudicia.

Recuerdo que ya no soy un joven, y recuerdo que la negra memoria se desplaza lejos y hacia nadie.

Recuerdo que Olivier Py dijo: «Toda ficción es autobiográfica. No hay nada más autobiográfico que la ficción, ni nada más ficticio que la autobiografía».

Recuerdo las visitas que Hye y yo hicimos a Flores porque nos dijeron que ahí estaba el barrio coreano y encontramos varios restaurantes a donde íbamos muchas veces a beber *soju* y comer *samgyeopsal* y salíamos ebrios y felices y con olor a *kimchi*.

Recuerdo las obras de Marta Minujín, su pop estentóreo que nunca me dijo nada.

Recuerdo un cuadro de Franz Klein, dos de Goya, uno de Collin-Floréal, uno de Manet, otro de Monet, uno de Saura, otro de Tàpies, todos en el Museo Nacional.

Recuerdo la horrenda escultura *El mudo II* de Juan Carlos Distéfano, que maravillaba a Luciana y a mí me aburría.

Recuerdo la exposición de las artistas francesas Vera Molnar, Ode Bertrand, Geneviève Claisse, Tania Mouraud, Cécile Bart, Véronique Joumard, Orlan, Valérie Belin, Suzanne Lafont, en el MACBA. Recuerdo que llegué sin haber dormido nada, con la sensación de arena en mis ojos. Recuerdo ciertas piezas minimalistas, las fotografías inmensas en donde aparece retratada Orlan y algunos de sus cambios en el rostro; su extraña monstruosidad. Recuerdo una sala en donde proyectaban un video en blanco y negro sobre el movimiento de una ballena, que entraba y salía al mar y su espiráculo se abría y cerraba y se producía un sonido de mucha calma. Recuerdo que me tiré en unos cojines y me quedé dormido, quizá diez o quince o veinte minutos, y cuando abrí los ojos estaba rodeado de gente y no sabía dónde me encontraba.

Recuerdo que salí del MACBA como alguien que regresa del mundo de los muertos y crucé la avenida y me perdí en las calles de San Telmo.

Recuerdo los largos baños con Luciana; recuerdo los largos baños con Hye.

Recuerdo con precisión absoluta la manera en que amamos las cosas invisibles, los gestos, la superficie oscura del amor.

—

LUNES

Llamo a Hye para darle la noticia de que me voy dentro de unos días a Seúl, que la gente de la galería de Malena me ayudó a cambiar el boleto. Que estoy muy feliz de regresar a casa. Que nos veremos muy pronto, que la extraño muchísimo y entonces le canto, casi en susurro, un fragmento de la canción que cantó Sinatra por primera vez, aunque hay un montón de versiones, entre ellas la de Chet Baker, aunque yo prefiero a Chet: «I fell in love just once / And then it had to be with you / Everything happens to me».

Y sólo escucho su respiración al teléfono. Y se hace un largo silencio. Y sé que se acabó, aunque ella no lo diga.

Y la escucho llorar.

No quiero que vengas, Fuzzaro. No ahora. O si vienes, no quiero verte, no ahora.

Y de nuevo el silencio. Uno largo,

larguísimo. Y no hay manera de decirse adiós

así. Y no quiero colgar. Y nos quedamos los dos en silencio,

esperando que el otro lo haga.

—

EVERYTHING HAPPENS TO ME

De «Everything Happens to Me» hay infinidad de versiones. Sinatra, Billie Holiday, Parker, Winton Marsalis, Thelonius Monk, Bill Evans, Art Pepper, Keith Jarret, Ella Fitzgerald, Stan Getz, Mina, Sonny Rollins, entre una larga lista. Pero prefiero las de Baker y Monk. Hay algo en ellas que me dispara a otro mundo. Es como si entrara en un sueño que no comprendo pero en el que soy feliz. Y mi felicidad tiene que ver con ciertos sonidos. Como la risa de Hye, sus gemidos leves, como murmullos. Como el viento al entrar en los cañaverales. Como el golpeteo de las olas en la arena. Como la respiración de la mujer que amo. Como el sonido de mis pies en la duela al bailar. Como la fricción de dos cuerpos al coger. Como un relámpago que cae a medianoche en el centro de la nada.

Ahora llueve. Hay una lluvia pertinaz en Buenos Aires. Estoy de paso, siempre estoy de paso en cualquier sitio. El medicamento me tiene en una especie de sonambulismo. Tengo una sensación de lejanía, un agotamiento. El humo del cigarro deja una estela en medio de la oscuridad. Vengo de caminar en medio de la lluvia, y dejo atrás los lugares que recorrí. Ni un ruido, ni una estela de sobresalto. La escritura es un campo minado. Escribir no puede resarcir lo dicho. Escribo a un lado de esta oscuridad. Escucho el silencio de la noche, la respiración de lo que fue. Salgo del apartamento de Junín rumbo al aeropuerto. Acaba de venir por mí el taxi. Salgo de este edificio por última vez. Se puede decir adiós de muchas maneras. Escampa de pronto.

La lluvia se va y yo no me quedo.

No hoy.

«Surcamos el río negro, sus bancos lisos como piedras. Ni un barco, ni un bote, ni una mota de blanco. El viento ha roto, agrietado la superficie del agua. Es ancho, interminable este gran estuario. El río es salobre, azul por el frío. Discurre borroso por debajo de nosotros. Las aves marinas que lo sobrevuelan giran y desaparecen. Surcamos velozmente el río, un sueño del pasado». (James Salter)

«Nunca sé si recuerdo las escenas o las he vivido. Tal es el grado de nitidez con la que están presentes en mi memoria. Y quizá eso sea narrar. Incorporar a la vida de un desconocido una experiencia inexistente que tiene una realidad mayor que cualquier cosa vivida». (Ricardo Piglia)

«Las palabras que callamos eran las que deberíamos haber pronunciado. Los gestos que guardamos por pudor eran los que deberíamos haber cumplido. Los actos que nos parecieron triviales eran los que se esperaban de nosotros. Otros los hicieron en nuestro lugar. Paguemos ahora las consecuencias». (Julio Ramón Ribeyro)

«Sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por superposición de capas porque de tiempo en tiempo el material existente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevas concernencias, una inscripción. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es entonces la tesis de que la memoria no existe de manera simple sino múltiple, registrada en diferentes variedades de signos», anota Freud, referido por Han Byung-Chul en *Shanzhai.*

«Es impresionante que el rostro de una persona amada, el rostro con quien hemos vivido, a quien creemos conocer, tal vez el único rostro que seríamos capaces de describir, que hemos mirado durante años, desde una distancia mínima —es bello y en cierto modo terrible saber que incluso ese rostro puede liberar de pronto, imprevistamente, gestos nuevos. Gestos que acaso nunca volveremos a ver». (Alejandro Zambra)

«La amaba de una manera ciega, la amaba orgánicamente, con una especie de pasión continua, sin calidades y sin acentos, pura cantidad de amor en el transcurso de los minutos hacia la combustión. Tanto la amaba que sólo quería apartarme de ella…» (Alan Pauls)

«I never saw the morning 'til I stayed up all night / I never saw the sunshine 'til you turned out the light». (Tom Waits)

«El corazón guarda en sus cámaras frigoríficas / carne helada, cuerpos fríos que cuelgan / de garfios de acero / atraídos / por gravedad y pena. / Eso que llaman «llevar un peso en el corazón» / no se parece a nada o se parece / al peso de / medio kilo de aceitunas negras / envueltas en una bolsa de papel marrón. / Eso que llaman «llevar un peso en el corazón» / no es sino una bolsa húmeda de aceitunas negras / a punto de perforarse. / El corazón late, la carne cuelga. / Vamos, hermanos, a morir de frío, vamos». (Mario Montalbetti)

«Las orillas del río aparecen esfumadas; el horizonte empañado de leche gris. El agua parece espesa, lacia, “mojada”. El buque deja tras de sí una curva enorme de líquido emulsionado, tabacoso, amplio como la pista de un autódromo. Por momentos las costas desaparecen,

se tiene la impresión de navegar en un mar ceniciento; luego las orillas se presentan otra vez imprecisas, dibujando altas cuevas, cavernas de humo donde el buque puede entrar. Viento frío arrastra consigo una llovizna fina. Más tarde, un disco pálido, amarillento. Aparece a la altura, y la hélice gira velozmente»(Roberto Arlt).

«Dormimos al raso. Los mosquitos me habían picado en el Tigre, me picaron luego en Corrientes y en Mercedes, pero esa noche no había mosquitos. Sé que soñé y que un nuevo paisaje, laberíntico, arrasador, angélico en la tersura de sus flores y el cristal de sus aguas, demoníaco en el irresistible crecimiento de raíces, hojas, espinas, púas, dientes, había entrado para siempre en la materia de mi sueño». (Rodolfo Walsh)

«La borró de la fotografía de su vida no porque no la hubiese amado, sino, precisamente, porque la quiso. La borró junto con el amor que sintió por ella». (Milan Kundera)